1052 7 Nov.e 11/67
(Ley 1847)

CÁRLOS FRONTAURA

ROMANCES POPULARES

1315

MADRID
ADMINISTRACION DE EL CASCABEL
HILERAS, 4, BAJO
1867

26-8° (Ley) 1447-1445
10527
(Leg 1847)

ROMANCES POPULARES.

4315

CÁRLOS FRONTAURA

ROMANCES
POPULARES

MADRID
ADMINISTRACION DE EL CASCABEL
HILERAS, 4, BAJO
1867

Es propiedad del autor.

Imprenta del autor, á cargo de Ramon Bernardino, Hileras, 4.

ROMANCES POPULARES.

I.

Amar al prójimo.

Quiso Dios omnipotente,
misericordioso y sábio,
que los hombres en la tierra
viviéramos como hermanos;
que siempre hallara en el prójimo
consuelo el hombre y amparo,
y hubiera paz y concordia
eterna entre los humanos.....
Ejemplos de amor inmenso
legó Dios al mundo ingrato,
y al hombre dió la conciencia,
que es castigo del malvado,

y satisfaccion del bueno
que vive al prójimo amando.
Hoy, al ver cómo los hombres
cumplen el precepto santo,
parece que locos, ciegos,
de su Dios se han olvidado;
parece que la soberbia,
la vanidad, el descaro,
todas las pasiones malas,
todos los instintos malos
el corazon de los hombres
han ido á traicion ganando.
Hombres hay que han resistido
y no son del mal esclavos,
y virtudes que no ceden
del vicio al traidor halago;
mas ¡ay! que aquellos son pocos,
y estas ocúltanse tanto,
que hay incrédulos que piensan
que es la virtud nombre vano,
y hallándola en su camino,
llegan á creer acaso
¡que es la virtud una máscara
hipócrita del engaño!...
¡Infeliz quien eso piensa,
quien no comprende menguado
la virtud que sufre y calla
sin soberbia, sin aplauso,
sin galardon en el mundo,

y, solo en Dios esperando,
vive modesta, ignorada,
de su fé y de su trabajo!
. . . . . .
Mas no he de ponerme sério,
ni quiero cantar llorando,
que ya, desde que se finge
tambien, como todo, el llanto,
de las lágrimas el mundo
hace poco ó ningun caso....
Cantar quiero como canta
quien espresa con su canto
el placer y la alegría....
con afan, con entusiasmo,
al compás de una bandurria,
cantando á grito pelado;
no como canta en su nido
el pajarillo, esperando
á la madre que no vuelve,
que presa en la red acaso
se despide de su hijuelo
y se despide cantando;
no como la madre hambrienta
canta meciendo en los brazos
al hijo que está muriendo
cuando ella canta llorando!...
. . . . . .
Cómo nos queremos todos
los que en el mundo habitamos,

con qué afecto, con qué gusto
nos damos todos las manos!
¡cómo al débil protejemos
y al caido consolamos!
¡qué tierno amor, qué armonía
qué dulce reposo grato,
qué desinterés tan puro
reina ya entre los humanos,
y qué afan de ver al prójimo
rico, alegre, gordo y sano!...
Por un empleo, eso sí,
tal vez nos despellejamos,
que somos para un empleo
lo menos noventa y cuatro,
y todos estamos siempre
á los nuestros esperando,
y cuando los nuestros llegan
y no nos *arriman* algo,
los nuestros no son los nuestros,
y *¡Guerra! ¡Guerra!* cantamos
Guerra al infiel ministril
que el turron nos ha negado...
Un empleo, un buen empleo
es nuestro *desideratum*,
que empleado es como está
un hombre bien empleado,
y no metido en su casa
calentándose los cascos,
haciendo planos, dibujos,

ó comedias, ó estudiando,
ó resolviendo problemas,
ó con la aguja en la mano,
ó manejando el escoplo,
ó el clarinete tocando.
El dia que no haya empleos
seremos todos hermanos....
lo malo será que entonces
estaremos todos calvos,
es decir, que será el dia
en que el mundo haya tronado.
Los periódicos, que hay pocos
son ejemplo bien exacto
del amor y la armonía
de nuestros contemporáneos.
De la pública opinion
ecos son autorizados
y se llaman justamente
cuarto poder del Estado...
y pudieran á fé mia
hacer mucho bien, mas hallo
que por no seguir de Dios
el sábio precepto santo,
no hacen todo el bien que hicieran
siendo desinteresados.
—«Es V. una embustera.
—V. me está ya cargando.
—V. dijo que he tenido
que ver con uno del Rastro.

—¿Con uno solo?...—La envidia
se la come á V. á pedazos.
—¿A que la santiguo á V?....
—¡A mí! ¿Se está V. burlando?
—¿A V. no le han dado nunca
azotes con un zapato?...
—¿Y á ese moño tan hermoso
nadie le ha echado la mano?...
—V. lo que tiene es pico.
—Si V. quisiera cortármelo...»
Muy parecidas razones
habrá el lector escuchado
cuando riñen dos mujeres
de las de rumbo y de garbo.
Pues en sustancia, esas mismas
en términos menos claros,
se dicen ciertos periódicos,
sin duda para ilustrarnos.

. . . . . .

Hay en el mundo unos hombres
muy tiesos, muy estirados,
unos torpes, otros listos,
otros tontos, otros sábios,
que se llaman hombres públicos
y lo son por de contado....
A los que en el mundo somos
solo simples ciudadanos,
ellos nos hacen felices,
se afanan por ilustrarnos,

y ejemplos de amor al prójimo
nos están sin tregua dando,
que entre ellos hay un cariño
como entre perros y gatos.
—«Tú estás muy alto; pues yo
aun quiero subir mas alto.
—Quítate tú de ese sitio,
que yo lo estoy esperando.
—¿Eres mi amigo?... ¡Pues dame!
¿Que nó?... Pues te doy un palo.»
Este es, lector, el sistema
muy brevemente esplicado,
con que se quieren los hombres
que por sus méritos altos
pretenden ser hombres públicos,
y lo son por de contado.

. . . . . .

Juan tiene mujer bonita,
es un hombre bueno y santo,
que no presta con usura,
que á nadie pide prestado,
que no se mete con nadie,
que se recoge temprano,
que no bebe, que no juega,
que no se vá á picos pardos,
que con la mujer que tiene
está orgulloso y ufano,
que hace un favor á cualquiera,
que paga al corriente el cuarto

y cuantas contribuciones
le vá á pedir el Estado,
que piensa, no habiendo tiros,
que no hay un gobierno malo,
que vá siempre con la esposa
á paseo y al teatro,
y nunca silba, ni aplaude,
y paga al sastre al contado,
y dá la mano muy sério
al zapatero de abajo,
y tener un chico gordo
es lo que está deseando.
Pues á este santo varon
inofensivo y honrado
no le deja en paz el prójimo
ni en invierno ni en verano.
Uno persigue á su esposa,
otro se le come un lado,
otro le quita el dinero,
y aun suele darle un trancazo,
otro quiere separarle
de su casa y del trabajo,
otro, porque no es político,
vá diciendo que es un bárbaro,
porque no almuerza extramuros,
ni brinda con entusiasmo,
ni se le importa un comino
de Tirios ni de Troyanos,
y todos son á quitarle

el reposo regalado.
Mujer bella, sola y pobre,
si sale á buscar amparo,
verá y sabrá lo que es bueno,
digo, sabrá lo que es malo,
ya verá qué generosos
son los hombres, sus hermanos,
y cuántas veces encuentra
detrás de la cruz el diablo.
A la madre bendecida
y al honrado padre anciano,
á quienes Dios hijas buenas
para su consuelo ha dado,
declara guerra mortal
el sinnúmero de vagos
que pasean por el mundo
la bandera del escándalo.
Se castiga, y es bien hecho,
al que roba en despoblado;
pero al que roba las honras,
al que á la infamia y al llanto
condena á los pobres seres
que nunca le hicieron daño,
¿quién castiga?... ¿quién le niega
en la sociedad la mano?...
¡Dios es el que le castiga;
nosotros le disculpamos!...
De estos ejemplos de amor
al prójimo y al hermano

encontramos en el mundo
cada dia, á cada paso,
que en el mundo son los buenos
muchos menos que los malos,
y aquí se acaba el romance,
que ya se vá haciendo largo.

II.

El viejo verde.

Frente á frente de una luna,
de una luna de Venecia,
en contemplacion absorto
de su gallarda presencia,
está D. Ramon Novales,
hombre de viso y visera,
valiente entre los valientes,
mas guapo que el guapo Estéban,
y echado para adelante,
y aficionado á las hembras,
que los sesenta ha cumplido
seis años hará por ferias,
y aun cuando á voces le dice
que los tiene su conciencia,

por no tenerlos daria
si no la vida, la hacienda....
Tiene D. Ramon de jóven,
si no la maña, la fuerza,
y el natural entusiasmo
por amorosas empresas,
y en el teatro le gusta
concluir con las boleras,
y tambien le agrada mucho
en sociedades selectas,
á la luz de muchas luces
y en medio de muchas bellas,
bailar un wals de dos tiempos,
y danzar una habanera;
y con todos estos gustos,
y con todas estas prendas,
aun hay quien dice que es tonto,
que es tonto de la cabeza.
Frente á frente de un espejo
y delante de una mesa
de cosméticos, pomadas,
cajas y frascos cubierta,
está D. Ramon pintándose
las mejillas y las cejas,
la punta de las narices,
las patillas que blanquean,
y los lábios y los ojos,
y en fin, hasta las orejas...!.
Y no dice una palabra

mientras dura la tarea,
y no vé, ni oye, ni entiende,
ni se conoce, ni piensa.
Cuando acaba de pintarse
se sonrie, se contempla,
se adiciona, se corrige,
y se anota, y se completa,
se pone la dentadura,
y se cubre la cabeza
con pelo de algun cesante
ó acaso de algun poeta,
que estos son los que sin pelo
mas fácilmente se quedan,
se pone el corsé y se entalla,
se encuaderna las caderas,
se mete el frá con trabajo,
las tirillas se endereza,
vuelve á mirarse al espejo,
y viendo que ya está en prensa,
con el sombrero á lo jaque
y la mirada tremenda,
sale de casa muy terne,
y al punto vé las estrellas,
aunque esté el rey de los astros
en mitad de su carrera,
porque le aprietan los guantes,
porque las botas le aprietan,
y le aprieta el corselillo
y le ahoga la soberbia;

mas él por ir apretado
ni se aflige ni se enmienda,
y con tal de ser buen mozo
y taparse los sesenta,
no hay martirio que no sufra
ni apretura que no quiera,
ni dinero que le baste
ni ropa que bien le venga....
Al ver venir una jóven
bonita, graciosa y fresca,
anímansele los ojos,
se le agachan las orejas,
el bigote se acaricia,
el sombrero se ladea,
saca del bolsillo el lente,
á la jóven se lo flecha,
y al pasar esta, un piropo
y una mirada le suelta,
la mirada de mochuelo
y el piropo de cochera.
Y la sigue paso á paso,
y recreándose en verla,
haciendo vá mentalmente
—que es amigo de la ciencia,—
un curso de anatomía,
y observaciones discretas,
sobre la sal y los años,
y la flor de la canela.
Se le pierde entre la gente

la resalada doncella,
y yo presumo, lectores,
que es mejor que se le pierda,
y D. Ramon á visitas
se dirige hecho una *etcétera*.
No le gusta ir á ver hombres,
que le gusta ir á ver hembras,
sobre todo siendo mozas,
sobre todo siendo bellas,
ó siendo viejas con hijas,
ó viuditas zalameras;
pero las que no le gustan
son las viejas muy compuestas,
porque siendo él viejo y verde
le enfadan las verdes viejas.
Es animada en estremo
su conversacion con ellas,
y se le hace agua la boca,
lloran sus ojos jalea,
y suspira y se enternece,
y ofrece, amenaza y ruega,
y se acerca y se insinúa,
y cuando se le desdeña,
cuando no puede sufrirse
su atrevida impertinencia,
no es raro que el mozo acabe
soltando una desvergüenza.
Despues de hacer sus visitas
con distintas consecuencias,

vá á contar á sus amigos
sus conquistas, sus proezas....
cuenta mentiras sin cuento,
y escandalosas anécdotas,
misterios inverosímiles
y aventuras de novela.
De los desdenes que sufre
con saña cruel se venga,
y de él no hay honra segura,
ni respeta la inocencia,
ni respeta los derechos,
ni las virtudes respeta.

Allí donde hay mas mujeres,
allí es donde se pasea,
para que todos pregunten
al verle:—«¿Cuál será de estas?»
y tiene intenciones tales,
y tan mezquinas ideas,
que allí donde vive alguna
mujer hermosa y discreta,
á la puerta de la casa,
para que todos la vean,
manda poner, si la tiene,
de noche su carretela....
mientras él en otra parte
come, bebe, intriga ó juega.
Visitar en el teatro
á las actrices primeras,
y á las cantantes famosas,

y á las sílfides esbeltas,
y en el Circo de caballos
á las amazonas bellas,
para su necio amor propio
satisfaccion es inmensa,
y se figura el pobrete
que están por él todas muertas,
y que no hay hombre en el mundo
que tanta fortuna tenga....
Y en tanto que él se divierte,
y se hace el mozo, y babea,
y se gasta su fortuna,
si no se gasta la agena,
acaso su triste esposa
espera y se desespera,
y acaso maldice el dia
que hizo su desgracia eterna,
haciendo su dueño al hombre
que la olvida y la desprecia,
y acaso sus pobres hijos
educándose en su escuela,
de torpes vicios un dia
dar leccion al padre puedan.
Y este viejo, en el que todo
lo malo y necio se encuentra,
que oculta sus canas y hace
mérito de su impudencia,
orgulloso con los hombres
y con las hembras babieca,

no conoce que la muerte
paso á paso se le acerca,
no comprende qué sagrada,
qué respetable y qué bella
es la vejez virtuosa,
dulce, tranquila y modesta,
que á la juventud dirige
de la virtud por la senda,
que la anima con su ejemplo,
la enseña con su esperiencia,
con su consejo la guia,
y nombre y honra la deja.
De un jóven estraviado
puede esperarse que vuelva
al bien á la voz de un padre
que muere por él de pena,
ó que el amor bendecido
le redima y le convierta
y acabe bueno y honrado
quien vicioso y torpe era;
pero un viejo que es vicioso,
que de la vejez reniega,
aunque se ponga en ridículo,
y desdeñado se vea,
aunque sufra humillaciones,
que irritan mas su soberbia,
aunque ni el amor le halaga,
ni la amistad le consuela,
aunque sabe que sus vicios

del mundo todo le alejan,
con sus vicios vive y muere,
que es el vicio su existencia;
y es tarde, muy tarde acaso
cuando arrepentirse intenta,
porque cuando se arrepiente
no puede tener ya enmienda.

III.

San Isidro.

I.

San Isidro, San Isidro,
santo de mi devocion,
pues que te celebran todos,
debo celebrarte yo.
No quiero cantar tus glorias,
no por falta de pulmon,
sino porque ya las canta
Lope de Vega mejor.
Harto la fama las dice,
y del Pirene á Chinchon
no habrá quien de tí no sepa
casi tanto como yo ...
Todos saben, santo mio,
que fuiste un santo varon,

y que estuviste en el mundo
amando y sirviendo á Dios,
que no halló jamás entrada
en tu pecho la ambicion,
que con ser el mas humilde
y mas pobre labrador,
mas que en los ricos el prójimo
en tu pobreza encontró,
que para el prójimo siempre
tuvo tu buen corazon
dulce y eficaz consuelo,
buen ejemplo y santo amor.
Por tus virtudes cristianas,
por tu humilde condicion,
por los milagros sin cuento
que hiciste en nombre de Dios,
este pueblo hidalgo y noble
te eligió por su patron,
y para eterna memoria,
y de su santo en honor,
donde al golpe de tu azada
agua bendita brotó,
que beben los madrileños
con religioso fervor,
digno de tí por lo humilde,
un templo te levantó.

. . . . . .

Y todos los años, todos
en tal dia como hoy,

acude el pueblo á la ermita
de su santo labrador,
no silencioso y devoto,
ni en solemne procesion,
sino lleno de alegría
rebosando buen humor,
ansiando salir al aire,
á echar una cana ó dos,
y de la vida olvidando
el incesante dolor,
la cruel incertidumbre,
la contínua agitacion,
y las eternas miserias
que dispútanse el honor
de atormentar á los hombres
para su condenacion.
No hay *ómnibus*, ni berlina,
carretela, ni landó,
ni calesa, ni tartana,
ni ridículo *simon*,
ni pesada diligencia,
de esas que permite Dios
para acercar á la córte
los pueblos de alrededor,
como los Carabancheles,
Getafe, El Pardo, Alcorcon,
y el gran Leganés histórico
á que tanto nombre dió
el gobierno moderado

de triste recordacion,
no hay *elemento* en la villa,
no hay caballo corredor,
ni caballo que no corra,
ni caballo matalon,
ni macho, mula, ni jaca,
que en tal dia como hoy,
no vaya echando demonios
al sitio de la funcion.
De sucio polvo, entre nubes
volando van á la voz
de mayorales alegres,
y que tienen el pulmon
mas grande que el de un caballo,
y mas hermoso que el sol.
Y óyense votos y voces
en aquella confusion,
y canciones, risotadas,
y alguna blasfemia atroz,
y allí un caballo se cae,
y otro atropella á un señor,
que por coger el sombrero,
una liebre coge ó dos,
y una mujer que vá en coche
chilla que dá compasion,
y dice que se marea
con el vaiven y el calor,
y otra le suelta un cachete,
pero un cachete feroz,

á un inglés que la ha pisado
tres veces con intencion,
y vuelca allá una tartana
y se abre del golpe en dos,
y salen de entre las ruinas
una dama y un señor,
una niña con su novio,
un niño, un perro pachon,
y una cesta que rebosa
manjares de buen sabor,
y esclama al punto la dama:
«¡Lo estaba diciendo yo!...»
y él, llevándose la mano
á la parte posterior,
al gobierno echa la culpa,
que no tiene prevision
para evitar tales vuelcos
en dias como el de hoy;
y el niño se desgañita
porque se toca un chichon,
y la niña, que ya es moza,
pierde el tino y el color
porque piensa que la jaula
del miriñaque se vió,
y hecho una etcétera el pollo,
porque se ha roto un alon,
dice á la niña que el vuelco
no ha sido cosa mayor;
y como aquella tartana

él fué quien la procuró,
míranle el padre y la madre
con severa indignacion,
y se acercan cuatro perros
de la merienda al olor,
y uno toma una chuleta,
y otro un trozo de jamon,
y otro un poco de cordero,
y otro un pollo con arroz,
y salen con todo á escape,
y el perro de casa en pos,
y corridos, y molidos,
y sin gana de funcion,
y sin comida, y sin perro,
y sin gusto, y sin amor,
vuelven todos á la córte
en mala disposicion.

. . . . . .

Y camino de la casa
del bendito labrador
siguen la bulla, el jaleo,
la broma y la animacion.
—«¡Coronela!... ¡Capitana!...
—¡Anda! ¡anda!... ¡Caballo!... ¡Só!
—¡Maldita sea tu sangre!...
—¡A dos reales, que me voy!...
—¡Venga usted acá, señora!...
¿La lleva usté á pié, señor?
—¡Arre, mula!... ¡Repulía!...

¡No te diera un torozon!...
—¡Eh, parroquiano!... ¡á dos reales
hasta la Puerta del Sol!...
—¿A doce cuartos?... ¡Te veo!
¡Se vá á perder el *gachó!*...»—
Y por las ánimas pide
un ciego sentado al sol,
y otro sentado á la sombra
se encomienda á San Ramon,
y el himno de Riego célebre
tocan con mucho primor
en el arpa, dos vasallos
de don Luis Napoleon,
y antes de llegar al *sitio*,
se oye el estraño rumor
de la inmensa muchedumbre
y el regocijado son
del esquilon de la ermita
del bendito labrador,
y se vé la alegre fiesta,
y se ensancha el corazon,
al contemplar la alegría
con que el buen pueblo español,
fiel siempre á sus tradiciones
y á sus varones de pró,
celebra á quien de la villa
es venerado patron.

II.

Muy pequeña para tantos
es la anchurosa pradera,
y no hay barranco ni altura
donde no llegue la fiesta.
Comen unos á la sombra,
y sobre la fresca yerba,
cantan otros al compás
de la histórica vihuela,
y al mismo compás hay otros
que bailan que se las pelan.
Otros, como unos benditos,
se tienden á pierna suelta,
y sin respeto al pudor,
y sin pizca de vergüenza,
duermen allí con las turcas,
sus mas fieles compañeras.
Allí todo se confunde,
allí nada se respeta,
allí, lectores, no hay clases,
no hay mas que jaleo y gresca.
Allí establecen figones
cien fondistas de conciencia,

que estiman la salud propia
con perjuicio de la agena,
que á quien de comer les pide
se lo comen por contera,
porque un ojo de la cara
por cada plato le llevan.
Quien come de sus manjares
deja el hambre satisfecha,
y se estará alguno luego
un mes en cama y á dieta.
Allí se venden licores,
¡qué licores!... agua fresca,
con aguardiente y pintura,
porque parezca y no sea....
rosquillas de Fuenlabrada,
torrados como manteca,
que son garbanzos tostados
y mas duros que las piedras,
y la leche de las Navas,
—no de Tolosa,—sin mezcla,
y el vino de todas partes
que se consume en la fiesta,
procedente de las fuentes
mejores,—digo, bodegas,—
vino que está mas compuesto
que una coquetona vieja,
que no se sabe á qué sabe,
y no sabe á cosa buena.
Se venden silbatos, pitos

y campanillas tremendas,
que dan serenata al santo,
que bien merece otra orquesta,
se venden otras mil cosas,
y hasta se venden, y es mengua,
toscos retratos del santo
que tales cosas tolera.
Como la gente de *bota*
anda por allí tan suelta,
cada palo vale un duro,
cada taco dos pesetas,
y es un milagro que el santo
á su repertorio agrega,
si en la cárcel este dia
el personal no se aumenta.
A quien se descuida un poco
sin un ochavo le dejan,
y á quien se descuida mucho
le suelen quitar las muelas.
Las madres abren cien ojos,
—y aun es fácil que no vean,—
para que de la apretura
salgan las niñas ilesas;
los maridos que colgada
del brazo la esposa llevan,
entre aquella muchedumbre
van escamados de veras,
porque van muchos buscones
en pos de la hacienda agena,

aunque no puede creerse
que una esposa es una hacienda;
oyen las niñas requiebros
usados en las tabernas,
y la linda porque es linda,
y la fea porque es fea,
la esposa por el marido
y la madre por lo vieja,
todas sufren la metralla
de burlas, risas y señas,
pisotones y codazos,
bromas, requiebros y muecas.

. . . . . .

Y es el labrador bendito
á quien el pueblo celebra,
sin comerlo ni beberlo,
presidente de la fiesta.
Y si bienhechora lluvia
á los devotos dispersa,
aun quedan allí devotos
que á su patron apedrean.

IV.

La envidia.

El esclavo miserable,
sin pátria y sin libertad,
el espósito sin nombre,
que vive en constante afan,
el que mendiga, llorando,
el pan de la caridad,
el que vé muertos sus hijos
y destruido su hogar,
y el reo que de la muerte
espera el trance fatal,
mucho menos desgraciados
se pueden considerar
que el hombre que poseido
de la vil envidia está.

No hay castigo mas horrible,
ni mas ruda enfermedad,
ni mas triste desconsuelo
que esa pasion infernal.
Por la senda de la vida
triste el envidioso vá,
llena el alma de veneno
y siempre dispuesto al mal.
Irrítanle la alegría
y la paz de los demás,
y de lo noble y lo grande
es enemigo mortal;
con la mirada quisiera
la muerte al prójimo dar,
y en la desgracia del prójimo
halla placer sin igual.
Sabe que el bien que otro goza
suyo no ha de ser jamás,
y con que el otro lo pierda
por satisfecho se dá,
y no hay ladron ni asesino
que se le pueda igualar
en torpes viles pasiones
y bárbara crueldad;
y en incesante desvelo
y en devorador afan,
ni un momento el envidioso
goza de tranquilidad,
ni su trabajo es fecundo,

ni halla placer en su hogar,
ni es su corazon sensible
al amor y la amistad.
Martirio como el que sufre,
¿quién lo puede imaginar?
Por la pasion miserable
á que condenado está,
descuida su hacienda propia
y su existencia quizás,
y por el placer infame
de hacer al prójimo mal,
ante ningun sacrificio
retrocederá jamás.
El que de santas virtudes
provechoso ejemplo dá,
el que está por su talento
mas alto que los demás,
el que tiene una fortuna
porque la supo ganar,
lo mismo que el que la tiene
por una casualidad,
el que tiene mujer bella
y virtuosa además,
el que, porque Dios lo quiere,
goza de salud cabal,
y quiere,—y le alabo el gusto,—
mejor reir que llorar,
el que obtiene un buen destino,
el que es buen mozo y galan,

el que para hacer conquistas
tiene una gracia especial,
todos los que son capaces
de lo que es él incapaz,
todos los que tienen algo
que él no ha podido lograr,
siempre del vil envidioso
aborrecidos serán.
. . . . . .
El envidioso, en su lógica,
que es lógica singular,
considera que le agravia
y que es temible rival
aquel en quien reconoce
cierta superioridad,
y como la torpe envidia
aconseja siempre mal,
el deseo de venganza
le atormenta sin cesar,
mas no llega al que enemigo
le finge su ceguedad
frente á frente y descubierto,
como adversario leal,
que es la envidia muy traidora
y cobarde por demás,
y nunca esgrime otras armas
que la calumnia procaz....
Del envidioso las honras
nunca seguras están,

ni hay reputacion que pueda
sus injurias evitar,
ni virtud que él no proclame
hipócrita falsedad,
ni la inocencia respeta,
ni el sagrado del hogar,
ni el reposo de las tumbas
lo respeta su impiedad.
No hay mentira que no encuentre
en él defensor audaz,
ni injuria que no repita
para que se estienda mas,
ni ocasion que no aproveche
ansioso de arrebatar
la paz y el honor al prójimo
para gozarse en su mal.

. . . . . .

Si hallais en vuestro camino
un hombre que atado vá
á la pesada cadena
de esa pasion infernal,
no os inspire el envidioso
ódio y mala voluntad,
ved que es un hermano enfermo
que nadie puede salvar,
un desdichado que sufre
un martirio sin igual,
á quien todos los placeres
vedados por siempre están,

y que ignora cuánta dicha
pueden los hombres gozar
con los placeres dulcísimos
de la santa caridad.

V.

El Torero.

I.

En la calle de Sevilla,
que es una calle famosa,
en la que el Ayuntamiento
no necesita de escobas,
porque con la rica seda
y los volantes de blonda,
y el hule con que los falsos....
de los vestidos se forran,
la barren todos los dias,
la barren á todas horas
las hembras que por el suelo
van arrastrando la cola;
está en la esquina plantado,
ufano de su persona,

un mozo de buen trapío
con su chaquetilla corta,
su pantalon que acredita
al sastre que le dió forma,
y el gusto de quien lo lleva,
y la forma de sus formas,
su chaleco bien cortado,
su faja blanca y hermosa,
que en crespon de la India rico
se la bordó una señora,
su reló con su cadena
y en el bolsillo unas onzas,
por si ocurre un compromiso
quedar bien á cualquier hora.
Este es Juanillo, el torero,
nacido una noche en Ronda,
de una madre mas salada
que la inmensa mar furiosa,
que cantando la rondeña
cogia la tierna alondra,
que de su voz al halago
se le venia á la boca,
y bailando unas boleras
hacia brotar las rosas
en el terreno mas árido
ó en la mas pelada roca,
y de un padre mas temido
en Ronda que la langosta,
gran consumidor de cañas,

y no de cañas de escoba,
y *cantaor* por lo fino
y aficionado á las mozas
mas que al dinero el avaro,
mas que el mundo á la lisonja,
mas que la paloma al nido
donde sus hijuelos moran,
y aficionado á los toros
mas que á todo y mas que á todas,
y mas que á su esposa misma
y que á su propia persona:
que una corrida de toros
era para él mas preciosa,
mas que todo lo del mundo,
mas que la fortuna propia,
mas que la fortuna agena,
mas que su potro de Córdoba,
mas que todo el contrabando,
que cual madre cariñosa
proteje fiel y constante
la Serranía de Ronda.
. . . . . .
Estaba mamando el chico,
y su padre, que esté en gloria,
ya le llevaba á los toros
y le arrimaba una soba
si la fiesta al tierno infante
le producia modorra,
en vez de aquel entusiasmo

y aquella alegría loca,
que él sentia viendo al toro
cruzar la plaza anchurosa,
persiguiendo á sus verdugos,
dando rugidos de cólera,
y clavando el asta fiera
y ya por la sangre roja,
en los miseros caballos
á falta de las personas.
Y todos los accidentes
de la lidia, como todas
las cualidades notables
que al toro que es *bueno* adornan,
y las que adornan al *malo*,
que no son buenas ni pocas,
todas las suertes bonitas
del toreo fino propias,
todo lo que el buen torero
debe saber de memoria,
lo supo Juanillo apenas
tuvo dientes en la boca,
merced al celo estremado
y á la esperiencia taurómaca
del buen autor de sus dias,
que, aunque pudiera con gloria
haber ejercido el arte
sin riesgo de su persona,
nunca habia toreado
por no asustar á la esposa,

á la madre de Juanillo,
que estaba de amores loca
por su marido, y en cinta
con una frecuencia insólita.
Verdad es que no ejerció
ni esa profesion ni otra,
tan solo por la indolencia
de aquellos vergeles propia,
aunque, segun afirmaba,
pudo,—tal era su estofa,
y tales de su familia
la limpia brillante historia
y los hechos memorables
y las acciones heróicas,—
ser lo que hubiera querido,
y oro tener por arrobas,
y cortijos y ganados,
y un buque en la mar indómita,
y ser señor absoluto
diez leguas á la redonda,
y por sus méritos altos
merecer quizás la honra
de acabar el mejor dia
en maestrante de Ronda.

II.

Era Juanillo un *chaval*
cuando su padre, el indino,
por salir á la defensa
de un toro, sin ser su primo,
ni su padre, ni su hermano,
ni tan siquiera su amigo,
y sostener que era un toro
de muchísimo *sentío*,
cuando era un torillo avanto,
bailarin, cobarde, huido,
con un compadre muy terne
armó la de Dios es Cristo,
y el compadre, un *cabayero*,
visitador de presidios,
con un alfiler le abrió
en el pecho un ventanillo,
por donde se fué la vida
del hombre hermoso del siglo,
que así llamaba la esposa
al autor del buen Juanillo,
llorando á lágrima viva
sobre su cadáver frio.

La misma afición que el padre
tuvo á los toros el hijo,
mas la ocultó cuidadoso
y hasta combatirla quiso,
respetando de la madre
el ódio constante antiguo
á los toros,—que por uno
se quedó sin su marido;—
mas como todo se olvida
al fin en el mundo pícaro,
y las viudas de buen talle
y de regular palmito
son las mas olvidadizas
que en este mundo han nacido,
y mas que ser fiel á un muerto
agrada ser fiel á un vivo,
y con el nombre de bodas
ó bodorrios, mejor dicho,
en el mundo sucursales
abre del infierno mismo
el mismísimo demonio,
nuestro comun enemigo,
sucedió que enamorada
de un belonero muy pillo,
que fué de Lucena á Ronda
por ferias con un borrico
(que en viendo el pobre un gitano
lloraba como un chiquillo),
dió la mano al belonero

y dió padrastro á su hijo.
Aborreció cordialmente
á su padrastro Juanillo,
y no acabó por pintarle
un jabeque en el ombligo,
porque su madre,—y á muchas
les suele pasar lo mismo,—
á aquel hombre, que era un bárbaro,
llegó á querer con delirio,
y eso que mas de una vez
le puso aquel cuerpo indino
con mas cardenales juntos
que en un cónclave se han visto.

. . . . . .

Cierta muchacha de Ronda,
que en belleza era un prodigio,
una noche, en el otoño,
asomada á un postiguillo,
pelaba no sé si el pavo
ó la pava, á punto fijo,
con un mozo de buen aire,
y entre suspiro y suspiro
hablaban de esta manera
aquellos dos tortolitos:
—Juanillo ¡que no te vayas!
¡que no te vayas, Juanillo!
—Me voy porque me lo como
lo mismo que un huevo frito
si no me marcho....

—¿Y por qué
no te lo comes, chiquillo?...
—Porque mi madre le quiere,
¡pues! por eso, y al maldito
eso le vale.... pues ¿piensas
que si no estaba ya vivo?...
—¡Vaya! ¡que tu madre es tonta!...
—¡Lola, es mi madre!...
—Bien, chico;
no te enfades, que no quiero
faltarla.
—Ya se lo he dicho,
yo la he dicho que ese mozo
es peor que un tabardillo,
pero mi madre le quiere,
y yo... me voy.... y es lo fijo...
y así... no puedo ver nada,
ni me quemo... ni estoy frito...
ni me pongo á que algun dia
me veas en un presidio...
—Y yo me quedo aquí sola
con mi tio, que es un tio...
—¿Te quieres venir?
—¿A dónde?...
—¿A dónde?... ¡Tóma, conmigo!...
Vente conmigo, morena,
verás el mundo enterito,
verás *Cáiz* y Sevilla...
el cielo... ¡Conque al avio!...

—¿Y de qué nos mantendremos?..
—De comida, lucerito...
y si no de amor, que cuesta
menos...
—Aquí yo me frio
con este viejo petate...
¿Y qué vas á ser, Juanillo?...
—¿Qué voy á ser?... Voy á ser
torero...
—¿Torero has dicho?...
—Y hasta allí... Verás, morena,
ya verás á tu marido
mas reluciente que un astro,
y con mas gracia y mas brio
que el señor Francisco Montes
ponerse enfrente del vicho...
—¡Ay! ¡qué miedo!
—No lo tengas,
que aun el toro no ha nacido
que ha de coger á tu *chacho*,
morena, tesoro mio.
. . . . . .
Dos dias despues Lolilla
se afufaba con Juanillo,
dejando con una cuarta
de narices á su tio.

III

Diez años lleva Juanillo
triunfando de plaza en plaza
de los toritos mas bravos
y de las mozas mas bravas.
Apenas pone en la arena
la firme y segura planta,
parece como que el sol
del cielo á la tierra baja,
y con sus rayos de fuego
los corazones abrasa
de las mozas mas juncales
que se crian en España,
que en toros y hembras de brío
es tierra privilegiada.
Y se oyen por todas partes
apóstrofes entusiastas
con que á Juanillo saludan
sus muchas apasionadas.
—«¡Ya ha salido el rey del mundo!
—»¡Salero! ¡viva la gracia!
—»¡Vaya un cuerpo rebonito!
—»¡Qué cinturita! ¡ni á máquina!
—»¡Con ese cuerpo, en el mundo,

»tiene que haber mil desgracias!»—
Y en tanto, Juan, paseando
por la plaza la mirada,
saluda á los conocidos,
y hace una seña á la Paca,
y un guiño á la Mariquita,
y un gesto á la *Sabastiana*,
y coge un cigarro habano
que le echa el marqués del Agua,
y en viendo venir al toro
corre, le llama y le para,
le capea por lo fino,
le dá cien vueltas, le engaña,
y se descubre de pronto,
y cuando está ya en las astas
del animal, y resuena
de horror un grito en la plaza,
sale Juanillo muy sério,
muy embozado en la capa,
y el toro se queda atónito
sin saber lo que le pasa.
Sigue el toro rebramando,
y, buscando una venganza,
con un caballo tropieza
y en el caballo se ensaña;
resiste el corcel el ímpetu
y de manos se levanta,
y el picador mide el suelo
y ciego el toro le engancha,

pero llega allí Juanillo,
y de allí á la fiera saca,
sin saber cómo ni cuándo,
sin decirle una palabra,
sin duda por la influencia
moral que ejerce el que manda.
Suenan luego los clarines
y Juanillo se prepara
á despachar á la fiera,
si puede de una estocada,
y si no de dos ó doce,
ó de las que le hagan falta,
y despues *que brinda el toro*
por *usía y la compaña*,
por la gente de Madrid
y por quien le dá la gana,
váse derecho á la fiera
con la muleta y la espada,
y con muy grave peligro
de perder toda la gracia
que Dios le dió, con la vida,
del animal en las astas....
y cuando, rugiendo el toro,
vencido cae á sus plantas,
grito de inmensa alegría
en la plaza se levanta,
si la estocada fué buena
y al toro le supo *mala*.

. . . . . .

Y mientras él, defendiendo
está su vida en la plaza,
de hinojos ante la imágen
de la madre de Dios santa,
rogando está por Juanillo
Lolilla, aquella muchacha
á quien él rondaba en Ronda,
y que le dió vida y alma,
y huyó con él una noche,
incauta y enamorada:
que por mas que muchas veces
le hace partidas serranas
Juanillo, sin su Juanillo
la pobre ya no se halla,
y aunque se muere de pena,
y aunque de celos se abrasa,
y aunque ya le ha sorprendido
de palique con la Paca,
y en el bolsillo un pañuelo
que le dió la *Sabastiana*,
y unos pelos que le dió
en un papel la Pascuala,
y aunque sabe que hay por él
hasta marquesas *chaladas*,
y él tantas vé tantas quiere,
y aunque fueran otras tantas,
a vida le faltaria
si Juanillo le faltara
Acaso Juanillo á Lola

suele zurrar la badana,
acaso meses enteros
sin verla ni hablarla pasa,
pero luego la contenta
con una dulce palabra,
y con *mercarle* unas ligas
y con secarle las lágrimas.

Y aquí se acaba el romance;
perdonad sus muchas faltas.

VI.

La Usura.

Tiene el hombre un enemigo
que le persigue y le empuja,
que le agarra, y gota á gota
la sangre toda le chupa,
que le deshonra y le humilla,
y le postra y le sepulta....
Este infernal enemigo
tiene por nombre la Usura.
No hay armas mas ofensivas
en el mundo que las suyas,
ni inventar pudo el infierno
red mas estrecha y segura
para llevarse las almas
á sus mazmorras profundas;

del verdugo y de la víctima
se lleva las almas juntas,
que si el uno se condena
por su maldad y su astucia,
la otra, por desesperada
al ver su ingrata fortuna,
por renegar de los hombres
y ponerlo todo en duda,
y darse al mismo demonio
que de sus males se burla,
tambien se condena para
completar sus desventuras.
Tan refinada maldad
es la maldad de la usura,
que no hay pasion en el mundo
que pueda igualarla nunca,
y no hay ladron ni asesino
de viles entrañas duras
que busque con tanto ahinco,
como el usurero busca,
el bien ageno y la sangre
con que alimenta la suya.
La bolsa ó la vida pide
el ladron con faz adusta,
á tiempo que te amenaza
con darte un palo en la nuca;
pero el ladron usurero,
que en algun apuro buscas,
con su carita de pascua,

y sus palabras de azúcar,
y el favor encareciéndote,
y su amor y su ternura,
y el desinterés pasmoso
con que te presta su ayuda,
te facilita el dinero,
y al alargarte la suma,
de tu bolsa y de tu vida
apoderarse procura.

. . . . . .

¡Pobre del pobre que és pobre
y no tiene quien le acuda
mas que alguno de esos entes,
que el mismo diablo confunda!
Pronto se verá cogido
en las redes de la usura,
y á poco que se descuide,
verá con horrible angustia
que el pan de sus tiernos hijos,
y su paz y su ventura,
y el fruto de su trabajo,
y sus sueños de fortuna,
y todo consuelo, y toda
esperanza alegre y pura,
y su salud, y su honor,
que era su riqueza única,
son los réditos enormes
con los que la suerte injusta
le hace pagar el amargo

pan que le arrojó la usura.
¡Pobre del buen labrador
que vé abrasadas sus frutas,
y su casa destruida,
y sus tierras sin verdura,
y siente sobre su techo
bramar la tormenta ruda!...
Mejor le está resignarse
á la voluntad augusta
del Ser todopoderoso
que no le olvidará nunca,
que acudir á un usurero,
que sus tierras una á una,
y su casa, y sus ganados,
por una mezquina suma,
le arrebate poco á poco
con alma taimada y dura.
¡Pobre mozo, el que fiado
en su nombre y su fortuna,
se dá á lucir en el mundo
y por lucir gasta y triunfa!
Si llama una vez y ciento
á las puertas de la usura,
hallará el metal precioso
que sus vicios le consuman;
pero ha de llegar un dia,
que, con asombro sin duda,
verá que no valen nada
su nombre ni su fortuna,

que esta no le pertenece,
y que la insaciable gula
de sus vicios es tan solo
lo que no ha de perder nunca.
¡Pobre del triste cesante
á quien dejaron á oscuras,
en un *arreglo* que hicieron
para *arreglar* á otro cura!
Si fuera de su destino
no sabe hacer cosa alguna,
si no se atreve siquiera
á componer aleluyas,
si una sociedad de crédito,
por no atreverse no funda,
y tiene mujer y niños,
y pide auxilio á la usura,
quedará para *in eternum*,
aunque en otro arreglo suba,
lo mismo que el toro á quien
le aplican la media luna,
que no podrá levantarse
y no le valdrá la Bula.

. . . . . .

Pero por no entristecer
al lector con tal lectura,
por hoy no quiero poner
mas milagros de la usura.

VII.

El Lujo.

De cuantas necesidades
el hombre tiene en el mundo,
hoy por hoy, la mas urgente
es la que se llama el *lujo*.
Todos queremos lucirnos,
y acreditar nuestro gusto,
y que todos queden, viéndonos,
admirados y confusos.
Quien tiene dos gasta cuatro,
gasta dos quien tiene uno,
y quien nada tiene, gasta
lo ageno, que lo hace suyo.
Está en Madrid empleado
con poco sueldo don Justo,

gracias á que de su esposa
el gefe es primo segundo,
y cuando sale de casa
la esposa á lucir el busto,
todos esclaman al verla:
«¡Qué lujo! señor, ¡qué lujo!»
Cada vestido que gasta
cuesta lo menos cien duros,
y con la tela que tienen
todos sus vestidos juntos,
hacerse un toldo pudiera
de caprichosos dibujos,
para ponerlo en la plaza
de toros el mes de julio.
Tiene crédito en las tiendas,
lo toma todo por junto,
que en nada quiere meterse
el bendito de don Justo.
No hay funcion á que no vayan,
los dos toman baños rusos,
y un té dan el mejor dia
en pró del primo segundo.
Tambien el ministro tiene
un primo cuarto muy cuco,
y un dia le dá el empleo
del otro primo, y al punto
el nuevo gefe presenta
un primo de un primo suyo,
que á don Justo desaloja,

que esto en España es lo justo,
y don Justo sin empleo
claro empieza á ver lo oscuro,
que es el *déficit* enorme
que le ha producido el *lujo*,
y en el libro de las Deudas,
que es el libro del gran mundo,
inscrito queda su nombre,
y ya nunca está seguro
de usureros y curiales,
de penas, citas y sustos.
Tuvo Mariquita padres
como cualquiera los tuvo;
—escepto los periodistas,
que no tenemos ninguno,
como con mucho salero
dijo ha poco un mozo crudo,
académico, ex-ministro,
y señor de muchos humos,—
de la necia vanidad
creció la niña al arrullo,
y con las comodidades
y los caprichos sin número,
y la dañosa indolencia,
y la soberbia del lujo,
formóse la pobre al cabo
un carácter tan adusto,
tan egoista y despótico,
que á no ser por su peculio,

no hubiera hallado un marido
ni aquí ni en San Petersburgo;
pero gracias á que el padre
soltó sendos pesos duros,
halló marido, y muy guapo,
y muy gracioso, y muy tuno,
que la dejó en poco tiempo
madre, sola y sin recursos.
Todo lo perdió la triste,
menos el amor al lujo,
y hoy del mundo ya no espera
mas que el pan amargo, y duro,
y el lecho de un hospital
para sus momentos últimos.
Casó don Pedro con una
señora de clase y rumbo,
cuya familia desciende
del mismísimo Ataulfo,
y en cuyas armas se ven
en campo azul cuatro buhos,
una mano de mortero,
dos calderas, un embudo,
un alcornoque, un cedazo,
un par de orejas de rucio,
y en un escudo este mote:
«Mas noble que yo ninguno.»
Don Pedro estaba vestido
como lo prescribe el uso,
y lo manda la decencia

desde que Eva tuvo el gusto
de comerse la manzana
que le dió un reptil inmundo,
y tenia algunos cuartos
en empresas de *Seguros*,
con la cual ya se creia
—¡pobre don Pedro!—seguro,
y cobraba del gobierno
algun dinero, no mucho....
Y hoy que llevará casado
un par de años á lo sumo,
dicen todos, y él lo dice,
que está el infeliz desnudo,
y que no tiene mas cuartos
ni en *Seguros*, ni inseguros
que los cuartos que el reló
dá cada quince minutos.

No es, sin embargo, don Pedro
hombre que se echa en el surco,
y aunque él echarse quisiera,
su esposa,—la de los buhos
y la mano de mortero,—
tiene mucho amor al lujo,
y pide al esposo, airada,
que satisfaga sus gustos,
y llora, y se pone triste,
y le dan ataques bruscos
de nervios, dando al marido
cada dos horas un susto,

y de repetir no cesa
cuántas ocasiones tuvo
de hacer mejor casamiento,
pondera el amor profundo
que la profesaba un príncipe,
no sé si polaco ó ruso,
la escandalosa fortuna
de un señor del otro mundo,
—de la Habana,—que tenia
veinticuatro ingenios suyos,
y que la hubiera dotado
en diez millones de duros,
la pasion atroz, volcánica,
de un poeta melenudo,
que, aunque entonces no tenia
ni para comprar un puro,
luego ha llegado á ministro
con asombro de los *puros*,
y se duele amargamente
de haber tenido el mal gusto
de ir á elegir al mas pobre,
mas pacato y mas oscuro,
y tales cosas le dice,
que, como él la quiere mucho,
y ha tomado de la esposa
tambien la aficion al lujo,
anda bebiendo los vientos
por salir de sus apuros,
encomendado al glorioso

y benéfico San Bruno,
que ciento por uno dá
á quien es devoto suyo,
y se ocupa el pobrecito
en escribir estatutos,
bases y combinaciones
de una *Caja de seguros*
que ha pensado establecer
en beneficio del público,
y en la cual cada imponente
tomará el ciento por uno,
y con soltar unos cuartos
tendrán porvenir seguro
su mujer, hijos y nietos,
hasta que se acabe el mundo.
Y aun cuando á primera vista
parece el proyecto absurdo,
el buen don Pedro, que debe
ser ó muy sábio ó muy tuno,
establece al fin su empresa,
y pone grandes anuncios,
y vuelve la esposa bella
á asombrarnos con su lujo,
y á no ser por un milagro
del seráfico San Bruno,
andando el tiempo, don Pedro
nos dará á todos un susto,
porque dando un trueno gordo
nos dejará sordo-mudos.

Vive el pobre de que el rico
viva con fausto y con lujo,
y el lujo de los magnates
es conveniente y es justo;
pero que quiera lucirse
quien no tiene bien alguno,
mas que un simple destinillo
ó los precisos recursos
para comprar ropas hechas
y comer garbanzos duros,
pienso, lectores amigos,
que es ridículo y absurdo;
pero no os burleis del prójimo
que dá en el vicio del lujo;
si no podeis, corrigiéndole,
salvarle de un mal seguro,
compadecedle y rogad
por él con amor profundo,
que acaso veréisle un dia
triste, sin pan y desnudo,
ó sin honra y sin pudor
desdeñado por el mundo.
Si es el lujo para el hombre
causa de males sin número,
para la mujer no hay nada
tan dañoso como el lujo.
Es la pasion mas traidora
que inventar el diablo pudo,
y la mujer que no sabe

resistir su horrible influjo,
á grandes males se espone
y á no lograr bien alguno.
Hija buena no será,
si dá en ese vicio estúpido,
ni cumplirá como esposa
la mision que Dios le impuso,
y no será buena madre
la que su bien y su orgullo
cifre en ser esclava siempre
de las miserias del lujo.

VIII.

¡Jarana!

Todos los años, apenas
aprieta un poco el calor,
se dice en la villa y córte
que vá á haber revolucion....
que don Fulano conspira,
que ayer han cogido á dos,
que el plan era endemoniado,
y que ha cantado un traidor,
saliendo despues á escape
con direccion á Joló,
por sustraerse á las iras
de toda la reunion,
que pensaba asarle vivo
solo por lo que cantó....

Los noticieros no cesan
de hacer que corra la voz
de alarma, y cada mañana,
con una mentira ó dos,
que con aire de misterio
y siniestra entonacion
cuentan en cafés y tiendas,
llenan de susto y pavor
á los que los oyen, y estos
alarman la poblacion,
que al cuarto de hora ya sabe
quiénes forman el complót,
y la gente con que cuentan,
y el sitio de la funcion;
cada cual aumenta un poco
á las noticias que oyó,
y uno dice: —«¡Ya hay patrullas!»—
Y otro añade:—«Y un cañon
en la esquina del Suizo,
y otro en la Puerta del Sol.»—
Y otro esclama:—«Pues la guardia
del Principal se dobló,»—
como si la guardia fuera
la cortina de un balcon,
y una devota asegura
con el descaro mayor,
que van á volver los frailes,
y que acaba de ver dos,
y que volverá su primo

fray Serapio, que murió,
y en esto se oye á lo lejos
el redoble de un tambor,
y uno dice:—«¡A generala!...
¡A casa, que ya se armó!...»
—«Nó, señor,—dice otro prójimo
con evidente intencion
de que las gentes le crean
tremendo conspirador,—
hasta salir de los toros
no alzará nadie la voz....»
—«¿Y qué voz será?...» pregunta
con bien visible emocion,
uno á quien han colocado
en la semana anterior.
—«¿Cuál ha de ser?» dice el otro,
«¡Viva la Constitucion!»—
Y el que tiene que perder
corre á su casa veloz,
y registra sus papeles
con laudable prevision,
y quema el bello retrato
de un ilustrado orador,
que arma con cada discurso
una polvareda atroz,
y llama aparte á la esposa,
mitad de su corazon,
y le dice muy bajito:
—«Dime, ¿tenemos arroz,

y lentejas, y garbanzos,
velas, aceite y jabon?...
Pues haz provision al punto
que dicen que vá á haber hoy....
vamos, chica, no te asustes,
que vá á haber revolucion.» —
Y la esposa, que está en cinta,
y ya de cuenta salió,
lanza un grito, que al chiquillo
le hace dar un revolcon,
y los vecinos se enteran,
bajan á ver qué ocurrió,
y en cuanto saben de boca
del marido la ocasion,
crece el tumulto, el espanto
llega á su grado mayor,
y un marido en bata y gorro
y en alas de su pasion,
sale á buscar á la dulce
esposa que Dios le dió,
que ha salido hace un momento
á comprarle salchichon,
y una madre se desmaya
porque su niño mayor
á aprender á ser cajista
ha entrado en *La Discusion*,
y otra mujer por su esposo,
que es el portero mayor
de un ministerio, y por eso

está en un peligro atroz,
reza, llorando, á los santos
de su mayor devocion,
y un sargento retirado,
que tiene huéspedes, dos
pistolas coge muy sério
y se pone en el balcon,
dispuesto á pegar un tiro,
si á mano viniera, al sol.

. . . . . .

Y en tanto, cunde la alarma
por toda la poblacion,
y hasta los papeles públicos
—y esto es lo que estraño yo,—
se hacen eco de rumores
sin motivo ni razon,
y al comercio perjudican
y á la industria, y el temor
esparcen con sus alarmas
con bien poca prevision.

. . . . . .

Y aquí se acaba el romance....
Queden ustedes con Dios.

IX.

Viaje de placer.

I.

Don Ginés, un empleado
auxiliar de no sé qué,
director adjunto de una
sociedad, tiene mujer
que tiene dentro del cuerpo
—y no es un mal cuerpo á fé,—
unos granos escondidos
que en invierno no se ven,
y en cuanto llega el verano
se le salen á la piel.
El primer granito asoma
en Junio del dos al seis,
y en el mismísimo dia
vé al ministro don Ginés,

y rendido le suplica
que la licencia le dé
para ir á tomar las aguas
que curan á su mujer.
El ministro le contesta:
«Eso y mas que quiera usted.»
Y con tan fausta noticia
vuelve á casa á disponer
todo lo que es mas preciso
para que su esposa y él
vayan á ver si los granos
se meten dentro otra vez,
y aquí empieza Cristo, digo,
don Ginés á padecer.
Necesita la señora
dos sombreritos ó tres,
tres sombrillas, diez vestidos,
que menos no pueden ser,
además de los que tiene,
que son unos treinta y seis,
cuatro pares de botitas,
un *abrigo* de *moaré*
para el calor, que no abrigue,
y otro que abrigue muy bien
para los dias de frio
que se lo quiera poner,
y para esto y otras cosas
necesita la cruel
nada menos que dos *mundos*,

y el viejo que tiene, tres.
Don Ginés lo compra todo,
y un gorrito para él,
y una noche entre ocho y nueve
toman, ó los toma, el tren,
despues de pagar el pobre
ocho duritos ó diez
por el esceso del peso,
del peso de su mujer.
La esposa á temblar empieza
por lo muy posible que es
que suceda una avería,
como suele suceder,
la tranquilizan su esposo
y otro matrimonio fiel
que en el mismo coche vá
á tomar aguas tambien,
y antes de la media legua,
la mujer de don Ginés
y la del otro sugeto
saben cuanto hay que saber
de los achaques que tienen,
de lo que les prueba bien,
de los gustos y manías
de los dos esposos que
en tanto arreglan á España
y hablan del poco valer
de todos los empleados
que, por su desfachatez,

mas sueldo que tienen ellos
han logrado que les den.
Don Ginés, que es un filósofo,
se duerme poco despues,
y le despierta su esposa
cada vez que para el tren,
ya porque bajar desea,
ya porque quiere saber
á qué estacion han llegado,
si hay estrellas, qué hora es,
cosas que sin preguntarlas
á nadie, las puede ver.
En una estacion, al coche
sube muy sério un inglés,
que en una manta que lleva
se envuelve bastante bien,
y saca luego otra manta
y envuelve en ella los piés,
y luego saca una gorra
hecha dé no sé qué piel,
y se la pone, y diciendo
en su lengua no sé qué,
estira los piés y cruza
los brazos con mucho *aquel*,
y empieza á roncar de un modo
que hace mas ruido que el tren
Con esto se desespera
la esposa de don Ginés,
quiere que este le despierte,

y que una leccion le dé,
y al inglés el buen esposo
le dice: «No duerma usted,»
con lo que sigue roncando
con mas fuerza cada vez.
Al término del camino
arriban al fin, despues
de mil sustos y congojas,
don Ginés y su mujer,
ella con mucha jaqueca,
con dolor de muelas él,
ella dada á los demonios
porque perdió un alfiler,
y él dado á todos los diablos
porque le pica y se vé
con las manos ocupadas
y sin poderlas mover.
Un ómnibus los conduce
á lo que se llama *hotel*,
donde pueden por diez duros
habitar, y hasta comer.
A las tres de la mañana
ya está don Ginés en pié,
porque salir muy temprano
le conviene á su mujer....
Comienza la pobrecita
á las cuatro su *toilette*,
y no es mucho si concluye
despues que han dado las seis,

y como dos tortolitos
entrambos salen á ver
la playa y la mar indómita
y la gente que los vé.
Ella cuida de vestirse
con notable sencillez
que contraste con el traje
que ha de ponerse despues;
admiran ambos esposos
de la natura el poder,
las elevadas montañas,
las olas del mar, que ven
estrellarse rebramando
de las montañas al pié,
lo gordas que están las vacas
que al campo van á pacer,
y ella critica el mal gusto
de la esposa de Cortés,
la importancia que se dá
la mujer de Alonso, que
hizo el dinero en el rio
y *guisando de comer*,
el abandono en que tiene
á sus hijas don José,
administrador de rentas,
que las deja ir con Soler,
—nó á las rentas, á las hijas,—
siendo así que Soler es
un solteron que en el mundo

tiene un concepto cruel,
y se vuelven á la fonda,
donde afeitan á Ginés,
mientras para el baño vuelve
á vestirse su mujer,
y dos horas no han pasado
cuando se los vé otra vez
tomar del mar el camino,
para zambullirse en él.
Don Ginés se vá con *ellos*,
y con *ellas* doña Inés,
que así se llama su esposa,
para que lo sepa usted,
y en el seno de los mares
aquel matrimonio fiel
dejar los males procura
que tanto le dan que hacer.
Don Ginés no nada nada,
pero ella nada muy bien,
y se larga mar adentro
con notable intrepidez.
Don Ginés quiere gritar:
—«Que un pez te puede coger,»—
y se le pega la lengua
porque de miedo no vé,
y no quiere mover mas
que las manos y los piés,
y en tanto un pez con calzones,
que no debe ser mal pez,

se dirige á toda vela
camino de su mujer,
que se vuelve hácia la playa
á toda vela tambien.
Salen del mar con los trajes
adheridos á la piel,
ella con tres granos menos,
y él sin cesar de toser,
y se vuelven á la fonda,
quiero decir, al *hotel*,
y doña Inés á vestirse
vuelve por tercera vez;
bajan á almorzar; la mesa
muy concurrida se vé,
y las señoras se miran,
que tienen mucho que ver,
y un jovencito que almuerza
al lado de doña Inés,
le murmura por lo bajo:
—«¡Pero qué linda es usted!»—
en tanto que su marido
conversa con don José
de lo de las islas *Chinches*,
ó *Chinchas*,—lo mismo es.—
Despues de almorzar, por si
alguno los viene á ver,
vuelve á vestirse, y van cuatro,
la mujer de don Ginés;
mientras él, porque ha leido

que un *arreglo* debe haber,
se pone á escribir al gefe
para que tome interés
en que *arreglen* á quien quieran
y no le *arreglen* á él.
No llega visita alguna,
llega la hora de comer,
y doña Inés á vestirse
vuelve, y es la quinta vez.
Bajan á comer; las damas
de nuevo empiezan á hacer
el exámen de vestidos,
y ellos vuelven á hablar del
mundo y de sus monarquías,
y el jóven á doña Inés
le murmura por lo bajo:
—«¡Pero qué guapa es usted!»—
Terminada la comida,
para digerirla bien,
es preciso ir á paseo,
y á vestirse hay que volver.
Este es el supremo instante,
el supremo instante es
de vencer en elegancia,
en riqueza y gusto, y de
obedecer de la moda
con todo rigor la ley....
Despues del paseo, cuando
se han mirado todos bien,

para asistir al concierto
hay que vestirse otra vez....
para no hacer *en el mundo*
un ridículo papel.
En el teatro, en paseo,
en la iglesia, en el café,
en la playa, en todo sitio
en donde la vé y le ven,
aquel mozo, que en la fonda
suele á su lado comer,
persigue tonto y osado
con su amor á doña Inés...
y en cuanto al pobre marido
volver la cabeza vé,
ya está murmurando el pollo:
—«¡Pero qué linda es usted!»—
Pero, oyéndole, una noche
le contesta don Ginés
con cuatro buenas palabras
y con la punta del pié;
el pollo le desafía,
que es muy bravo el pollo aquel,
y le envia los padrinos,
que son del mismo jaez,
que hablan mucho de la honra
de su amigo, y del deber
en que don Ginés se encuentra
de ir á batirse con él,
como si todo marido

estuviese á la merced
de cualquier chisgaravís
que hace el oso á su mujer...
Don Ginés no los despide
cual debiera, á puntapiés,
toma el desafío á broma,
haciéndoles entender
que ellos y su digno amigo
son unos necios los tres...
La noticia de aquel lance
muy pronto llega á correr,
se comenta, se exagera,
y se arma, en fin, un belen,
—como en los baños la gente
tiene tan poco que hacer,—
del que salen malparados
don Ginés y doña Inés.
Y no falta algun amigo
que con intencion cruel
escribe á Madrid la historia,
y para darla interés
inventa, y dice que ha visto
lo que nadie pudo ver,
y es mucho si en un periódico
no vé el público despues
la historia con sus detalles,
adicionada tambien
con curiosos comentarios,
y con señas, por las que

se pueda á los personajes
fácilmente conocer.
Y así, ya están en berlina
don Ginés y doña Inés.
Doña Inés se pone mala
con el sofoco,—que á fé
hay para estallar de rábia
con el trabajo de ser
juguete de cuatro necios
sin temor de Dios ni ley,
de esos que si fueran mudos
fuera para el mundo un bien.—
Don Ginés está que brama
porque siente no poder
seis ó siete pollos crudos
comérselos de una vez...
y de acuerdo con la esposa
decide á Madrid volver,
aunque tiene de licencia
todavía mas de un mes,
paga la cuenta, que es floja,
á la dueña del *hotel*,
sale á comprar otro *mundo*
para que pueda poner
su esposa mil y mil cosas
que se ha comprado.... y al tren,
con el esceso del peso,
del peso de su mujer....
Durante las nueve leguas

primeras, el tren vá bien,
y mi don Ginés se duerme,
y se duerme doña Inés,
pero en el mismo momento
de entrar en la legua diez,
dan un salto en el wagon
doña Inés y don Ginés,
y se rompen los cristales,
y entre humo y polvo se vé
volar un coche en pedazos
y unos señores con él....
Para el tren.... No ha sido nada,
que mas ha podido ser....
Solo han resultado muertos
dos, y mal heridos tres,
los demás todos contusos....
conque.... se ha librado bien.
Hay que esperar un momento
de cinco horitas ó seis
que venga una nueva máquina
que se ha mandado traer....
y es de noche, y hace frio,
y llueve, y truena tambien.
Y todos, menos los muertos,
se quejan.... y ¿qué han de hacer?
Llega la máquina y vuelven,
sin otro lance que aquel,
á Madrid los pasajeros
que se han podido mover,

y doña Inés en diez dias
no puede tenerse en pié,
y en oficio que han traido
para el señor don Ginés,
se le declara cesante
con el consiguiente *haber*,
que es el principio del *debe*,
que es un principio cruel ...
. . . . . .
Y aquí se acaba el romance,
que ustedes lo pasen bien.

X.

Madrid.

I.

POR LA MAÑANA.

Cuando el farolillo apagan
esos monarcas gallegos
ó asturianos, que de noche
de la capital son dueños,
y á los que *serenos* llama
el ilustre Ayuntamiento,
aunque sean mas gallinas
que las de los gallineros,
cuando los hombres viciosos
que cambian el sueño en juego,
y pierden sueño y salud
sobre perder el dinero,

vuelven á casa mohinos,
si es que no vuelven en cueros,
que hay quien al prójimo quita
todo menos el pellejo,—
y á nadie faltan amigos
que le dejen sin él luego,—
cuando abren al fiel cristiano
de Dios augusto los templos,
y sale el sol,—si es que sale
y no se queda durmiendo,
que á veces, porque está acaso
por la noche de bureo,
se parece en el descuido
y la pereza al gobierno,—
salen con sus campanillas
por esas calles corriendo
las burras, que llevan leche
á los vecinos enfermos....
colocan en las esquinas
sus puestos los buñoleros,
y se abren los almacenes
de aguardiente y otros géneros,
porque es el rico aguardiente
lo que se toma primero
en Madrid por las criadas,
que no falta algun sugeto
que se lo pague, si acaso
no las convida el tendero,
por los que barren las calles,

por los valientes serenos,
y por otros individuos
del bello sexo ó del feo,
que con tomar una copa
de aguardiente y un buñuelo,
aliento dan al espíritu
y dulce calor al cuerpo....
No hay criada sin su novio
para que le lleve el cesto,
y de lo que compre y sise
le saque la cuenta luego,
sin perjuicio de tener
otro de otro regimiento
para ir con él á recados,
por los chicos al colegio,
y á comprar durante el dia
sedas, el pan, los fideos....
y otro, paisano ó soldado,
—que probar de todo es bueno,—
que es vecino, y con quien puede
hablar por el patio luego,
y otro, que es cabo segundo
y acaso cabo primero,
que á Chamberí los domingos
la acompaña de paseo,
y otro que de ministrante
se revalida este invierno,
que en Capellanes muy terne
la obliga á mover el cuerpo,

y á café con su tostada,
espléndido por estremo,
la convida en el *bufete*,
para aprovechar el tiempo
en ponderar las angustias
del amor en que está ardiendo....
y acaso tiene por novio
además, con gran misterio,
al señorito de casa,
que está estudiando derecho,
y ha prometido casarse,
—que nada arriesga con eso,—
á despecho de sus tios
y de su hermano y su abuelo....
En la tienda la criada
cuenta con mucho gracejo
las manías de sus amos,
y que tiene mejor genio
el señor que la señora,
que es el diablo en alma y cuerpo,
que por él está en la casa,
aunque el salario no es bueno,
y la señora los sábados
quiere que le friegue el suelo,
y para ver dónde hay polvo
siempre está con el plumero,
y pasando por las sillas
y por las mesas el dedo,—
que no parece señora.

sino mujer de un barbero,—
y si hay apuros en casa,
ó el señor anda muy sério
con la señora, y almuerzan
cada cual en su aposento,
y ella gime y él se irrita,
y se vá solo á paseo,
lo cuenta con comentarios
y desfigura los hechos,
y á los amos en berlina
los pone, sin ser cochero....
De la tienda á la plazuela
váse con el novio luego,
y compra lo que le han dicho,
aunque compra siempre menos,
y el peso completar suele
en la carne, por ejemplo,
con que el carnicero, que es
conocido, por supuesto,
le dé la carne que pide
y *de gratis* algun hueso,
y por dos cuartos le dá
su amigo el escarolero
la escarola que por cuatro
dá á los demás, y el provecho
es para la maritornes,
que si no fuera por eso,
y por lo que *economiza*
para ella el dinero ageno,

con el salario pelado
no echaria jamás pelo.
El idioma castellano
mas claro y menos correcto,
que es al revés del que emplean
los señores académicos,
en las plazuelas se aprende,
que allí todos son maestros,
y allí tiene cada cosa
su nombre gráfico, enérgico,
y despues de cada frase
viene un voto, un juramento,
una blasfemia, una gracia
dicha á veces con salero
por alguna buena moza
de buena lengua y buen cuerpo,
que se la lleva el demonio
cuando empieza el *regateo*,
y cuando vé compradores
que la desprecian el género....
El vendedor de la villa
es un ser uraño y fiero,
que una desvergüenza dice
como quien dice un requiebro,
y si le coge de humor,
que siempre lo tiene bueno,
le tira la *media libra*
al mismísimo lucero
del alba, y así demuestra

que es hombre de pelo en pecho,
y que en todas las cuestiones,
tiene razones de *peso*....
La criadita que tiene
buen palmito y mejor pelo,
todo lo que quiere compra,
aunque no lleve dinero,
porque son los vendedores
con el bello sexo bello
hasta el estremo galantes
y tiernos hasta el estremo,
y solo escucha ternezas
y oye solo chicoleos,
y el carnicero,—un buen mozo
que en cuanto se cierra el puesto,
se pone levita, y sale
hecho todo un caballero,
y parece un director
de Estancadas, por ejemplo,—
su suerte, si ella quisiera,
hace tiempo hubiera hecho,
porque ya le tiene dicho
que por ella está muriendo;
pero ella es mujer honrada,
y casado el carnicero,
y al cabo, ella tiene un cabo,
de no sé qué regimiento,
que le ha dado muchas pruebas
de estimacion y de afecto,

y unas ligas, y un retrato,
una peineta, un espejo,
y además, y esto es lo grande,
palabra de casamiento....
Van á la compra señoras,
de esas que han venido á menos,
y tienen en casa huéspedes,
y van tirando con ellos,
aunque les dan grandes chascos
y desengaños tremendos;
y estas honradas señoras
son blanco de los denuestos
soeces del vendedor,
porque le tocan el género,
y lo prueban, y lo huelen,
y le rebajan el precio,
y no encuentran bueno nada,
y no encuentran nada fresco,
y despues de estar dos horas
viendo, dudando y oliendo,
suelen decir que les echen
dos onzas de esto ó de aquello,
y «pésemelo usted bien,
que usted tiene muy mal peso.»
Van á la compra tambien
los maridos comineros,
mientras quedan las esposas
en la camita durmiendo,
esperando el chocolate,

que lo saben hacer ellos,
y con la cesta debajo
de la capa, vuelven luego,
y enseñan á la mujer
la rica carne sin hueso,
que la escogieron de pierna,
á pesar del carnicero,
que á quien de carnes no entiende
le dá carne de pescuezo,
y encarecen el tocino,
y hacen un discurso ameno
sobre si el fresco es mejor,
ó si es mejor el añejo,
y del fondo de la cesta
sacan con mucho misterio
un hueso de gran tamaño
para echarlo en el puchero,
que al carnicero han podido
sacárselo,—que el gran perro
ni á los parroquianos quiere
darles de balde los huesos;—
y despues que enseñan todo
lo contenido en el cesto,
hacen la distribucion
de la cena y del almuerzo,
y de la comida, y quedan
tranquilos y satisfechos,
y se afeitan, y se visten,
y van, si tienen empleo,

á la oficina, encargando
gran cuidado y gran esmero
respecto de la comida,
y economía y arreglo,
y discrecion en el uso
del carbon, que está subiendo,
del aceite que no baja
por culpa de los gobiernos,
y de otros muchos artículos
que un ojo cuestan lo menos.
Salgamos de la plazuela,
salgamos si es que podemos,
de entre aquella turba multa
de criadas y gallegos,
y ambulantes vendedores,
y alguaciles y pilluelos,
y señoras de trapillo,
y maragatos y perros....
y si no nos resbalamos,
ni en la inmundicia caemos,
ni nos manchan la levita,
ni nos quitan el dinero,
demos á los cielos gracias,
demos gracias á los cielos....
Dependientes de la villa
que las calles van barriendo,
levantan mas polvareda
que cualquier pronunciamiento;
cien ómnibus van á escape

á los caminos de hierro,
los aires atropellando,
polvo las piedras haciendo,
llevando sacos de noche
y de dia, por supuesto,
y cofres y sombrereras,
y mundos y viajeros;
con engrudo en las esquinas
ponen carteles tremendos
de los Campos, de los Circos,
de Teatros, si es invierno,
de enfermedades secretas,
de Sociedades de crédito,
de periódicos, que sale
cada lunes uno nuevo,
de bandos de policía,
es decir, de buen gobierno,
de inauditas ocasiones
de comprar barato y bueno,
de mentiras como puños,
de gangas de todo género....
para que pueda el curioso
entretener luego el tiempo....
A las diez, el empleado
que tiene poquito sueldo,
vá lleno de patriotismo
y de amor al ministerio,
á ganar la escasa paga
con que se premian sus méritos,

pidiendo á Dios poderoso
que no haya crísis ni arreglos,
ni tenga el señor ministro
pariente, amigo, ni deudo,
en tan triste situacion
que necesiten empleo....
Encuéntrase en el camino
un brillante regimiento,
que vá de guardia á Palacio
con el consiguiente estrépito
de tambores y cornetas,
rodeado de chicuelos
y de zánganos y vagos,
que van mirando muy sérios
al cabo de gastadores,
y al que toca los chinescos,
y apenas pasa la tropa,
sueltan la manga de riego
los mangueros de la villa
y le ponen como nuevo,
y las modistas que pasan,
llevando lios tremendos,
en las barbas se le rien,
con muchísimo salero,
y veinte coches de plaza
y un carro, de muebles lleno,
y otro carro de cerveza,
y otro que vá por un muerto,
y un coche con una boda,

y la berlina de un médico,
y una bomba que al escape
viene de apagar un fuego,
y un cochecito de mimbres
que tiene forma de cesto,
tirado por un caballo
que solo tiene pescuezo,
guiado por una dama,
á quien guia un caballero,
amenazan aplastarle,
y me le cogen en medio,
y entre la vida y la muerte
le tienen por un momento....
Vé, pasado este peligro,
dos hombres que están riñendo,
corre la gente, y él corre
á ver en qué para aquello;
pero se acaba la riña,
se deshace el corro luego,
y el pañuelo y unos cuartos
echa el buen hombre de menos.
Sigue andando, y otro corro
encuentra, y en medio un perro
envenenado, que exhala
alaridos lastimeros,
y mas allá en otro corro
toca la guitarra un ciego,
y canta unas coplas verdes
para que se instruya el pueblo;

y por una callejuela
sale un muchacho corriendo,
que en una tienda ha cogido,
para ver si es bueno, un queso,
y detrás del chico viene
gritando furioso el dueño,
y coge al chico un soldado,
y dos guardias le atan luego,
y le llevan á la cárcel
con gran acompañamiento;
y con este, y otros varios
y divertidos sucesos,
que al transeunte en la córte
sirven de entretenimiento,
vá el empleado celoso
mas tarde á ocupar su puesto,
consolado con que algunos,
de los que tienen gran sueldo,
y que á sus subordinados
den constantemente ejemplo,
ó van mas tarde, ó no van
sino cuando están muy buenos,
y no necesitan baños,
ni saben qué hacer del tiempo.
A las doce, por las calles
salen de prisa y corriendo
los agentes de negocios,
de los negocios agenos,
los ministros que al escape

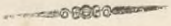
van á celebrar consejo,
á ver á quién convendrá
quitar ó dar un empleo,
los míseros pretendientes
que van siempre tras aquellos
y en todas partes les caen
como llovidos del cielo,
ó por el mismo demonio
enviados del infierno,
los que á citar van á juicio
á quien les debe dinero,
los que reparten novelas
que hacen erizar los pelos,
los que van á la parroquia
á mandar tocar á fuego,
los apreciables maridos
que lo son hace ya tiempo,
los que van á ver si hay algo,
á ver si hay algo de nuevo,
á ver si está, como suele,
en crísis el ministerio,
á ver quién entra, quién sale,
á ver si al cabo hay jaleo,
á saber quién se ha casado,
á averiguar quién se ha muerto,
á ver si por su ventura
ven de paso algun siniestro,
un atropello, una muerte
repentina, un hundimiento,

una riña entre dos hembras
que se azotan, por supuesto,
el suicidio de un vecino
que se estrella como un huevo,
la persecucion, y estragos,
y muerte airada de un perro,
á ver si saben detalles
de un escándalo doméstico
entre un marqués muy tronado
y una marquesa de trueno,
á saber quién ha perdido
en la Bolsa los dineros,
y quién hereda un millon
que le ha dejado su abuelo,
y si es verdad que un magnate
ha dicho á su esposa: «¡Vuelvo!»
y á los tribunales ella
le vá á llevar del pescuezo....
á ver si se vé una causa,
á ver qué tal es el reo,
á ver si es tan elegante
cual los papeles dijeron,
y tan hermoso y simpático,
y tan fino y tan soberbio....
y á ver, en fin, lo que ocurre,
más si es malo que si es bueno,
para ser luego en llevar
las noticias los primeros....
Van despacio por las calles

los que van á dar dinero,
los que citados á juicio
van buscando algun pretesto,
los buenos mozos que quieren
lucir la ropa y el cuerpo,
y se miran la pechera,
y se miran el chaleco,
y el pantalon y el levita,
y en una tienda de espejos,
se examinan la corbata
y se componen el cuello,
y en cuanto ven una arruga
se van á casa corriendo,
y si ven polvo en las botas
lo limpian con el pañuelo,
que huele á jazmin y á nardo....
y llevan la raya en medio
de la cabeza, y se ponen
con mucho mimo el sombrero
para que de ningun modo
se les descomponga el pelo....
las damas que van á tiendas
á ver lo que vino nuevo,
que suele ser lo que vino
siendo Regente Espartero,
y á pedir muestras de todos
los géneros estranjeros,
las que van á hacer visitas,
que es como á perder el tiempo,

los que van pensando acaso
cómo podrán comer luego,
los que van detrás de alguna
que al través de espeso velo,
deja ver un par de soles
que son un par de ojos negros,
los que van pensando cómo
se harán con un aderezo
que hay en casa de Pizzala,
sin tener que dar dinero,
y sin que de ello se enteren
los transeuntes ni el dueño....
y mucho menos los guardias,
que todo quieren saberlo....
los que salen á la calle
sin necesidad ni objeto,
los que tienen los piés malos,
y el ojo llevan en ellos,
los que van codo con codo
camino del Saladero,
y las señoras en cinta
por temor de dar un vuelco....
Y hace calor, si es verano,
y hace frio, si es invierno,
y tocan los organillos,
y juran los carreteros....
y en tanto, como un filósofo,
por las calles me paseo,
viendo movimiento tanto,

viendo tanto movimiento,
pensando que el siglo próximo
no hemos de poder movernos.
Y aquí se acaba, señores,
este romance de ciego.



XI.

Madrid.

II.

POR LA TARDE.

Allá por las Platerías,
desde las dos á las tres,
estremado movimiento
de escribanos suele haber,
y á las puertas de la Audiencia
gran concurrencia se vé
de personas, que citadas
son á presencia del juez
porque deben al casero,
porque deben el comer,
porque deben el vestido
y el modo de andar tambien,

porque han pedido dinero
á un usurero soez,
que antes de dárselo quiere
asegurárselo bien,
y legalizar la usura,
robo, que él llama interés,
y que el gobierno consiente,
porque dice:—«Y á mí, ¿qué?....»
Allí están los hombres buenos,
—¡solo allí se pueden ver!—
cuya mision en los juicios
es decir á todo «Amen....»
Juicios de conciliacion
se llaman estos, y á fé,
que en ellos se ven escenas
buenas para un entremes....
Un esposo muy cargado....
de razon, á su mujer
la cita, porque la esposa,
con la que no vive él,
no le quiere dar la capa,
que se la empeñó hace un mes,
y en el mismo acto del juicio
el pobre esposo la vé
en hombros del hombre bueno,
que está presente, y que es
el hombre bueno que lleva
la buena de su mujer.
El hombre bueno protesta

de su notoria honradez,
y hace la historia de vicios
del pobre marido aquel,
llora la esposa inocente,
y recuerda aquella vez
en que la pegó el esposo
una paliza cruel,
y «mire usía, le dice
»al recto severo juez,
»los cardenales que tengo
»salva la parte,»—y al ver
el juez que quiere enseñarle
un sacro colegio que
no entra en sus atribuciones
visitar, le dice:—«Usted,
dentro de tercero dia
entregará bien á bien,
la capa á su esposo,»—y salen
con esto de allí los tres,
y el hombre bueno al marido
le dice con mucho aquel:
—«Dentro de tercero dia
le daré á usté un puntapié;»
y la esposa añade al punto:
—Dime, gran indino, ¿quién
pagó la capa?... La tonta,
la tonta de tu mujer,
que *pa* que fueras decente
á la Vicaría.. . ¡pues!

fué y se rascó pelo arriba,
y te la dió.... ¡Mire usté!...
y me cita por la capa....
que la destrozó en un mes....
y que el señor ha tenido,
pa podérsela poner,
que llevarla á que en el tinte
se la vuelvan del revés....
Vaya usted mucho con Dios,
y no me vuelva usté á ver....
que no estoy *pa* perder tiempo
en venir á ver á usted,
que el tiempo lo necesito
pa buscarme que comer....
¡Vámonos, chico,»—y se afufa
con el hombre bueno, el que
se emboza en la capa, y dice:
«Que no *haiga* ningun aquel;»
y el marido paga el pato,
paga la cita tambien,
y se vuelve sin la capa
en un invierno cruel....
El editor responsable
de un periódico que ayer
dijo que era «un animal
muy grande un tal don Ginés,
á quien han dado un empleo
sin enseñarle á leer;»
allí está con su hombre bueno,

y allí don Ginés tambien
con su hombre bueno aparece,
á pedir con altivez
satisfaccion de la injuria
que le infiere aquel papel....
El *animal* y el *periódico*
llegan delante del juez,
aquel con voz conmovida
el suelto injurioso lee,
los servicios enumera
que hizo á la pátria y al rey,
encarece la justicia
con que empleado se vé,
y habla por fin de sus niños,
que tiene ya el pobre seis,
y de su fama, y su gloria,
y acaba pidiendo que,
ó se retracte el periódico
ó se le aplique la ley.
El editor responsable
dice:—«Señor don Ginés,
no pensamos que una broma
le pudiera así ofender....
la frase á que usted alude,
con la que se alude á usted,
es solamente una hipérbole,
porque bien claro se vé
que no es usté un animal....
ni mucho menos.»—«Muy bien,

dice don Ginés,—pues eso
lo tiene usted que poner
en el periódico.»—«Bueno:
sí, señor, que lo pondré.»
Y con esto acaba el juicio,
pero el insulto soez
por mas que se *rectifique*
queda siempre en el papel.
Entran luego en el juzgado
un hombre y una mujer,
él muy flaco, y ella gorda,
ella alegre, y triste él....
él de la mujer reclama,
apoyándose en la ley
de inquilinatos, y como
administrador que es
de una casa situada
en la calle de la Fé,
cuatro meses que le debe
la señora, de alquiler....
Ella, despues de esplicarle
á Su Señoría que
por no encontrar hombre bueno
no lo ha podido traer,
porque el suyo, su marido,
está muy malo hace un mes,
pasa á decir, que es muy cierto
que le debe á don José
seis duros de cuatro meses....

que no los tiene, y *amen*....
—Pues múdese usted, repone
con gesto feroz aquel....
—Eso sí, que soy muy limpia....
me mudo y me mudaré
de camisa, como pueda,
mas doce veces que diez.
—De cuarto es de lo que quiero
que al punto se mude usted.
—No tengo cuarto ni un cuarto....
Conque eso no puede ser....
—Pues yo no puedo tenerla
á usted en mi casa....
—¡Pues!...
ya quisiera usté en su casa
tenerme.... Sí, señor juez....
el señor es el casero,
y le debo.... eso está bien....
y en saliendo mi pariente
del hospital, verá usted....
cómo le paga y le ajusta
las cuentas á don José....
porque este señor me cita,
señor, si vamos á ver,
porque como no le pago....
y como sola me vé....
y vamos.... que por seis duros....
puede usía conocer
que me cita porque.... vamos....

me tiene rábia.... porque....
como yo tengo vergüenza....
y soy mujer muy de bien,
y tengo ley á mi esposo....
y soy capaz de volver
á un hombre mico.... y le arrimo
al mismo sol un revés....
por eso solo me cita....
por eso ... *¡veleai usté!...*—
El juez al órden la llama
una y otra y otra vez,
y se pone colorado
el bueno de don José,
y recta y pronta justicia
reclama, en nombre del rey.
—Que se la despoje, dice,
¡eso pido, señor juez!...
—¿Que me despojen?... ¡Señor!...
¡Que me despojen!... ¿de qué?...
—Que se le embarguen los trastos.
—El trasto lo será usted.
En casa tengo una mesa
que cojea de dos piés....
cargue usted con ella.... ¡y pata!...
eso es lo que puedo hacer....—
El juicio no acabaria
ni en un dia ni en un mes,
si el juez no pusiera fin
á la querella con el

consejo al feroz casero
de ser humano y tener
paciencia, y con el aviso
á la inquilina de que
antes del octavo dia
pague ó se mude.—«¡Muy bien!
dice; usía me lo manda
y yo debo obedecer....
Conque dentro de ocho dias,
ya sabe usted, don José,
vaya usted por el dinero....
¿Lo querrá usted en papel?...
porque si lo quiere en plata,
me tendré que ir á poner
allí.... en la *cola* del Banco,
en medio de aquel burdel,
y espuesta á que algun *cevil*
me sacuda algun revés....
Conque si no estoy en casa
cuando á cobrar vaya usted,
arrímese usté á la *cola*,
porque en la *cola* estaré....
¡Usía y la compañía,
que ustedes lo pasen bien!»—
Se acaba el juicio y empieza
luego otro, y otro despues,
y en todos hay algo cómico,
y algo trágico tambien,
y allí el hombre pobre honrado

como el tramposo se vé,
y aquel se avergüenza y tiembla,
y este con desfachatez
desafía al demandante,
si es que no se burla de él....
Allí vá la madre mísera
que no tiene que comer,
y á quien el pan que la dió
pide de un modo soez
algun usurero indigno,
al amparo de la ley....
Allí, en aquellas cuestiones
que le presentan al juez,
hay muy curiosas historias,
grandes cosas que aprender,
mucho que reir, y acaso
mucho que llorar tambien.

. . . . . .

Hay gran concurso en la Bolsa
de caballeros del *Tres*,
que allí van á hacer fortuna,
corredores sin correr,
agentes que en un momento
y perfectamente bien,
hacen mas operaciones
que puede un médico hacer,
noticieros embusteros,
llenos siempre de *papel*,
que saben, segun se esplican,

todo lo que pasa, y ven
la marcha de los gobiernos,
y lo que vá á suceder,
y echan mentiras tan grandes
como el arca de Noé,
y dicen con gran misterio:
—«Hoy hay en París belen....
¡Se ha descubierto un complót
para matar á *Lambert!*...
—Ayer se rascó la oreja
comiendo, Víctor Manuel.
Al Czar, pescando una trucha,
se le fué el lunes un pié.»—
Noticias del interior
se oyen allí cien y cien,
estupendas, formidables,
y todo es hablar, y oler,
y enderezar las orejas,
y ver quién engaña á quién,
salir, entrar, dar, tomar,
cambiar, comprar y vender....
y hablar mucho de las *sisas*,
y de *Títulos del tres*,
que son títulos ó rótulos
que nunca pude leer,
y del *Canal de Castilla*,
—algunos paran en él,—
y de los *consolidados*,
—¿quién lo está en este belen?—

y de *Deuda diferida*,
—¡la deuda siempre lo es!—
de *acciones*,—¡buenas acciones
en el mundo suele haber!—
de *descuentos* de las cuentas,
—ó de pecados tal vez,—
de *obligaciones*,—¡qué pocos
son los que las cumplen bien!—
de *acciones* de carreteras,
—¡con las que se quiere hacer
carretelas!—y de *empréstitos*,
—¡en estos cae cada pez!....—
y de otras mil cosas buenas
que celebro no entender,
aunque si las entendiera
como algunos que me sé,
¿para qué queria yo,
lectores, mas CASCABEL?...
Entre las cuatro y las cinco,
llenas las calles se ven
de celosos funcionarios
que van... á casa, á comer,
dando mil gracias á Dios
por no haber quedado á pié,
que es como suele quedarse
el que no monta muy bien....
Las señoras que visitas
fueron, amables, á hacer,
muy puestas de tiros largos,

—como los coches del rey,—
vuelven á casa *molidas*,
y sin poderse mover,
—y han movido, por supuesto,
mas la lengua que los piés,—
y de Madrid renegando,
y del regar y el barrer,
y de tantos atrevidos
que sin respeto ni ley
de Dios, están por las calles
sin mas fin ni mas quehacer
que á las señoras que pasan,
decir alguna sandez....
y las que fueron á tiendas
vuelven á casa tambien,
con el amor de un vestido
que han quedado en recoger,
ó encantadas de un pañuelo,
ó prendadas de un *moaré*,
que está toda la grandeza
haciéndose abrigos de él,
y queda una pieza sola,
que se la disputan diez,
y con esto no hay marido
amable, galante y fiel,
en quien no se aumente el *Debe*,
sin que se aumente el *Haber*....
Los mangueros de la villa
riegan la calle otra vez,

ábrense de par en par
las puertas de los cafés,
van por las calles los vivos
en pos de un vivo de ayer,
á quien le dicen hipócritas:
«*Requiescat in pace, amen;*»
y mientras vivió en el mundo,
fueron todos contra él....
cantan en medio de un corro
de gente baja y soez
coplas obscenas los ciegos,
—son ciegos y no las ven.—
van á paseo las gentes,
que tienen poco que hacer,
con los niños las niñeras
y con los novios tambien,
los maridos con amigos,
—¿quién vá ya con su mujer?—
las esposas con amigas
y con amigos tal vez,
cruzan á cientos los coches,
con riesgo de los de á pié,
y á la calle todo el mundo
se larga al anochecer.

. . . . . .

Y aquí se acaba el romance,
que ustedes lo pasen bien.

XII.

Madrid.

III.

POR LA NOCHE.

Cuando ya el sol se ha lucido
y no quiere lucir mas,
se pone muy sério el gorro
y por el foro se vá,
con direccion á su casa,
á desnudarsé, á cenar
para acostarse temprano,
porque luego el Alba irá,
interrumpiendo su sueño,
á obligarle á madrugar.
Al paso que se retira,
y por lo cerca que está,

por la casa de la Luna
el Sol se suele pasar,
y le dice:—«Vamos, chica,
ya es hora; si quieres, sal,
y si no quieres, no salgas,
que á mí lo mismo me dá.
Avisa, si quieres algo....
Adios, chica, y descansar....»
Oye la Luna el aviso,
luego se asoma al portal
para ver si el tiempo es bueno
y á Marte, que alerta está
de centinela en la esquina,
pregunta qué es lo que hay....
si ha cambiado el ministerio,
si habrá jarana ó no habrá,
y si Marte dice:—«El órden
no se llegará á turbar,»
entra en casa por los cuernos,
se pinta un poco la faz,
y muy oronda y ufana
se sale á coquetear....
A su casa muchas noches
á hacerle la córte van
los planetas, y la Luna
no los quiere desairar,
y de su casa no sale,
aunque le diga el Sol:—«¡Sal!»
y entonces, parte del mundo

que la espera con afan,
á oscuras queda, y en donde
es mayor la oscuridad,
es en esta Córte y villa
de la España capital,
gracias al Ayuntamiento
y á la empresa que dá el gas,
que á la Luna, por ser dama,
no la quieren humillar....
En las calles hay faroles,
poquitos, pero los hay;
lo que no ha sido posible
todavía adivinar,
es con qué sustancia estraña
se hace la luz que.... no dan,
si con fósforos de Hernani,
ó con cera vegetal,
con aceite ó con pajuela,
con sebo ó con aguarrás....
La luz que hay en ciertas calles
nunca es luz municipal,
sino luz que los vecinos
se quieren administrar,
luz de cafés y de tiendas,
que con mayor claridad,
hace ver á este gran pueblo
que aquí no se vé luz ya.
Cuantos sapos y culebras
viviendo en la Córte están,

salen de noche á la calle
con audacia sin igual.
Tramposos y petardistas,
mujeres de poco mas,
es decir, de mucho menos
por su destino fatal,
maridos que sin vergüenza
á picos pardos se van,
aprendices y maestros
en el arte de robar,
madres con hijos de trapo,
que siempre en el hospital
tienen hace tres semanas
y sin poderlo ganar,
á sus maridos, y piden
con mucha necesidad,
y mil pobres vergonzantes,
de sombrero y de gaban,
que tienen hijos de veras
y pan no les pueden dar,
y damas que se recatan
é imploran la caridad
con lágrimas en los ojos,
con acento sepulcral,
y negras memorias tienen
de su juventud quizás,
ó un hijo acaso que espera
el pan que pidiendo van,
ó un mal marido y mal padre

que con sus vicios se vá,
huyendo de su conciencia
y abandonando su hogar....
caballeros que no tienen
mas compañero que un frac,
y en él la mancha alta y baja
estereotipada está,
pobres señoritas pobres,
que condenadas están
á tener solo un vestido,
un vestido nada mas,
que ya por todas las modas
ha tenido que pasar,
y han dado en él mas puntadas
que en mil vestidos se dan....
Toda esta gente y mas gente
que oculta de dia está,
sale en llegando la noche
á la calle á respirar.
Con lo que los madrileños
en café suelen gastar,
¡qué cuidados estarian
los pobres del hospital!...
¡cuántos dotes para huérfanas
pudiéranse al año dar!...
¡qué cárcel pudiera hacerse!
¡qué teatro nacional!
Al café los madrileños
tal aficion tienen ya,

que aunque sean mas nerviosos
que la misma Jorge Sand,
y el café les quite el sueño
y les obligue á bailar,
van al café por la noche
con toda puntualidad,
y lo toman por costumbre,
mas que por gusto quizá.
En los cafés se habla mucho ...
y se miente mucho mas....
y es siempre la cosa pública
el asunto principal.
En el Suizo y la Iberia
tantos políticos hay,
que si todos á ministros
á la postre han de llegar,
gran porvenir á la pátria
preparándosele está....
Las cosas que allí se dicen
¿quién las pudiera contar?...
Allí se gobierna el mundo
con suma facilidad,
cada cual habla á su antojo
alto ó bajo, bien ó mal,
uno dice una agudeza,
otro una barbaridad,
otro cada dos segundos
un terno suele soltar,
que con este vicio feo

mucha gente ilustre hay,
y muchos que tienen fama
de ciencia y moralidad,
como hablan los carreteros
tienen por costumbre hablar....
Señoras aficionadas
al café, muchas hay ya....
y le tienen las jamonas
predileccion especial....
Algunas, las horas muertas
se suelen allí pasar,
viendo quién entra, quién sale,
con quién don Fulano vá,
saludando á un caballero
que es muy fino y muy galan,
y que en viéndolas se pone
en la mesa de detrás,
á otro que se pone enfrente,
y á otro que está mas allá,
y moviendo el abanico
con donaire singular,
y pasando, en fin, la noche
gastando la luz del gas,
y no gastando en su casa
un cuarto en luz ni en cenar.
Algunas tienen marido,
otras no le tienen ya,
otras quisieran tenerlo
solo por asegurar

para la triste viudez
una triste viudedad.
A las ocho á los teatros
la gente ilustrada vá,
y van los alabarderos
á hablar de las obras mal,
á criticar á la empresa,
á darse tono, á estorbar....
mas de esto en otro romance
mencion especial se hará....
Los novios de las modistas
en las esquinas están,
esperándolas amantes
para llevarlas á dar
una vuelta, y convidarlas
en los cafés, donde dan
por veinte cuartos café,
una tostada además,
el *sitio de Zaragoza*,
los walses de Leotard,
y el *miserere* cantado
por una moza juncal
que fué dos años corista
del teatro de Alcalá,
y un tenor que por intrigas
no le ajustan en el Real,
que fué flauta y no la toca
porque no quiere enfermar.
La noche avanza... y la gente

á casa volviendo vá,
guiada por el instinto
mas que por la luz del gas,
y el que no encuentra un ratero
que el reló le hace soltar,
encuentra dos que le dejan
con el vestido de Adan,
ó algun amante celoso
que esperando á su rival,
por rival toma á cualquiera
y un par de palos le dá,
ó un borracho que al sereno
le llama «mi general,»
ó una pareja amorosa
que recatándose vá
y que por su noble porte
dá mucho que sospechar...
y que al verla el transeunte
dice siempre: «¿Quién será?...»
A las dos velan los menos
y están roncando los mas,
los pobres enfermos velan,
los tristes en vela están,
los políticos se ocupan
en nuestra felicidad,
los viciosos en sus vicios
la vida gastando van,
los serenos que no duermen
se entretienen en cantar,

los que escriben para el público
trabajan con noble afan...
y se matan lentamente,
pero con seguridad.

. . . . . .

Y aquí se acaba el romance...
queden ustedes en paz.

XIII.

¡Guirigay!

Este mundo es un fandango,
y un tonto el que no lo baila,
y un infeliz quien no toma
su papelito en la farsa,
y un pobrete quien se duele
de ciertas cosas que pasan,
y un simple quien no aprovecha
el tiempo y las circunstancias,
y un inocente el que teme
andar á salto de mata,
y cuando los demás suben
del triste suelo no pasa.
El ¿qué dirán? ya no existe,
porque nadie dice nada,
y es el ¿qué se me dá á mí?

el que nos dirige y manda.
El que para nada sirve,
—esta sí que es cosa rara,—
es quien sirve para todo
y el que consigue mas gangas.
Quien tiene menos alcances,
ese es el que mas alcanza,
y el que no trabaja vive,
y se muere el que trabaja.
Del templo de la fortuna
está tan baja la entrada,
que por ella solamente
quien sabe doblarse pasa.
En la escuela del gran mundo
dos libros de texto se hallan,
uno es la baraja, y otro
es la gramática parda....
y en este mundo que pinto
cada prójimo es un *nauta*,
que navega á ver si encuentra
el gran imperio de *Jauja*.
¡El amor!... ¡sublime cosa
que no sirve para nada!...
los dineros son amores,
hoy lo mismo que mañana.
¡La amistad!... ¡es buena mina,
y es necesario esplotarla!...
¡El saber!... ¡ten desvergüenza,
que el saber poco te basta!...

Al vicioso pervertido
calavera se le llama,
y el mas perdido se encuentra
donde menos se pensaba;
el que pasa por mas sábio
de adulaciones se paga,
y el grande se empequeñece
y el pequeño se levanta;
aquel que en la vida pública
parece santo sin mancha,
el mismísimo demonio
es en la vida privada,
y quien las faltas agenas
mas encarece y proclama,
tiene mas que una peleta
y suele ser un canalla;
en no pocos matrimonios
mete el demonio la pata,
y en metiéndola una vez
difícilmente la saca;
y así se vé á los maridos,
y así se vé á las casadas
volando por esos mundos,
que el mundo les dá las alas....
Hay en este mundo pícaro
mil ínsulas Baratarias,
pero no hay gobernadores
del valor de Sancho Panza.
Quien se contenta con poco

suele quedarse sin nada,
y el que no busca no encuentra,
y el que no llora no mama.
Por obtener un empleo
arman los hombres batalla,
lo mismo que hambrientos buitres
que al olor de un muerto bajan.
El que cae entre silbidos
poco menos que á patadas,
nadie se asombra si ufano
á alzarse vuelve mañana,
y los mismos que querian
acaso romperle el alma,
le festejan y le adulan
y en su honor baten las palmas....
En este juego social
están las cartas marcadas,
y pierde mas quien mas pone,
quien menos pone mas gana,
y los puntos siempre pierden,
y siempre gana el que talla.
Hay bulas para difuntos,
y para vivos no faltan,
y hábitos de todas clases
y de las formas mas varias,
y caretas muy bonitas,
que hacen muy bonitas caras....
Se arregla todo en el mundo,
pero no hay cosa arreglada;

cada ministerio nuevo
hace un arreglo, se larga,
y el ministerio siguiente,
antes de emprender la marcha
con la nave del Estado,
hace otro arreglito, y pata;
y así arreglado el país
y las cosas arregladas,
nunca acaban los arreglos
y nunca hay arreglo en nada.
El que traduce comedias
en mal verso ó prosa mala,
no dice que las traduce,
y que las copia y las plagia,
que dice que las arregla,
y sale si al autor llaman,
y luego dice: ¡«Mis obras!»
(y no hizo mas que comprarlas).
Todos lloran, todos piden,
todos se dan importancia,
el que ayer era escribiente
hoy dicta, dispone y manda,
el que andaba sin zapatos
tiene usía y coche gasta,
el que en las casas de juego
adquirió perversas mañas,
hoy es un hombre importante
y lo será mas mañana,
quien nunca escribió una letra

por un gran ingenio pasa,
todos bullen, todos chillan,
todos suben, todos hablan,
quien viene detrás arrea,
y quien mas puede mas salta,
y unos por encima de otros
sin mirar abajo pasan,
y se atropellan, se empujan,
se disputan y se agarran,
y se apiñan y se muerden,
se dan coces y puñadas....
y cada vez es mas grande
el *guirigay* que se arma.

. . . . . .

Y aquí el romance concluye,
perdonad sus muchas faltas.

XIV:

Caridad.

Ya el invierno se avecina,
ya están desiertos los campos,
ya no halla en ellos el pobre
alegría ni trabajo....
los murmuradores huéspedes
de los árboles lozanos,
viendo las hojas caer
sus nidos dejan, llorando,
y en el hielo del arroyo
el sol se refleja pálido,
y ya las aguas del rio
no las dora con sus rayos....
ya del mar las olas bravas
se revuelven rebramando,
y ya el marino valiente

siente el ánimo turbado
cuando de la playa amiga
se aleja, en ella dejando
la esposa y los tiernos hijos
de su corazon pedazos....
y ya en la casa del pobre
todo es temor, pena y llanto,
que de todo al infelice
priva el invierno inhumano.
Quiere trabajar y el frio
hiela, entumece sus manos.....
pide trabajo, y le dicen
que no es tiempo de trabajo;
nácele un hijo y no tiene
con que poder abrigarlo....
parece que cielo y tierra
se conjuran en su daño,
y le condenan crueles
á morir desesperado....
pero nó, que Dios supremo,
misericordioso y sábio,
oyendo sus oraciones,
viendo su horrible quebranto,
dulce consuelo le envia
que aliente su fé y su ánimo,
y de sus hijos conserve
la vida que él ama tanto....
Caridad tiene por nombre
ese consuelo, ese lazo

que á los hombres une y hace
ser buenos y ser hermanos....
Caridad, virtud sublime
que á quien sus deberes gratos
cumple, preserva amorosa
de pensamientos livianos....
Ni la envidia abrasadora,
ni el egoismo insensato,
ni la insaciable codicia,
ni el pobre orgullo mundano,
ni el odio devorador
turbarán el sueño plácido
de quien de virtud tan santa
está siempre acompañado.
Quien no tiene caridad
egoista vil y avaro,
no prueba el placer inmenso
de ese sentimiento grato,
é inútil para el bien vive
temiendo y desconfiando. ..
que quien el bien no practica
ni ayuda presta á su hermano,
y se encierra en su egoismo
con sus pensamientos malos,
quizá niega la existencia
de ese afecto dulce y santo
que alienta la Caridad
en todo pecho cristiano....
y en los hombres no vé nunca

ni compañeros ni hermanos,
sino enemigos, ó amigos
fingidos é interesados....
Mezquinas almas son estas,
corazones son ingratos,
mas pobres y miserables
que el pobre mas desdichado....
. . . . . .
No espereis que venga el pobre
á demandar vuestro amparo,
buscadle vosotros mismos
como Dios nos ha enseñado....
No seais indiferentes
á quien os tiende la mano,
y no preguntéis su nombre,
ni la causa de su estado,
bendecidle agradeciéndole
que os haga favor con daros
ocasion de hacer por él
lo que Dios estima tanto....
No hagais el bien en el mundo
por alcanzar el aplauso
del mundo.... La Caridad
tiene galardon mas alto....
Y no humilleis nunca al pobre,
que al mas indigno y menguado
ama Dios como á vosotros
y lo llama vuestro hermano.
. . . . . .

Ya el invierno se avecina,
ya están los pobres temblando,
porque de todo á los pobres
priva el invierno inhumano...
De la Caridad bendita
consuelo están esperando....
Dadles vosotros consuelo
y vivireis consolados.

XV.

La procesion de las ánimas.

Lectora, vente conmigo,
vente conmigo, lector,
vamos á ver de las ánimas
la famosa procesion.
No son las de los difuntos
que, desagraviando á Dios,
están en el purgatorio
mereciendo su perdon;
son ánimas de este mundo
que andan y toman.... el sol,
y con las manos el cielo
donde no llega su voz....
Por allí vienen.... Delante,
á guisa de batidor,
viene un ministro, seguido

de empleados en monton,
que le cantan una salve
en verso de arte mayor,
y le dan golpes de bombo
y le dan mucho jabon....
Animas del presupuesto
son estas que con ardor
demandan que no haya crísis,
que no haya arreglos por Dios,
y que se corra la escala
y no se acabe el turron....
Viene detrás turba multa,
—con un estrépito atroz,—
de hombres flacos y huesudos,
precedidos de un pendon
que dice:—«*¡La cesantía!*
¡No hay mus! ¡Hasta aquí llegó!»
cada cual acompañado
de una mujer, ó de dos,
—una esposa y una suegra,—
y para mayor dolor,
de tres ó cuatro chiquillos
que con notable aficion
se van comiendo los codos,
llorando á mas y mejor....
Vienen detrás otras ánimas,
gritando sin compasion
disfrazadas de hombres públicos,
cada cual de su color,

cada cual con su bandera,
y en ella pintado un «¡Yo!»
Estas ánimas feroces
arman algazara atroz,
y se pisan, y se pegan,
si pueden, un coscorron,
se miran con malos ojos,
se sueltan alguna coz,
y unas de otras los trapitos
sacan á lucir al sol....
Otras ánimas que vienen
de estas ánimas en pos,
vienen humildes pidiendo
—con cara de contricion,—
los sufragios y los votos
como singular favor....
Deben ser muy pecadoras
cuando así piden por Dios
esos sufragios en vida
con tan poquita aprension.
Con mucha broma y chacota
y silbando con furor,
viene el ilustrado público
de estas ánimas en pos....
Detrás viene la segunda
tanda de la procesion....
Solteronas de ojos tiernos
que están rebosando amor,
con la sonrisa en los lábios

pintada con perfeccion,
y en la mano el abanico
y diciendo:—«¡qué calor!»
á la sombra y en Noviembre,
como en Agosto y al sol,
con un pico que no es el
de Tenerife mayor,
vienen haciendo la rueda
con mucho mimo á un monton
de solterones feroces,
de esos que confunda Dios,
que se casan si hay dinero,
y si no hay dinero, nó.
Mirando á los solterones
con envidia y con dolor
viene un grupo de casados
que verlos dá compasion.
Dánse golpes en el pecho,
y dicen:—«¡Pequé, Señor!»
«¡Me está muy bien empleado!»
«¡Tóma! ¡por bobalicon!...»
y sus amables esposas
los siguen, cual manda Dios,
enseñándoles vestidos
de terciopelo y de gró,
y abrigos de mucho gusto
para elegir uno ó dos,
y capotas, y rotondas,
berlinas y.... ¿qué sé yo?

Chupando á todas las ánimas
la sangre, se arrastra en pos
una turba de usureros
de rostro adusto y feroz,
y detrás las Sociedades
de crédito van al son
de un bombo y unos chinescos,
cada una con su farol,
y sus miles de millones
pintados en un pendon....
Cierran la marcha los muchos
inocentones que hay hoy,
y aquí se acaba el romance....
y siga la procesion.

XVI.

La Moda.

Hoy que todos progresamos
y corremos no sé á dónde,
y tenemos en la boca
la libertad y otras voces,
y queremos en un dia,
—tal es el viento que corre,—
enmendar lo que se hizo
por muchas generaciones,
y nos damos de cachetes,
y subvertimos el órden,
y nos metemos en todo,
aunque nada nos importe,
y el mas bajo y el mas alto,
y el mas listo y el mas zote
quiere, pese á quien le pese,
hacer lo que se le antoje,
no sé cómo consentimos

que nos sujete esa.... Heredes
hembra, que *Moda* se llama,
Moda por apodo ó nombre.
Neron, Atila, Tiberio,
los reyes y emperadores,
privados y mandarines,
que nacieron con mas dotes
de bárbaros,— y este modo
de señalar me perdonen,—
no fueron, nó, tan tiranos,
intransigentes y atroces
como la Moda que hoy manda
y tiraniza á los hombres,
y lo que es mucho peor,
á las mujeres, que dóciles
obedecen sus caprichos,
sus malos consejos oyen,
se quitan lo que ella quiere,
lo que ella quiere se ponen,
y van por donde las lleva,
aunque no sepan por dónde,
y para rendirla el culto
que exige su orgullo torpe,
gastan ellas el sentido,
que no es fácil se recobre
si se pierde, y además
obligan á sus consortes,
padres, hermanos y tios,
tutores y curadores,

á gastar el que hoy por hoy
es el *sentido* del orbe,
es decir, el vil dinero,
otro tirano que al hombre
le tiene siempre en un potro,
y le hace bailar el ole,
y le hace andar arrastrando,
y le hace sufrir azotes,
y le agasaja y le humilla,
y le dá malas razones,
y á lo mas alto le sube,
ó en lo mas bajo le esconde,
y con él juega cruel,
como con un monigote....
Desde que la Moda impera
y sus leyes nos impone,
no hay en el vestir buen gusto,
no hay en los hogares órden,
no hay caridad en el rico
y no hay modestia en el pobre....
A las que solo son feas
ella las hace deformes,
y hace á las hermosas vanas
y tontas de capirote.
Hay quien por ella los lazos
mas dulces y estrechos rompe,
quien por ella el cuerpo frágil
en estrecha cárcel pone,
y quien por ella á la envidia

dé entrada en el pecho dócil,
y por ella á mas de cuatro
doncellas la tierra come,
víctimas de ese tormento
que *corsé* tiene por nombre,
y que es al pecho y al talle
lo que es al cuello el garrote....
Por la Moda, ¡cuánta trampa!
por la Moda, ¡qué de horrores!
por la Moda, ¡qué miserias! ...
y ¡hasta qué revoluciones!...
Poder tiránico, absurdo
que á tus súbditos te comes,
y á pretesto de vestirlos
con tus galas y primores,
me los dejas en camisa,
con estos vientos que corren,
que á los que tienen dinero
se lo quitas, y á los pobres
les das lo que no tenian,
locas ciegas ambiciones,
con las que van sin ventura
Dios sabe cómo y á dónde,
que mas que el peor gobierno
mas derrochador y torpe
á tus sufridos vasallos
exiges contribuciones,
que no tienes mas ideas
que variar el uniforme,

y cada mes, cada dia
sacas un nuevo resorte,
y nos pones nuevas cosas,
¡qué buenas que nos las pones!
y al otro dia ya quieres
que por otras se abandonen,
que á nadie consejos pides
y que de nadie los oyes,
y no te importan un pito
todas las *constituciones*,
y á quien no te rinde el culto
que piensas te corresponde,
le condenas al *ridículo*,
á la pena mas enorme,
al castigo mas tremendo
que la sociedad conoce,
yo protesto de tus leyes
y de tus hechos á voces,
y á Dios le suplico humilde
que te abata y te destrone,
y te destierre del mundo,
que pienso que solo entonces
habrá gusto en el vestir,
y habrá en los hogares órden,
y tendrá humildad el rico
y resignacion el pobre.

. . . . . .

Y aquí se acaba el romance...
Abur, y ustedes perdonen.

XVII.

La Novia.

I.

Aunque mi novia es prodigio
por sus virtudes y encantos,
aunque ciega me idolatra
tanto ó mas que la idolatro,
aunque el casarme con ella
me valdria buenos cuartos,
lector, si novia no tienes,
yo la mia te regalo.
Mi tranquilidad exige
sacrificio tan amargo;
mas juro por la pureza
de mi amor dimisionario,

que no regalo la novia
como se regala un trasto
cuando desperfectos tiene
ó flaquea por usado.
La regalo, porque temo,
que si para mí la guardo,
antes que pueda servirme
su amor de dulce regalo,
circunstancias especiales
que iré luego enumerando,
darán con mi cuerpo en tierra
y con mi alma en el diablo.
Dos años há que mis ojos
en sus ojos se fijaron,
y el alma quedó suspensa
de los ojos temerarios.
Sentí latir en el pecho
mi corazon agitado,
y de mis pasos las huellas
hollaron las de sus pasos,
y haciendo á la gravedad
de mi carácter agravio,
hice el oso como un pollo
me enamoré como un gallo.

II,

Hízome cara la hermosa,
condolida de mis ánsias,

y nos amamos por señas,
y nos hablamos por cartas.
Mas de nuestro amor profundo
era tan viva la llama,
que nos pareció preciso
estrechar mas las distancias.
Y gracias á cierta amiga
de la mitad de mi alma,
que, al vernos tan inocentes,
nuestra dicha procuraba,
pude, á título de novio,
entrar al fin en la casa,
resúmen de mis deseos,
templo de mis esperanzas.
Como novio me anunciaron
de mi novia recatada,
y me han hecho ser *tan novio*,
que ser más novio me espanta.
A todas sus vecinillas
la madre de mi adorada
dijo cómo yo era el novio,
y novio de circunstancias.
Y todas quisieron verme
cual si fuese cosa rara,
y unas me hallaron *buen mozo*,
y otras me hallaron *buen maula*.
Y espiaron mis acciones,
interpretaron mis faltas,
me colgaron cien milagros

y espantáronme la caza.
Pusieron muy sobre aviso
á mi novia desdichada,
y á la madre de mi novia
la pusieron muy en guardia.
Sin comerlo ni beberlo,
yo, que muy limpio jugaba,
me ví en estado del novio
que, por no serlo, se casa.
Mil veces la madre astuta
me dijo que las muchachas
todas desean casarse,
cosa que yo no ignoraba,
y que la hermosura es breve,
y que la ocasion es calva,
y que la hembras son frágiles
y que el demonio las carga,
y que los hombres son malos,
y sus palabras muy falsas,
y que ellas lo pierden todo,
y que ellos no pierden nada.
Tentado estuve mil veces
de enviarla enhoramala,
pero mi novia preciosa
mi voluntad dominaba.

III.

Pues tiene además mi novia
una tia Marizápalos,
que, por no hallar pecadores,
se ha dedicado á los santos.
Esta tia es una tia
que hace cerca de cien años
está demás en el mundo,
y tiene impaciente al diablo.
Me dice que son los hombres
muy buenos para quemarlos,
y ha tenido tres esposos,
y aun admitiria un cuarto.
Si humilde la contradigo,
me dice que soy un zángano;
y si convengo con ella,
que soy un tuno muy largo.
Si ve que mi novia y yo
solos un momento estamos,
me pone á mí como nuevo
y á mi novia como un trapo.
Y andando el tiempo, asegura,
haciendo á mi novia agravio,
que por la novia y el novio
habrá en la casa un escándalo.
Si tiene ojeras mi novia,
dice que la estoy matando;

y si estoy pálido y triste,
que hay en mi conciencia *algo*.
Si salimos á paseo,
quiere siempre acompañarnos,
y de mi brazo se cuelga,
abusando de mi brazo.
Y vamos ella, mi novia,
y de mi novia el hermano,
y la madre, y dos perritos
y yo, la atencion llamando;
ella por su rostro exótico,
que más parece arrancado
de algun cuadro de las ánimas
por ser indigno del cuadro;
mi novia, porque va siempre
en el porvenir pensando,
y lleva la boca abierta
y lleva los ojos bajos;
el hermano de mi novia,
porque va gesticulando
y hablando consigo á voces
con el mayor desenfado;
la madre, porque es muy gorda
y anda con mucho trabajo,
y va llamando á los perros,
que pecan de enamorados.
Los perros, porque son dos
animalitos muy raros,
caricaturas de perros,

y perros degenerados.
Y yo, porque todo el mundo
conoce el papel que hago
de novio, novicio y mártir,
por todos cuatro costados.
Pues tiene además mi novia
un primo, alférez, muy bárbaro,
que me trata como á primo
y me emprima con descaro;
y una criada muy lista
á quien hice mil regalos,
cuando llevaba mis cartas
á mi dueño idolatrado;
y hoy, que de nada me sirve,
sigue alargando la mano,
y me dice, si me niego,
que va á cantar, y muy claro.
Cante, pues, lo que le plazca
emprime el primito al diablo,
y este cargue con la tia,
y la madre y el hermano,
y cargue hasta con mi novia,
que ya estoy yo muy cargado,
y hasta mi novia me carga,
y hasta yo mismo me cargo.
Y aprendan en mí los hombres
que son de corazon blando,
que quien se *proclama novio*,
debe colgarse de un árbol.

XVIII.

El Cumplido.

I.

El dia que yo entré en suerte,
—¡me parece que fué ayer!...—
¡uaya un miedo que tenia
de ser quinto!... ya se ve,
mi pobre madre lloraba,
mis hermanitos tambien,
y mi novia,—¡pobrecilla!
pronto será mi mujer,—
lo ménos que se pensaba,
era que de cada diez
hombres que van á la guerra,
mueren quince ó diez y seis.

—No me casaré, decia,
que tú no podrás volver;
y si en la guerra no mueres,
¿quién sabe si alguna vez,
yendo á correr tantas tierras,
te gustará otra mujer?...—
. . . . . .
Y lo que es eso, es verdad,
que mas de una y mas de cien
he visto que me han gustado,
y como uno.... es claro, es
un hombre fino.... y que tiene
su pundonor.... y su aquel....
como haya venido á mano,
no me he mordido la.... ¡pues!
para echarlas un requiebro,
que siempre les sabe bien;
pero olvidar á mi novia,
eso nó, ¡voto á Luzbel!

—

Pues señor, no fué mal número
el número que saqué:
el uno, porque no habia
ninguno delante de él,
y no teniendo dinero,
y hasta para no tener,
ni una enfermedad siquiera,
ni diez dedos en un pié,

ni un ojo tuerto, ni un brazo
colocado del revés,
no hubo remedio, señores,
tuve que servir al rey.
Mi madre, mi buena madre,
bendijo una vez y cien
al hijo que presumia
que no iba á volver á ver,
y me dió un escapulario
que me dió valor y fé,
y unos cuartos que tenia
la pobre para comer
si venia un año malo
de sequía y escasez;
mi novia lloró mas agua
que le llovia á Noé
sobre el arca en el diluvio....
y metido en un papel
me dió un mechon de aquel pelo
que le baja hasta los pies,
y un abrazo con el alma,
y un beso.... que le robé,
y á los ocho dias justos
entraba yo en el cuartel,
con mas miedo que vergüenza,
mas blanco que la pared,
y temblaba viendo al cabo,
y mirando al coronel,
y al sargento de las barbas,

y al tambor mayor tambien,
que entre todos, yo creia
que me iban allí á comer;
pero ¡aprension!... al principio
alguna pena pasé
por mi madre y por mi novia,
que ya no podia ver;
pero luego encontré amigos,
y me llamó el coronel
«¡hijo mio!» y el sargento
quiso enseñarme á leer,
y me dieron uniforme
que me sentaba muy bien,
como mas de una.... doncella
me dijo mas de una vez;
y con estas y otras cosas,
al fin cariño tomé
al oficio de soldado,
que noble y honrado es,

II.

Hubo guerra, fuí á la guerra.
fuí á la guerra y salí bien,
como que el escapulario
nunca de mí lo aparté,
y allá en el pueblo, mi madre,
y mis hermanos tambien,
y mi novia, á Dios pedian

por mí con ardiente fé....
¡Y dicen que fuí valiente!...
me lo dijo el brigadier,
que me llevó al general,
que me dijo:—«¡Chico, bien!
Una cruz te doy con premio
de medio durito al mes.»
Medio duro que á la Vírgen
mientras viva le daré
en una libra de cera,
porque me sacó con bien.
¡Y dicen que fuí valiente!
Si lo fuí yo no lo sé:
lo que sé es que los moritos
apretaban á correr
en viéndome, que sabian
que les curtia la piel;
y llegó á saber mis hechos
el mismísimo Muley,
y ofreció dar no sé cuánto
á quien me diera *mulé;*
pero sí, ¡buenas y gordas!
lo que es yo.... libré la piel,
gracias á la santa Vírgen,
que mi protectora es.

—

¡La guerra! Entre los hermanos
que una tierra vió nacer,

hijos de una misma madre,
la guerra es cosa cruel:
mas defender á la patria
de quien la quiere ofender,
castigar á quien insulta
su bandera, ¡voto á cien!
que es guerra que yo la haria
una y otra y otra vez;
si ahora, que ya he cumplido
y á mi casa he de volver,
á ver á mi pobre madre,
y á casarme con aquel
cacho de cielo estrellado,
que mi primer amor fué,
hubiera otra guerra contra
el turco ó contra el inglés,
sentaba plaza, y andando....
si me mataban.... ¡*Amen!*
me moriria soltero
diciendo:—¡Como ha de ser!

III.

Cumplí ya los ocho añitos:
—me parece que ayer fué
cuando temblando de miedo
entraba yo en el cuartel,—
ya he cumplido, ya he servido,
ya me han abonado el *pré*....

no sé lo que es calabozo,
no hice mas que obedecer,
cumplir con mi obligacion,
hacer cuando pude bien,
y así el cabo y el sargento,
¡tóma! y hasta el coronel,
la mano amiga me han dado,
y yo ¡voto á Lucifer!
casi he llorado al pensar
que he de salir del cuartel:
y he besado al cantinero
y á su parienta tambien,
¡tóma! y al tambor mayor,
y á Ruiz, el cabo furriel,
y en fin, lo diré, señores,
he besado la pared
del cuartel donde aprendí
á ser siempre hombre de bien,
y beso á ustedes las manos
y á las señoras los piés.

XIX.

La Piedra.

I.

Pues señor, allá en Turquía,
ó donde quieran ustedes,
sucedió una vez que un pobre
fué á exponer su triste suerte,
y por Dios una limosna
á pedir humildemente,
á un hombre con mas millones
que un empleo pretendientes,
que una coqueta memorias,
y que un generoso huéspedes....
Era el rico avaro y malo,
y era mas fácil que diese

un diente que una moneda,
y era el pedírsela hacerle
la mayor de las injurias
que sufrir un hombre puede.
Llegóse humilde el mendigo,
y con palabras corteses,
y con dolorido acento,
propio del que nada tiene
y de la amarga miseria
todos los dolores siente,
por amor de Dios pidióle
que en su afan le socorriese
—Apártese el holgazan,
contestóle duramente.
—No tengo qué comer.
—Bueno.
—Me muero de hambre.
—Pues muérete.
—Corazon teneis de roca.
—Apártese el insolente,
ó de un palo....
—No amenace,
que Dios, que todo lo puede,
castiga tarde ó temprano
al que á su prójimo ofende.
Y viendo el pobre que el rico
trataba de acometerle,
huyó cual huye el que ve
que una fiera le acomete.

Cogió una piedra el infame,
y con torpe mano aleve,
arrojósela al mendigo,
y quiso Dios que cayese
la piedra á los piés del pobre,
sin el menor daño hacerle.
Cogióla el pobre del suelo
triste y silenciosamente,
guardósela, y su camino
siguió humilde, sin volverse
ó reprochar su accion fea
al avaro infame, y siempre
juró guardarla, en memoria
de aquella ofensa patente.

II.

Pasó tiempo; pobre el pobre
siguió pidiendo limosna,
sufriendo de la miseria
las calamidades todas,
y el rico, por ser mas rico,
hizo una accion bochornosa,
y descubierta, apresáronle,
y en una oscura mazmorra,
pasó de mortal angustia
crueles y eternas horas....
Al fin se falló la causa,
y por su accion vergonzosa

fué condenado á perder
los bienes que eran su gloria,
y á sufrir sobre un jumento,
yendo ligero de ropa,
cien azotes, por la mano
del verdugo, por mas honra.
El pueblo, que en espectáculos
de ese género se goza,
estaba con la noticia,
estaba, es claro, en sus glorias,
mucho mas siendo la víctima
tan distinguida persona,
y en el dia señalado
para la paliza gorda,
gran concurrencia llenaba
la carrera, deseosa
de ver dar palos al prójimo,
como si fuera una broma.
Allí el pobre de la piedra
entre la gente curiosa
estaba; al pasar el rico
se le vino á la memoria
la injuria que recibió
yendo á pedirle limosna,
y del bolsillo la piedra
sacó, y la mano traidora
levantó para arrojársela,
mas no la arrojó, dejóla
caer en el santo suelo,

y no salió de su boca
ni un insulto, ni una injuria,
que, así como Dios perdona,
el pobre perdonó al rico,
y segun cuenta la crónica,
dijo lo mismo que copio
para leccion provechosa
de las almas vengativas
crueles y rencorosas:
«Vengarme de él cuando estaba
con poder, con oro y honra,
hubiera sido locura,
y locura peligrosa,
y en esta ocasion vengarme,
tirarle la piedra ahora,
que es mas que yo desdichado
y de él las gentes se mofan,
y ni oro ni honor le quedan
y le humilla y le abochorna
la plebe que ayer humilde
le ensalzaba adulsdora,
fuera una accion inhumana,
inhumana y vergonzosa (1).

(1) El consolador y delicado pensamiento de este romance, está tomado de un cuento popular aleman.

(1) El consolador y defensor prometido se llama PARACLETO, que

XX.

La Jamona.

Con el vestido muy hueco,
y la cabeza tambien,
esta llena de cintajos,
lleno de lo mismo aquel,
con guantes color de fuego
y pañuelo de varés,
y en la mano el abanico,
y siempre enseñando el pié,
con el rostro revocado,
que se conocen muy bien
el carmin y el albayalde
sobre la arrugada tez,
y con un cordon atado
llevando un perrito inglés,
que tiene por nombre Adonis,
Polion ó Guillermo Tell,
va por la calle muy séria

mi señora doña Inés,
que cumplió los veinticinco
el año cuarenta y seis,
y desde entónces, al cura
teniente de San José,
que todos los años tiene
que ir á saber una vez
casa por casa los nombres
de los fieles de su grey,
le dice cómo se llama
y la edad que tiene, que
no pasa de veinticinco
desde aquel año cruel,
en que cumpliendo del tiempo
la severísima ley,
los cumplió en dura y forzosa
y terrible doncellez.
Doña Inés está soltera,
y esto no le sabe bien,
que quisiera ser casada,
y hay quien tiene el parecer
de que no le pesaria
hallarse en triste viudez,
aunque fuera de segundas,
y de terceras tambien.
Pero oyéndola, parece,
tal su disimulo es,
que no ha querido casarse,
y que mas de uno y de diez

pretendieron con empeño
lograr la dulce merced
de su amor y de su mano,
y hasta quiere hacer creer
que aun tiene quien la pretende
y ella le desdeña, ¡pues!
—«¡Jesús! ¡los hombres! exclama,
¡qué malditos de cocer!...
¡para quemarlos á todos!...
¡qué peste! Yo estoy muy bien
soltera.... Así es como está
en sus glorias la mujer....
Y yo, no ha sido por falta
de quien me quiera, que á fé
buenos disparates hizo
un año hará un brigadier
que una noche en el teatro
me tocó estar junto á él,
y el hombre se volvió loco,
¡caprichos! que.... ya ve usted,
una remediar no puede....
y aunque le desengañé
muchas veces... él ¡qué terco!
mas rendido cada vez,
hasta que desesperado
y por despecho se fué
á Sevilla, y se casó
con la que hoy es su mujer,
una cualquiera; y ¡qué cosas

de ella he sabido despues!...
Yo no sé lo que he tenido,
que no me he podido ver
jamás libre de moscones....
Hubo un médico, ¡que pez!
una vez que tuve anginas,
yo inocente le llamé,
y á los cuatro dias vino,
y me vino á proponer
ser mi marido.... Pues otro,
ya murió el pobre.... era un juez
con dos hijos, uno suyo,
y el mayor de su mujer,
que era una vieja muy rica,
con quien se casó por.... ¡pues!
y al mes de quedarse viudo
me vió el hombre en el café,
y estuvo dos meses largos
haciendo.... Es cosa de ver
qué cosas hacen los hombres
que se entontecen.... Aquel
me paseaba la calle,
ó arrimado á la pared
me esperaba en las esquinas....
yo estaba volada, que
á mí nunca me ha gustado
que por mí.... Tuve que hacer
que un amigo le dijera
que perdia el tiempo.... y él

como una fiera se puso....
En fin, ahora mismo es,
y cuando el hombre en la calle
ó en el teatro me ve,
se pone como la grana,
no se puede contener....
Pues ahora es otro; es un jóven
que el padre tiene almacen
de bujías.... y es muy rico....
y el maldito de cocer,
el hijo, como está enfrente
su balcon, le tiene usted
en el balcon todo el dia
haciendo visajes, ¡pues!
y enseñándome cartitas....
que no me puedo poner
á coser tras los visillos,
y el lunes me lo encontré
en la escalera.... empeñado
en que habia de leer
una carta que traia;
yo.... está claro, me escusé;
pero tendré que mudarme....
para dejarle de ver,
porque, al fin, yo soy soltera,
y á una jóven no está bien
que en la escalera la espere
un muñeco como él.
Es mucho empeño el empeño

de los hombres, de querer
á quien no les quiere.... ¡Ay! yo
mil gracias á Dios daré
que me hizo así.... De los hombres
que me libre siempre: *Amen.*»
Esto dice, y le parece
que cualquiera se lo cree,
y bien puede asegurarse
que si hallara doña Inés
uno, aunque fuese la estampa
del mismísimo Luzbel,
que á la iglesia la llevase
para hacerla su mujer,
el tiempo le faltaria
para casarse con él.
Entretanto, la esperanza
por supuesto sin perder,
habla mal de todo el mundo,
y su constante afan es
inquirir vidas ajenas,
llevar chismes y traer,
sacar á relucir trapos,
y sé que mas de una vez
la paz de alguna familia
procuró comprometer,
que porque ella es desgraciada,
aunque de ella solo fué
la culpa acaso, pretende
que otras lo sean tambien.

XXI.

El Padre sin trabajo.

I.

En una estancia sombría,
sin luz, ni abrigo, ni lecho,
está un padre desdichado,
laborioso, honrado y bueno,
con la cansada cabeza
inclinada sobre el pecho,
rodeado de sus hijos,
llanto abrasador vertiendo.
Tres son los hijos que tiene,
y son los tres pequeñuelos,
que ven llorar á su padre
y no comprenden su duelo...

Tambien, hace pocas horas,
sacar á su madre vieron
entre cuatro hombres horribles,
que les daban mucho miedo,
y no lloraron, que estaban
de asombro y espanto yertos,
respirando solo cuando
aquellos hombres se fueron,
sin comprender, inocentes,
por qué llevaban con ellos
á la madre honrada y buena
que vida les dió en su seno.

—

—¡Pan!—dice el uno, y los otros
—¡Pan, padre!—repiten luego,
y el padre:—¡Callad! les dice,
y alza los ojos al cielo.
Callan los niños, se miran,
y en pos de un breve silencio:
—¡Pan!—dice el uno, y los otros
—¡Pan, padre!—repiten luego,
—¡Dios mio!—murmura el padre;
Y dice á sus pequeñuelos:
—No os movais de aquí, esperad,
que voy por el pan y vuelvo.—
Y sale, y quedan los niños
solos, temblando de miedo.

II.

Llama el buen padre á cien puertas,
su triste estado exponiendo,
y pide trabajo para
poder ganar su sustento.
—No hay trabajo,—le contestan.
—Pues dadme pan.
—No podemos.
Y anda, y anda desalado,
y queda un punto suspenso,
y en el quicio de una puerta
se oculta de rubor lleno,
y dice:—¡Morir mis hijos!...
¡eso es lo que no consiento!
¡Robar!... ¡Yo ladron!... ¡Dios santo!
¡Robar!... ¡No hay otro remedio!—
Y sale ya decidido,
airado, firme y sereno,
porque al primero que pase
le ha de robar el dinero.
Uno viene, y él se acerca,
se acerca y.... ya está resuelto....
se acerca mas.... va á robarle....
y le dice:—¡Caballero!...
¡una limosna por Dios....
para tres hijos que tengo!....—
Y recibe la limosna,

y alza los ojos al cielo,
diciendo:—¡Dios bondadoso!...
aun soy honrado, y soy bueno.
Del trabajador honrado,
en tiempo fatal, adverso,
Dios es la dulce esperanza,
y la limosna el consuelo.
Avergonzarme no debe
esta limosna que obtengo;
pero si hubiera robado....
¡qué horrible remordimiento!

III.

Dad al pobre laborioso
limosna, dádsela presto,
y no le negueis trabajo,
si podeis, en ningun tiempo.
La caridad á los hombres
hace hermanos y hace buenos,
y huye á su luz refulgente
todo malo pensamiento.

XXII.

El País de las Tinieblas.

—

APÓLOGO.

I.

Antes del descubrimiento
del gran Cristóbal Colon,
que al mundo, con él ingrato,
un nuevo mundo le dió,
los hijos del polo Norte,
buscando abrigo y calor,
bajaron de las Américas
á la templada region.
De una de aquellas colonias
la tradicion conservó

una historia peregrina
que voy á contaros hoy.
En un islote apartado,
do nunca penetró el sol,
y de cuyo estéril suelo
jamás el hombre sacó
fruto alguno saludable,
vivian en la inaccion
hombres, mujeres y niños,
y en la miseria mayor,
miseria de cuerpo y de alma,
porque en aquella region
todo se ignoraba, todo,
y como bestia feroz
nacia y crecia el hombre,
sin conocer á su Dios,
y como bestia moria
sin consuelo y sin temor.
El país de las tinieblas
aquel país se llamó,
nombre que se le aplicaba
con notable precision,
porque allí, como ya he dicho,
jamás el sol penetró,
y eterna noche envolvía
aquella mansion de horror.
Secreto instinto, ó quizás
piadoso el Supremo Dios,
á un hombre de aquellas fieras

un pensamiento inspiró.
—Debe haber mas mundo que este
que es tierra de maldicion,
dijo; y pensando pensando,
á la fin se convenció
de que aquella tierra estéril
era del mundo un rincon
solamente, y de que el mundo
era mil veces mayor.
Habló con sus compañeros
y á algunos los convenció,
y convinieron gozosos
(que la fé les dió valor),
en salir de aquella tierra,
y en frágil embarcacion,
hecha de groseros palos
(la fé se la fabricó),
ir por el mar adelante
buscando tierra mejor
que aquella donde vivian
sin la alegría del sol,
sin fresca yerba en los campos,
sin agua, sin una flor,
como animales inmundos
y abandonados de Dios.

II.

Los trabajos que pasaron
son muy largos de contar,
y por eso no los cuento,
para mayor brevedad....
Estuvieron en peligro
de que les tragase el mar,
y allí, en medio de las olas,
y á merced del huracan,
aquellos míseros séres
no llegaron á cejar
en su afan de hallar mas mundo....
y al ver con la claridad
del sol que se reflejaba
en el brillante cristal
de las turbulentas aguas
del embrabecido mar,
de la pródiga natura
los prodigios sin igual,
la fé les prestaba aliento
en aquella inmensidad,
y era el anhelo de todos
ir mas allá... mas allá.
Llegaron,—que siempre llega
el que tiene voluntad,—
y el pié en la tierra pusieron
con júbilo singular;

y para gozar entonces
suprema felicidad,
les faltaba solamente
amar á Dios inmortal,
y saber que á Dios debian
hallar premiado su afan.
Era el país mas hermoso
que se pudo imaginar;
campos de fresca verdura,
de agua un claro manantial,
árboles de fruta llenos,
brisa agradable del mar,
abundante caza y pesca,
terrenos sin humedad,
cielo límpido y sereno...
en fin, encontraron mas
de lo que habian salido
de su rincon á buscar.

III.

Pasó tiempo; aquellos hombres
vivian allí muy bien;
no les faltaba alimento
y buen agua que beber,
y sabrosísimas frutas,
tan dulces como la miel,
y sol que les animaba,
y les permitia ver

los encantos que en las obras
del sumo Hacedor se ven,
el cielo azul y sereno,
las altas montañas, que
parecia que á las nubes
las querian detener,
los pajarillos cantores,
las flores, que en un Eden
convertian aquel sitio,
donde Dios quiso poner,
para regalo del hombre,
que harto ingrato con él es,
cuanto en su afan de placeres
le puede satisfacer....
Hiciéronse allí cabañas,
y encontraban cada vez
recursos que no creian
hallar en el suelo aquel:
hallaron oro y madera,
y comenzaron á hacer
mil objetos muy curiosos
y necesarios tambien,
y el hábito del trabajo
adquirieron, y con él
la virtud y la conciencia
sacrosanta del deber,
que el trabajo es el que al hombre
le hace ser hombre de bien.

. . . . . .

Pero viviendo tranquilos
gozando el dulce placer
de la paz y del trabajo,
sin torpe envidia cruel,
sin miserias y sin odios,
sin frio, ni hambre, ni sed,
mortal tristeza sentian,
y si preguntais por qué,
que os conteste el que su patria
ha dejado alguna vez,
y vivido en otro suelo
que no le ha visto nacer,
aunque su patria haya sido
injusta y dura con él,
y haya estado mal en ella,
y fuera de ella muy bien.

IV.

El mismo que salir quiso
de la triste oscuridad
de su país, dijo un dia:
—«Vamos á volver allá,
no á vivir en las tinieblas,
sino á ver si los que están
allí, vienen con nosotros
el mismo bien á gozar,
que gozamos hace tiempo
con tanta felicidad....

Haciendo á todos dichosos,
el que es dichoso, lo es mas,
y solo le falta, amigos,
á nuestra tranquilidad,
que nuestros compatriotas
la gocen tambien igual.»—
Solo otros dos compañeros
halló prontos á arrostrar
los peligros del viaje,
que eran grandes por demás,
y confiados los tres
en su buena voluntad,
y alentados grandemente
por el generoso afan
de hacer á los que vivian
en el frio y la humedad
y la mayor ignorancia
un favor tan singular,
al *País de las tinieblas*,
sin temer la tempestad,
ni los fieros huracanes,
ni los escollos del mar,
hicieron rumbo, ayudados
por el Señor inmortal,
que proteje á quien practica
la sagrada caridad.
Llegaron, y aconsejaron
á todos á abandonar
aquel país maldecido,

diciéndoles la verdad
de lo que habian hallado
al otro lado del mar;
mostraron pájaros, flores
y pedazos de metal,
para probar que decian
ménos que la realidad.
—Venid, venid con nosotros,
les decian, que allí están
la salud y la riqueza,
la virtud, la claridad;
ya sabemos el camino,
y allá os podemos guiar,
y allá viviremos todos
en dulce envidiable paz.
—Somos viejos, contestaban
los unos.—Nosotros ya,
decian otros, tenemos
nuestras costumbres, y estar
aquí nos es ya mas cómodo
que el ir de acá para allá.
—Nosotros, acostumbrados
á esta gran oscuridad,
contestaban otros, no
necesitamos ver mas.
—Allí vereis mil primores.
—No tenemos mucho afan.
—Vereis el sol.
—Nos deslumbra,

si es tal como le pintais.
—Tendreis oro.
—¿Y para qué?
—Sabreis lo que es trabajar.
—Pues si acá no trabajamos,
mejor estamos acá.
Para ir lo desconocido
tan léjos de aquí á buscar,
no queremos exponernos
al furioso vendabal,
y á perecer en un dia
todos en medio del mar.
Aquí nacimos, aquí,
es claro, estamos muy mal;
pero tenemos costumbre,
y no saldremos jamas.

—

Y no salieron: los tres
que los fueron á buscar,
volvieron desconsolados
sin poder lograr su afan;
siguiérónles solamente,
con varonil voluntad,
las madres que sus hijuelos
empezaban á criar,
y les siguieron movidas
del santo amor maternal,

previendo para sus hijos
mejor porvenir allá
que el que tenian seguro
en aquella oscuridad.
Quedaron en las tinieblas
los que con no trabajar
ya se creian dichosos,
los que,—¡horrible ceguedad!
no sentian el deseo
de ver y de saber mas.

—

Esta, lector, es la historia
que te he querido contar.
El país de las tinieblas
todos le conocen ya;
sus nombres son: la *ignorancia*,
que es el principio del mal,
ó la *indolencia*, que al hombre
le priva de libertad,
de la santa independencia,
y del dulce bienestar
que dan el trabajo honrado,
el estudio y el afan
de honrarse honrando á la patria
con virtud y dignidad (1).

---

(1) La idea de este apólogo está tomada de un Discurso pronunciado en una solemnidad literaria, por el presidente de la Biblioteca popular de Versalles.

XXIII.

El Exclaustrado.

Metieron fraile á don Lucas
y lo fué de la Merced,
mas cuando pudo exclaustrarse
colgó los hábitos, que
la vocacion que tenia
no era extremada á mi ver,
volvió al mundo y en él sigue
siendo un hombre muy de bien,
suscritor de *La Esperanza*,
que él llama el mejor papel,
y lo paga, como es justo,
aunque es escaso su haber;
gran perito en chocolate,
que toma más de una vez
cada dia, y tal le gusta,
que estará un mes sin comer,
mas sin tomar chocolate

no viviria ni un mes.
Con una prima muy fea,
que no ha podido tener
quien cargue con ella, vive
nuestro buen fraile muy bien;
plancha para las iglesias
la buena y santa mujer,
y se gana medio duro
en cuatro dias ó seis,
y á su primito le compra
cuatro cuartos de rapé
cuando cobra, y él en cambio
suele á su prima traer
algun pañuelo de yerbas
ó un cuarteroncito de
bizcochos de soletilla,
que le gustan á *Luzbel*,
un gato traidor y astuto,
que su compañero es.
De carácter apacible
y dulce como la miel,
en hablando de política
el fraile de la Merced,
de sus casillas se sale,
y no cede, ¡qué es ceder!...
ni se calla, ni transige,
ni le deja hablar á usted,
ni le convencen razones,
y oir no quiere ni ver,

y al fin, hace de tal modo,
que los cuatro, ó cinco, ó diez
que con él discuten, callan,
y queda triunfante él.
En fin, el buen don Domingo,
por su consecuencia y fé,
hombre es digno de respeto
y se le debe querer,
aunque en política el hombre
muy equivocado esté;
pero ¡qué! nadie le apea
de su manera de ver
las cosas, y así, presumo
que con este señor, es
dejarle con sus ideas
mejor que reñir con él.

XXIV.

El Retirado.

Don Silvestre Cañonazo
es hombre de mucha fibra,
esclavo de la ordenanza,
capaz de romper la crisma
al que le mire torcido,
porque él no se anda en chiquitas...
Cuando jóven, era un mozo,
de partido entre las chicas,
y hubo mas de una jamona
alta, noble, bella y rica,
que se enamoró del guardia,
y anduvo por él perdida....
Aun hay algunas que al verle
las pobres se ruborizan,
recordando aquellos tiempos
en que él hizo su conquista.
Hombre es de pocas palabras,

y no entiende de política,
y le carga le hablen de ella,
aunque hablar de ella se estila,
porque el sistema que él dice
que en el poder seguiría
si pudiera ser poder,
que no lo podrá en su vida,
es el sistema del palo,
que es la cosa mas sencilla,
y la ley que mas se entiende
y que mas pronto se esplica.
El hombre tomó el retiro,
tomó mujer en seguida,
y el dinero de su esposa
lo maneja y lo administra;
y con esto, y dar paseos
por donde nadie transita,
leer *La Correspondencia*,
diciendo á cada noticia
que ve en este gran periódico:
—*¡Mentira! ¡Pura mentira!*
y á cuatro chicos que tiene
enseñar la letanía,
que es en su boca un compuesto
de dulzuras y heregías,
y reñir con la criada,
y *subir* de noche *arriba*
á jugar al dominó
con el teniente García.

y *bajar* de dia *abajo*
á que el portero le diga
cuándo le bajan la casa,
cuándo le ponen cortinas,
cuándo revienta el casero,
y quién se ha mudado encima,
pasa el señor don Silvestre
vida apacible y tranquila,
echando tacos y ternos,
tragando mucha saliva.

XXV.

Dolorcitas.

Hija de un alto empleado
que daba golpe en Madrid,
cuando en dias de gran gala
con casaca y espadin,
luciendo las pantorrillas
iba el hombre por ahí,
es doña Dolores Trompa,
nacida en Valladolid,
que cumplirá los cuarenta
el quince del mes de Abril,
y que le cobra al Estado,
¡ahí es un grano de anis!
mil escuditos anuales
de orfandad *ó cosa así*,
como dijo en su comedia
un autor de este país
en fuerza del asonante,

como me sucede á mí.
Estos mil escudos tristes,
le ocasionan mil y mil
penas á doña Dolores
que vive, si eso es vivir,
esclava del vil dinero,
que yo no sé por qué es vil,
que todos los meses cobra,
y sin mas trabajo que ir
á que dé fé de que vive
el cura de San Martin.
Doña Dolores la pobre,
tiene ¡ay triste! que estinguir
del amor la pura llama
como se apaga un candil;
le gustan los hombres, ¡tóma!
¿para qué estamos aquí?
y muchos la han pretendido
allá en su edad juvenil,
porque ha sido siempre guapa,
y muy amable, eso sí,
y hasta un poeta romántico
por ella tuvo mal fin,
porque al ver que no queria
la niña hacerle felíz
dándole la blanca mano,
cogió una noche un fusil,
tomó una taza de té
con unas gotas de anís,

leyó toda *La Esperanza*,
y al disponerse á dormir,
se pegó muy sério un tiro,
y se quedó el infeliz
en el triste lecho mas
estirado que una I.
Pero, ¿cómo ha de casarse
Doña Dolores?... ¡Si al fin
fuera el pretendiente rico!...
mas la suerte baladí
ofrecióla siempre novios
sin ocho maravedís,
como poetas tronados,
y tristes cesantes sin
mas haber que haber tenido
la desgracia de elegir
un oficio, que *per istam*
le deja al hombre en un trís,
algun banquero quebrado,
algun cantante gentil
de esos que el contrato siempre
lo tienen que rescindir,
por soltar gallos y pavos
en cada *la* y cada *mi*,
algun jugador perdido,
que no hay pocos en Madrid,
algun marqués sin un cuarto,
el baron del Trampolin,
y otros varios personajes,

que no pueden reunir
entre todos tres pesetas,
aunque van aquí y allí
muy ufanos y vestidos
con arreglo al figurin....
Conque, lector indulgente,
ayúdeme usté á sentir
de mi doña Dolorcitas
la suerte poco feliz....
Ella quisiera casarse;
pero ¿cómo? ¡voto al Cid!
Si se casa pierde al punto
la pension, que no es ruin,
y si al cabo no se casa,
¿quién la va á poder sufrir?...
Muchas veces, á sus solas,
esclama la triste así:
«¿Qué le importaba al Gobierno
qué le importaba al país
dejarme la dulce paga
como la tuve hasta aquí,
aunque al *duro dulce* yugo
inclinára la cerviz?...
Entonces sí que podia,
¡qué galardon para mí!
hacer feliz á un mancebo,
que hallaria mas de mil,
entre tantos que en la córte
buscan ganguitas así.»

XXVI.

Doña Ramoncita.

Es mucha mujer mi amiga,
mi amiga Doña Ramona,
aunque si mujer la llamo
de fijo que se incomoda,
que no es mujer, segun dice,
sino toda una señora.
Habita en un sotabanco
en la calle de las Conchas,
en la honrada compañía
de un esposo y una esposa,
que le dan por ocho cuartos
una sala y una alcoba,
agua, luz para acostarse
y le repasan la ropa,
ganga que muchos quisieran
en este tiempo, que hay pocas;
pero ella juzga escesivo

pagar esa suma módica,
y hace tiempo está buscando
familia mas generosa
que le dé casa de balde
y la comida á sus horas,
y que viva en piso bajo
y en habitacion mas cómoda,
y tenga al menos criada,
que, si es preciso, le ponga
sanguijuelas, sinapismos,
cantáridas ó ventosas,
porque está llena de lacras
la pobre Doña Ramona....
Señora tan egoista
dificulto que haya otra,
y fundada en que ella ha sido
siempre toda una señora,
pretende tener derecho
á que cuantos la conozcan
la sirvan y la contemplen,
y le den con mano pródiga
dinero cuando lo pida,
y tabaco y otras cosas....
De pension una peseta
su marido, que esté en gloria,
le dejó, que su marido,
fué un hombre de mucha nota,
escribano allá en las Indias,
una mentira muy gorda

de las muchas que pretende
hacer creer esta prójima,
pues los que le conocieron
y conservan de él memoria,
le encontraban pincho en mano
allá en la Puerta de Atocha,
defendiendo de la Hacienda
los derechos con notoria
solicitud, sin dejar
que pasara ni una mosca....
Doña Ramona un defecto
tiene, que es el ser golosa,
y excepto los ocho cuartos
que le paga á la patrona,
en dulces y golosinas
se gasta la pension toda,
y siempre lleva confites
y caramelos de goma,
y los pesados merengues
por medias docenas compra,
y luego en casa en la cama
se los come á oscuras sola ...
y de pastillas de coco,
de malvavisco y de rosa,
de pastelillos y hojaldres,
y mantecadas de Astorga,
y molletes de Sevilla,
y almendras, bollos y tortas,
siempre tiene buen surtido

mi amiga doña Ramona.
Come siempre en casa ajena,
porque este favor le otorgan
personas caritativas,
que despues acaso lloran
haber tenido el disgusto
de tratarla, que es chismosa,
y armar suele un caramillo
contra la fama ó la honra
de cualesquiera, con una
habilidad prodigiosa.
Parece que al mundo entero
envidia, y de muerte odia,
mas que á los indiferentes
á aquellas mismas personas
á quienes debe favores,
que obligarian á otra
á la gratitud, que es prenda
de las almas buenas propia.

—

Ya ves ¡oh lector amable!
si las razones me sobran
diciendo:—¡Es mucha mujer
mi amiga doña Ramona!

XXVII.

El Dos de Mayo.

I.

—Levántate, Juan.
—¿Qué ocurre?
¿Vas á parir ya, mujer?...
Yo crei que te faltaba
todavía mas de un mes...
Nó, no lo dejes por eso,
que si ello al fin ha de ser,
mejor es cuanto mas antes.
—Si no es eso.
—Pues ¿qué es?...
¿Hay fuego?... ¿Vino el casero?...
Dile que vuelva otra vez.
—El casero no ha venido,
pero ha venido el francés.

—¿El que afila las navajas,
ó el que toca el *minuet*?...
—Hombre, nó, quien ha venido
es un tal *Musiú* José,
de Napoleon hermano,
y dicen que viene á hacer
que nos hagamos franceses
los españoles.
—Muy bien.
Que se lo cuente á su abuela.
—Ya por las calles se vé
correr la tropa francesa,
y en Palacio, en Lavapiés,
contra el pueblo han hecho fuego
los malditos de cocer....
—Pues ¿y la tropa española?...
—Encerrada en el cuartel.
—¿Y el pueblo?
—Bien se defiende.
—Entónces....
—¿Qué vas á hacer?...
—¿Qué he de hacer?... Lo que hacen todos.
—¿Pero el peligro no ves?...
—Solo veo el de la patria,
y la debo defender.
—¿Y si te matan?...
—Si muero,
como bueno moriré.
—¿Y tus hijos?...

—Tú y mis hijos
en Dios amparo tendreis.
—¡Ay Dios mio!...
—No me llores,
que yo te quiero, mujer,
y me conozco, y si lloras
á mi deber faltaré....
y si á mi deber faltase,
te maldijera despues.
¡Adios!...
—Se me parte el alma,
pero tú, Juan.... haces bien.
—Mujer, que Dios te bendiga.
—Quiera Dios te vuelva á ver.

II.

—Déjeme V. salir, madre.
—Antes dime á dónde vas.
—Contra el francés, que furioso
ciego acuchillando va
al mismo pueblo al que ofrece,
hipócrita, la amistad.
Niños, mujeres, ancianos
han muerto á sus manos ya ...
Un rebaño de corderos
creyó en Madrid encontrar,
y viendo que está engañado,
ha sentido tal afan

de vengarse, que ya nada
moverle puede á piedad,
y no encuentra en su soberbia
mas recurso que matar.
¡Enhorabuena! Veremos,
veremos quién puede mas,
si un usurpador tirano
ó un pueblo honrado y leal,
que lo sufre todo, todo,
pero del francés.... jamás.
—Pero hijo mio, son muchos,
son muchos y vencerán.
—Nó, madre, que al que defiende
su hacienda y su libertad,
y su honor y su familia,
Dios dobles fuerzas le da.

. . . . . .

Mire V., madre....
—Ya veo.
¡Ay! le van á fusilar.
—Es un anciano. ¡Cobardes!
Hacen mal por hacer mal.
Si esa es la gloria que adquiere
el nombrado capitan
del siglo, gloria es por cierto
que le debe avergonzar.
No me detengo mas, madre.
—Ni yo te detengo mas;
pero solo no vas, hijo,

tu madre contigo irá....
y al francés que te se atreva,
mis manos lo van á ahogar.
—Nó, lo que es en mí un deber
en usté es temeridad.
—Pues si yo no voy contigo,
tú de casa no saldrás.
—Pues ea, venga V., madre,
y Dios nos ayudará.

III.

—Qué á morir nos preparemos
nos han venido á decir.
—Yo lo estoy ya.
—Yo tambien.
—Y yo tambien, ¡ay de mí!
¡y mi mujer con tres hijos!...
¡y en vísperas de parir!...
Ingrata será la patria
si no cuida de ellos.
—Sí;
no ofendas hoy á la madre
por quien vamos á morir.
—Yo estoy ansiando la muerte.
Morir á mi lado ví
á mi madre, traspasada
por el acero de un vil,
y ni su beso postrero

he podido recibir.
¿Y tambien á V., señora,
quitarán la vida?...
—Dí,
hermano, ¿de qué la vida
me pudiera ya servir?...
Esta mañana mi esposo
murió al lado de Daoiz,
y mi hijo, que fué á vengarle,
tambien quedó muerto allí.
Si en mis ojos no veis lágrimas,
despues de tanto sufrir,
es porque sé que á matarme
vendrá esa canalla ruin,
y con las prendas del alma
me iré pronto á reunir;
mas no digais cuánto bien
me hará esa canalla así,
porque por hacerme daño
me dejaria vivir.
—Y V., señor cura, viene....
—Porque Dios me envia aquí
á auxiliar á mis hermanos
y con ellos á morir.
—¡Tambien usted!
—Sí, hijos mios.
Tambien en mi arder sentí
del patriotismo la llama,
y tambien á combatir

al usurpador tirano
esta mañana salí.
Muramos, pues, con valor,
y á los hijos de Madrid
demos, hermanos, ejemplo
por si volviera á ocurrir,
que en su independencia santa
la mano atrevida y vil
quiera poner algun déspota....
—Tendremos valor.
—Sí, sí.
Cuando por tan santa causa,
hijos, se viene á morir,
de la víctima es la gloria
y del verdugo infelíz
la humillacion, la vergüenza
de habernos *vencido* así.

XXVIII.

La fiesta del Centenar en Valencia.

I.

Quien no haya visto en Valencia
la fiesta del Centenar,
sin ver una maravilla
al otro mundo se va.
Los que la vieron ogaño
ya á verla no volverán,
porque hasta que cien años pasen
no habrá allí otra fiesta igual.
Los hijos de aquella tierra
que hace las flores brotar
cuando al rigor del invierno
secos los campos están,
de aquella tierra bendita
donde nació el de Vivar,

que por noble y por valiente
logró fama universal,
de aquella tierra que tantas
mujeres hermosas da,
y tantos fuertes varones
que en la guerra y en la paz
nunca del honor la valla
llegaron á traspasar,
todos á la Santa Vírgen
rinden un culto especial,
que en ella encuentran consuelo,
y en ella en la adversidad
toda la esperanza fian
y á pedirle fuerzas van....
En la infancia les enseñan
su nombre santo á invocar,
y por dichosos se tienen
si cuando muriendo están
pueden la última plegaria
á la Vírgen elevar.
La de los Desamparados
es el nombre que le dan,
y jamás el que lo invoca
desamparado estará.
Hace ya doscientos años
que la piedad popular
dió digno templo á la Vírgen,
que es madre de la piedad,
y su venerada imágen

pudo el pueblo trasladar
á la casa bendecida
donde hoy culto se le da.
Este fausto aniversario
con júbilo singular
cada cien años celebra
la noble invicta ciudad,
y por eso lleva el nombre
de fiesta del Centenar.
Los que la vieron ogaño
ya á verla no volverán,
pero en los años que vivan
no la podrán olvidar,
que es tiernísimo espectáculo
ver el religioso afan
con que acude un pueblo entero,
un pueblo honrado y leal,
de la Virgen sacrosanta
ante el bendecido altar.
La ciudad sus galas viste,
todos alegres están....
los mas ancianos se olvidan
de que van á morir ya,
y cobran aliento y júbilo
á despecho de la edad,
y á sus hijos y á sus deudos
se entretienen en contar
de la Virgen los milagros
que en las crónicas están.

y cuántos reyes y príncipes
han ido con humildad
á postrarse ante la imágen
de la Reina sin igual,
de la Reina de los Angeles,
que por siempre reinará....
¿cuántos favores la Vírgen
hizo siempre á la ciudad....
cuánto ha costado su templo
y cuántas alhajas hay,
donacion de sus devotos,
en el sacrosanto altar.
Da gozo ver á las mozas
que gloria á Valencia dan,
llevando á la Vírgen flores
de belleza singular,
y alegra y consuela el alma
ver á los mozos que van
á humillarse ante la Vírgen
y con fervor á rezar....
mozos todos tan bizarros,
que el que ménos, es capaz
de arremeter con cien moros,
si los hubiera aun acá.
De cada pueblo inmediato,
que son unos treinta ó mas,
acude lo mas lucido
con su imágen titular,
que en la procesion solemne

despues acompañará
á la Vírgen por quien se hace
la fiesta del Centenar.

II.

Dispónense mil festejos,
que los forasteros van,
y es deber de cortesía
no quedar con ellos mal,
y Valencia en este punto
sabe, si es preciso, echar
la casa por la ventana,
como dicen por acá;
además de que presume
que otra vez no volverán
los curiosos forasteros
á ver la solemnidad
con que celebra Valencia
su fiesta tradicional,
y piensa tambien juiciosa
que nada ha de estar demás
para obsequiar á la Vírgen,
que es su númen tutelar.
Y lo primero á que acude,
y así de cristiana da
indudable testimonio,
es algun alivio á dar
á los pobres sin trabajo.

á los que enfermos están,
á los tristes impedidos
que no pueden trabajar,
y a los inocentes huérfanos,
que si no murieron ya,
es porque tienen por madre
á la Santa Caridad....
por eso los nueve dias
del alegre Centenar,
nadie está sin esperanza,
porque nadie está sin pan,
y aun los que ocupan postrados
los lechos del Hospital,
y los que en prisiones gimen,
tregua á sus tristezas dan,
y olvidan la pesadumbre
de la negra soledad,
y toman tambien su parte
en el gozo general.
No intento contar las fiestas
con toda prolijidad,
porque sé que del estilo
las galas me han de faltar,
y fiestas tan suntuosas
merecen por cierto mas
que un romance tan prosáico
y de forma tan vulgar,
que aunque el que hace cuanto sabe
hace lo bastante ya,

puedo cansar al leyente,
y no le quiero cansar.
Lo que sí he de referirle,
aunque acaso lo haga mal,
es la procesion solemne,
que de esta festividad,
por su grandeza y carácter,
es la parte principal.
Para ocasion tan solemne,
la Municipalidad
hizo unos carros triunfales,
en los que triunfantes van
ángeles, génios, doncellas
de hermosura singular,
simbolizando las flores
de la risueña ciudad,
y los rios Turia y Júcar,
que, tan bravos como el mar,
cuando airados se desbordan
en torrentes sin igual,
aquella ribera inundan,
y van como el huracan,
de pueblo en pueblo, llevándose
cuanto se pueden llevar.
Otro carro es el llamado
de la Santa Trinidad,
en el cual se representa
la expulsion del padre Adan
del Paraiso, despues

del pecado original;
otro el carro de María,
que lleno de ángeles va,
y siguen otros, que tienen
su titulo cada cual.
Cosa es de ver muy curiosa,
que hace á los chicos llorar,
la cuadrilla de gigantes
de estatura colosal,
ante los cuales las gentes
del campo que á verlos van,
abren un palmo de boca,
ó puede que la abran mas;
y detrás vienen formando
un contraste singular
unos cuatrocientos niños
del hospicio provincial,
la Misericordia, y otros
asilos de caridad.
Niños son desamparados
que no olvidarán jamás
que la Vírgen es su madre,
y que el nombre que le dan
es el mismo nombre que ellos
deben á la sociedad,
nombre cristiano que todos
siempre debemos honrar.....
Siguen detrás comisiones
de treinta pueblos ó mas,

que han acudido á la fiesta
gloriosa del Centenar.
Allí vienen los del pueblo
que le llaman Alacuás,
con su música y su Vírgen
bendita del Olivar;
siguen Aldaya, Alboraya,
que muy orgulloso está
con sus ricos labradores,
guapos mozos, que al pasar
se llevan de muchas mozas
las miraditas detrás;
luego viene Benetuser
con su Santo Sebastian;
sigue Burjasot, que es pueblo
de valientes sin rival;
detrás viene el tan nombrado
que llaman del Campanar,
con su Vírgen milagrosa,
á la que mira con gran
devocion el pueblo todo
desde tiempo inmemorial;
á éste sigue Catarroja,
con el ángel que humillar
logró al mismísimo diablo,
que rebelde y contumaz
junto al trono de Dios padre
se quiso osado sentar;
en pos llega Chirivella

con su imágen celestial
la Vírgen de la salud,
que llena de gracia está,
y todos su nombre invocan
porque les libre de mal;
la de la Luz es la imágen
que trae el nombrado Cuart,
y á Santa Isabel bendita
lleva Godella detrás;
el Grao con su Cruz preciada,
de orígen tradicional,
y de devotos gran séquito
que humilde culto le dan,
y al pasar esta Cruz Santa
todos la quieren besar,
que de hacer muchos milagros
tiene virtud sin igual;
en pos viene muy lucido
el pueblo nuevo del Mar,
con su Vírgen del Rosario,
que es su patrona especial,
y no hay corazon católico
donde no tenga un altar;
viene en seguida Manises,
pueblo que dicen allá
que en eso de alfarería
ninguno le ha de igualar,
y que tiene por patronas,
y honrado con ellas va,

á Santas Justa y Rufina,
que en la gran Sevilla están,
y tambien por sus patronas
las tiene aquella ciudad;
el pueblo de Masanasa
con su imágen tutelar,
que es la Vírgen de la Aurora,
y Masarrochos detrás;
luego Mislata y Paterna
con San Jorge, el capitan,
y otros pueblos que no cito
para mayor brevedad,
todos con bandas de música
que no cesan de tocar,
con tantas luces, que juzgo
que imposible le será
contarlas al más curioso
como las quiera contar.

III.

Siguiendo á las comisiones
que á los pueblos representan,
vienen numerosos gremios
de la ciudad de Valencia,
y devotas cofradías
con los santos que veneran.
La sociedad de cocheros
es la que va la primera,

y entre ellos yo no creia,
y no lo digo en su ofensa,
que tan exquisito gusto
y tanta riqueza hubiera.
Verdad que aquellos cocheros
poco ó nada se asemejan
á los que en la córte y villa
apuran nuestra paciencia....
Llevan soberbios caballos
y soberbios trajes llevan,
y un carro triunfal muy rico,
al que siguen los profetas,
los falsos con San Elías,
que brazos mueve y cabeza
de una manera algo impropia
de tan religiosa fiesta.
Los señores tintoreros,
que van limpios por mas señas,
llevan tambien en su carro,
y con sus galas de guerra,
un angelon y unas ninfas,
que por cierto no son feas.
El gremio de los torneros
ostenta mucha riqueza,
y lleva la imágen santa
de un santo que tiene inmensa
popularidad, y es justa,
que todo el mundo venera
del esposo de María

las nobilísimas prendas,
y lo mismo en la ciudad
que en el pueblo y en la aldea,
de San José el santo nombre
es ejemplo de modestia,
y no hay padre que á sus hijos
dar ese nombre no quiera.
Los roperos, buena gente,
que se alegra muy de veras
de que hicieran lo que hicieron
Adan y su mujer Eva,
una bonita comparsa
muy numerosa presentan
de moros, indios, guerreros,
que muy formales festejan
á un morazo grande, horrible,
que es moro como mi abuela.
San Jaime es la bella imágen
que este rico gremio lleva,
este gremio, que sin duda
es el de mejores *prendas*,
y el mas *acreedor* de todos
y el que perdona mas *deudas*;
el gremio de horneros sigue
con su santa imágen bella,
la Vírgen de la Merced,
que tanta merced dispensa,
y de cautivos gran número
su carro triunfal rodea.

El de los alpargateros
y esparteros, que en Valencia
son primorosos, y tienen
por eso fama europea,
y á todo el mundo le surten
de alpargatas y de esteras,
la imágen de San Gerónimo
llevan porque les proteja.
Los herreros, brava gente,
que hace alarde de su fuerza,
humildes como corderos,
van con una imágen bella
de Santa Lucía mártir,
Vírgen á la que profesan
gran devocion los herreros
y en su dolor les consuela.
Los sogueros van en pos
con San Juan á la cabeza.
Los carpinteros, es claro,
ya se sabe á quién veneran,
al bendito San José,
y su hermosa imágen llevan
en unas andas de lujo,
que el gremio ufano costea.
Los maestros de obra prima,
sin que yo ofenderlos quiera,
han incurrido en gran falta,
y nadie habrá que se atreva
á disculparles; su parte

toman tambien en la fiesta,
que siempre los zapateros
tienen un humor de perlas
para divertirse en grande
y echar una cana fuera;
pero en todas sus funciones,
en sus mas solemnes fiestas,
al Santo Crispin glorioso
con fé y júbilo festejan,
que de tiempo inmemorial
su proteccion les dispensa.
Pues estos señores mios,
en la renombrada fiesta
del Centenar, que es la gloria
y el orgullo de Valencia,
de San Crispin prescindieron,
y no su imágen severa
ostentan cual deberian,
de agradecimiento en prueba,
y en el carro de su gremio
no es un santo lo que llevan,
sino una jóven bonita,
que será muy santa y buena,
pero entre ella y San Crispin
hay notable diferencia.
Los señores curtidores
no hacen las cosas á medias,
y en el Centenar quisieron
lucirse, pero de veras,

y llevan un San Francisco
macizo de plata buena,
y un carro que por la forma
á una nave se asemeja,
y un farolito en el carro,
que con gran amor conservan,
por haber pertenecido
á un buque pirata, presa
que fué de los curtidores
allá en muy remota época.
Sigue el gremio de pelaires,
que es lástima no pudiera
llevar al santo Cristóbal,
que es su patron en la fiesta,
y en pos van las cofradías,
que me parece son estas:
la de la Vírgen del Cármen,
la Vírgen de la Correa,
la de San Ramon Nonnato,
patron de las parturientas;
de la Divina Pastora,
que es imágen rica y bella,
y la de la Vírgen pura
del Pilar, que la veneran
los bravos aragoneses,
y derramáran por ella,
con la fé mas noble y pura,
cuanta sangre hay en sus venas.
El pueblo de Puig, que tiene

importancia no pequeña,
sigue en el lucido séquito,
y orgulloso el pendon lleva
con sus blasones gloriosos,
y la Virgen madre nuestra
que se llama la del Puig,
y este pueblo cifra en ella
la esperanza y el consuelo
en todas las malas épocas.
Siguen despues las parroquias
con cruces de adornos llenas,
y los santos titulares
que en las mismas se veneran,
y en pos viene la Cruz Santa
de la catedral iglesia,
precediendo á seis imágenes
de plata preciosa hechas,
que en el bárbaro saqueo
que allí hizo Francia en la guerra
que con ella sostuvimos
para nuestra independencia,
se salvaron de las garras
de la torpe soldadesca,
para la que guerra y robo
seria una cosa mesma.
Veintiseis de los ancianos
que aquella fecha recuerdan,
con gigantescos ciriales
las imágenes rodean.

Siguen las corporaciones,
y suele haber etiquetas
sobre si esta va delante
ó si va detrás aquella,
que miéntras el mundo exista
y hombres sustente la tierra,
siempre por bien ó por mal
habrá Quijotes en ella.
Viene en pos la santa Vírgen
á quien dedican la fiesta
las valientes valencianos,
y la hermosa imágen llevan
en sus hombros doce curas,
que tal honor no cedieran
por todo el oro del mundo,
de su devocion en prueba,
y en pos del señor obispo
el Ayuntamiento cierra
la marcha, y detrás la tropa,
y detrás toda Valencia.
Ciento seis son las imágenes
que en la procesion se cuentan:
cuarenta son de los pueblos,
de la ciudad las que restan;
treinta y cinco son las músicas
que toman parte en la fiesta,
y dos mil quinientos cirios
otros tantos hombres llevan.

. . . . . .

Y aquí doy fin al romance,
deseando á quien me lea
que el año mil novecientos
y sesenta y siete, pueda
ir á ver del Centenar
las maravillosas fiestas.
Tan solo cien años faltan....
Conque no es larga la fecha,
y ya he dejado el encargo
á una valenciana bella
que habitacion me prepare
para entonces en Valencia.

XXIX.

El terror de Lavapiés.

Con la chaquetita corta
y las mangas muy estrechas,
y el calañés en los ojos,
y el pelo junto á la oreja,
y el pantalon ajustado
para lucir las caderas,
y la cintura apretada
con la fajita de seda,
con un pitillo en la boca,
que se consume y humea,
y en la mano un bastoncito
de hierro forrado en suela,
está parado en la esquina
Juan José Mala cabeza,
llamado así por mal nombre,
y otro nombre no recuerda

haber tenido en su vida,
ni es fácil que lo tuviera,
porque apenas en mal hora
vino al mundo de cabeza,
en el torno de la Inclusa,
le puso.... quien le pusiera,
su padre acaso, ¿quién sabe
si algun grande de la tierra,
algun señoron celoso
de su *honor* y su nobleza,
ó algun pobre miserable
que otro medio no tuviera
de asegurar de su vástago
la miserable existencia?...
Lo mismo puede ser hijo
de un señor que de un cualquiera,
de un bandido que de un santo,
lo mismo de una duquesa
que de una záfia gitana,
que de una infame ramera....
Cosas que Dios solo sabe,
es imposible saberlas.
Goza Juan José en el barrio
fama, y se ufana con ella
de ser un mozo que sabe
dónde el zapato le aprieta,
que nadie le *falta* nunca,
que quien le busca le encuentra,
que cuando tiene un sentir

con cualquiera, se lo espeta,
que sabe gastar un duro
si la ocasion se presenta,
que en diciendo él una cosa
como si el rey la dijera,
y que es un hombre en el mundo,
y que si entra en la taberna,
él á ninguno le *falta*,
porque entiende de etiqueta;
pero si le *falta* alguno
no le arma al pronto quimera,
pero le dice que salga
á la calle, y se lo lleva,
y se dan de navajazos
en donde nadie los vea,
que en manejar la navaja
tiene una mano maestra,
y es un hombre que en la carcel
se le atiende y se le aprecia,
porque ha estado muchas veces
con su cara descubierta,
y como bien se ha portado,
puede volver cuando quiera
y se le podrá decir
que abrió al uno la cabeza,
y que dió un palo á un gallego,
y que pateó á una vieja,
y que á una novia que tuvo
la dió una paliza horrenda,

que nunca sale de casa
sin una llave maestra,
para si entra en una parte
no echar á perder la puerta;
mas nadie decirle puede
que no es hombre de vergüenza,
capaz de hacer un favor
si se le entra por la buena,
y que sabe conducirse
como un caballero en regla....
Por él las mozas del barrio
están todas medio muertas,
y por él algunas veces
anduvieron á la greña;
por él está en el Modelo
Maruja, la botonera,
que la metió su marido
porque hubo una mala lengua;
por él Petrilla la bizca
se fué á casa de su abuela,
porque su madre, por él
la arrimaba mucha leña;
por él perdió casamiento
la sobrina de la Tuerta,
que un señor la cortejaba
para casarse con ella,
y él una noche le dijo
que le iba á romper la jeta,
y se la rompió otra noche,

y logró que no volviera;
por él no cobra el casero
de su casa una peseta,
porque si á cobrar se atreve,
si á pedir dinero llega,
le amenaza con matarle,
y á los vecinos que sean
cobardes y satisfagan
el alquiler, les increpa
diciéndoles que no tienen
gota de sangre en las venas,
y que no son caballeros
si tal afrenta toleran;
por él no hay un inspector
que tal destino apetezca,
que da mas que hacer él solo
que la poblacion entera;
por él padres y maridos
tienen que estar ojo alerta;
por él las escribanías
están de papeles llenas,
y por él en aquel barrio
se ponen tantas tabernas....
Su oficio.... nadie lo sabe,
pero todos lo sospechan:
es *comerciante* en relojes,
y en petacas y carteras,
y aunque hace grandes negocios,
los pequeños no desdeña....

y no pierde coyuntura
de adquirir lo que se pueda.
Así tiene en el bolsillo
á todas horas moneda,
y cada dia le ven
con una nueva cadena,
sin duda porque es probable
que al fin la lleve perpétua,
y así ha tratado en el barrio
con las mas famosas hembras.
y tiene tantos amigos,
y va tan maja la Pepa,
que era ribeteadora
y que hoy ya no ribetea,
y tiene más *fantesía*
que si fuera una princesa,
y á su marido le paga
lo que gasta en la taberna,
y así en todo el santo dia
le da el marido jaqueca;
y si viene por la noche,
viene borracho y lo acuesta;
y así á Juan José en la carcel
se le atiende y se le aprecia,
y cuando va, es recibido
con satisfaccion completa,
por lo caballero que es
y por los cuartos que lleva.

XXX.

La gran infamia.

I.

—Déjame estrechar tu mano,
Lopez, mi amigo querido,
que mi corazon consuelo
halla al nombrarte mi amigo
Soberano sin corona,
acosado y perseguido,
no sé ni adivinar puedo,
á tí solo te lo digo,
ni quiénes son los leales,
ni quiénes mis enemigos...
¡Cuántos dias que no puedo
disfrutar sueño tranquilo!...
Sueño siempre que me venden,
que los que llamo mis hijos,
cansados de las fatigas

que todos aquí sufrimos,
al enemigo me entregan.
—¡Oh! no temais, yo os lo fio.
Entregar la plaza nadie
pudiera á no ser yo mismo...
—En tí tengo confianza;
tú siempre mi hermano has sido,
tú conoces que en mi pecho
no hay sentimientos indignos;
que el bien de Méjico quise,
que por él me sacrifico,
que todo por él lo he dado,
todo por él lo he perdido;
que si en salvo no me puse,
que si aun afronto el peligro,
es por gratitud á todos
los que aquí me habeis seguido;
que no he sido sanguinario,
que no he sido vengativo,
que si han tomado mi nombre
para horribles sacrificios,
cuando era para el remedio
ya muy tarde, lo he sabido.
Bien sé que en tan mala empresa
es la muerte mi destino,
que aun hoy pudiera evitarla,
y ya ves que no la evito,
que abandonaros sería
solo de un cobarde digno;

mas morir vencido quiero,
no quiero morir vendido.
—Señor, desechad ahora
pensamientos tan sombríos:
aun defendernos podemos,
y si el golpe decisivo
que intentaremos mañana
desconcierta al enemigo,
no han de pasar muchos dias
sin que halleis franco el camino
para llegar hasta Méjico,
que lleno de regocijo
ha de recibir con vítores
á su emperador invicto.
—Gracias. Consolarme quieres,
que eres bueno y compasivo;
pero ¿quién tiene consuelo
para un dolor como el mio?...
Trajéronme aquí engañado
los que nombré mis amigos,
instrumento de sus planes
el francés hacerme quiso,
y al ver que yo no me hacía
cómplice de sus designios,
que jamás olvidar puedo
que honrado y noble he nacido,
retirando sus legiones
dejóme frente al peligro,
y por Dios que no me pesa

cual me pesára su auxilio....
Sabes que amé como al propio
á mi país adoptivo,
y ántes que ceder un palmo
de su terreno, he querido
morir aquí como bueno,
abandonado y proscrito.
Perdona, amigo, perdona....
de cansancio estás rendido,
y unas horas de reposo
necesitas, hijo mio...
Ve en paz, y plácido sueño
te conceda Dios benigno;
ve á pensar en tu familia,
en tu mujer y en tus hijos,
que orgullosos de tal padre
estarán.... Yo los bendigo....
Diles que en las oraciones,
que eleven á Dios bendito,
pidan por mi pobre esposa,
que la razon ha perdido;
por mi Carlota del alma,
que acaso cobrara el juicio
si yo á sus brazos volviera....
y á mi honor la sacrifico.
Dime, amigo, si algun hombre
mas infeliz que yo has visto.
Nada me queda en el mundo....
¡oh! sí, me queda un amigo,

tú, que mi pena comprendes,
que presencias mi martirio,
y sabes que no merezco
tener tantos enemigos.
Adios, adios, alma buena,
abrázame, hermano mio.
Esta es la primera noche
que pasaré mas tranquilo;
dices que entregar la plaza
solo pudieras tú mismo,
y en tí tengo confianza,
que tú solo eres mi amigo.
—Dormid, señor, descuidado,
que yo de la plaza os fio.

II.

La noche es oscura y triste
y el campo en silencio está ...
Duermen los pobres soldados,
que tienen necesidad,
despues de tantas fatigas
y tan rudo pelear,
de dar al cuerpo reposo....
y pronto amanecerá,
y hay que volver al combate
para morir ó matar....
Oyese solo el *alerta*
que los centinelas dan,

y el graznido de los cuervos,
que en aquella oscuridad
un cadáver se disputan
que yace en un cenagal,
bañado en la propia sangre,
sangre que no ha de bastar
á la sed de aquellas fieras
que devorándole están ...
En la muralla del fuerte
que defiende la ciudad,
en la cual por allí solo
puede el enemigo entrar,
y eso si los defensores
entrada libre le dan,
que si no, por mas que ataque
y redoble mas y mas
sus fuerzas y el fuego arroje
en devorador volcan,
tan fuerte y firme es el fuerte,
que de fijo no entrará,
un hombre solo pasea
con reposado ademan.
Es de gallarda apostura
y bizarro sin igual,
y es el puesto más honroso
el que ha logrado alcanzar,
que él es el jefe del fuerte,
el nombrado capitan
de los mas bravos soldados,

los de valor ejemplar,
los que han dado grandes pruebas
de cariño y lealtad
al príncipe infortunado
que bajo su guarda está,
sosteniendo hidalgamente,
por decoro nada mas,
los desgarrados girones
de la bandera imperial....
No extrañan los centinelas
que vigile con afan
aquel hombre, cuando duermen
fatigados los demás....
Todo el ejército sabe
que aquel soldado leal
á Maximiliano debe
la mas sincera amistad,
que mas que amigo es su hermano,
que parte con él el pan,
que le ha colmado de honores,
y no le negó jamás
merced alguna, y en prueba
de cariño fraternal,
á él sus penas le confía,
y hablan los dos sin cesar
de la pobre esposa loca,
que á ver ya no volverá
al esposo idolatrado
que hizo su felicidad,

felicidad ¡ay! de un dia
que nunca mas gozará.
Suspende el paso aquel hombre,
escucha con ansiedad,
hácia el muro se dirige,
grita un soldado ¿quién va?...
se descubre, y el soldado
libre le deja pasar....
y con paso cauteloso
se aleja de la ciudad....
—¿Dónde irá? .. dice el soldado,
y ¡alerta! vuelve á gritar,
y contestan á su grito
los que en la mura la están....

—

Anda el hombre, y anda, y anda
y al oir una seña!,
se detiene, y firme espera
unos momentos no mas.
—¿Qué has resuelto? .. le pregunta
el hombre á quien fué á buscar.
¿Entregas á tu señor?...
—Eso de entregarle....
—¡Ya!
Quiero decir si le vendes.
—Segun le querais pagar.
—Dos mil onzas es el precio
que ha puesto mi general.
—No es tu general muy pródigo.

—Pero tú cargo te harás
de que son muy malos tiempos,
y no hay mas oro que dar.
Poco dinero, á fé mia,
es ese que te darán,
que ser traidor, ¡voto al diablo! ...
ni por eso ni por mas
lo sería yo en mi vida,
bien te lo puedo jurar;
que por mas oro que tenga
el que hace una indignidad,
si tiene conciencia.... es cosa
de no poderla callar.
Enemigo soy del príncipe,
y en esta guerra tenaz,
dos hermanos que tenia
y mi padre han muerto ya;
pero ni aun así la infamia
puedo yo nunca aprobar,
y siento ¡voto á mi nombre!
que por torpe vil metal
al emperador nos vendas,
que tan ajeno estará
de que es su mejor amigo
quien le va á sacrificar.
En fin, ni quito ni pongo,
allá tú te compondrás
con tu conciencia... y el oro
con que tu accion premiarán.

¿Te acomoda ó nó?... que espera
tu respuesta el general... .
Si te arrepientes, te vuelves
libremente á la ciudad,
que aunque en mi poder te tengo,
yo no sé hacer nada mas
que lo que no menoscaba
mi puro honor militar....
—¡Me insultas!...
—No te dé pena,
que otra vez me encontrarás,
y si quieres, reñiremos,
y nos matamos, y en paz.
Ahora habla de tu negocio,
que es lo que te importará.
—¿Y dónde están esas onzas?...
—Mañana te las darán.
Quinientas te traigo á cuenta,
toma, las puedes contar,
que ese dinero en las manos
está abrasándome ya...
—Pues dí al general que venga,
y que entrará en la ciudad.
—¡Corriente!... Tan gran infamia
nunca pude imaginar.

III.

Avanzada va la noche;
pronto al son de la corneta
han de dejar los soldados
el duro lecho de piedra,
y requiriendo las armas
han de intentar, en defensa
de la plaza y del imperio,
de aquella lucha suprema
el último esfuerzo, y rota
y humillada su bandera
verán, ó con ella en triunfo
han de llegar á las puertas
de la capital de Méjico,
que ya con ansia desea
paz y armonía y reposo
tras tantos años de guerra.
Duerme el príncipe, que en Lopez
tiene confianza ciega,
y sabe que él solo puede
de la plaza abrir la puerta,
y antes que tener de Lopez
la menor de las sospechas,
de sí mismo la tendria....
y así al descanso se entrega,
y duerme como si allá
en Miramar estuviera,

y sueña que ya á su patria
ha podido dar la vuelta,
que levanta sin corona
mas erguida la cabeza,
que al verle, la esposa amante,
de amor y júbilo llena
la razon ha recobrado,
la salud y la belleza,
que está á su lado su madre,
que allí sus libros encuentra,
los leales compañeros
de su bella edad primera,
sus armas y sus caballos,
y que cuantos le rodean,
agradecidos y fieles,
amor sin tasa le muestran,
y que desde allí bendice
á la mejicana tierra,
á la nacion generosa,
que su noble independencia
supo conquistar, y supo,
lograda tan santa idea,
decirle: —«Ve en paz y nunca
»volver á Méjico quieras.
«Matarte puedo, y te salvo....
»Basta con que lo agradezcas.»

—

—¡Alerta! grita un soldado
que por el príncipe vela.

¿Quién va?... grita luego al ver
que tropa en tumulto llega.
Una voz exclama:—¡Fuego!
y cae el fiel centinela.
—Traicion.... gritan los leales:
unos defenderse intentan,
otros las armas arrojan
y al enemigo se entregan,
otros matan, otros huyen,
otros mueren sin defensa,
y al estruendo de las armas
y al rumor de la pelea,
de su delicioso sueño
Maximiliano despierta.
—Nos han vendido,—le dicen,
—Lopez ha sido, —contesta.
—¡Qué haremos señor?...
—Vosotros
salvad la vida y la hacienda
si podeis y el enemigo
mis súplicas no desprecia....
Por vosotros, mis leales,
olvidaré mi nobleza,
y pediré al enemigo
la hacienda y la vida vuestras,
y en cambio daré mi vida
y los bienes que posea,
y gracias á Dios, que al cabo
morir con honra me deja.

Por Dios que cese el combate,
que más sangre no se vierta....
Baste á todos con la mia,
y ojalá fecunda sea
para la dicha de Méjico
y para su independencia....

—

Y despues de tristes horas
de negra amargura llenas,
sin esposa, sin amigos,
sin mas consuelo en su pena
que haber caido con honra
y en paz tener la conciencia,
á sufrir horrible muerte
á Maximiliano llevan;
y aquellas almas de roca
que su martirio presencian,
y los soldados feroces
que van á matarle, tiemblan,
y los mismos que serenos
han firmado la sentencia,
y todos, allá en el fondo
del alma, lo mismo piensan,
piensan que tan gran infamia,
tan villana indigna venta,
supera á cuantas mal lades
imaginarse pudiera.
—«A Lopez que le perdono,»
exclama el príncipe; y muestra

el noble pecho á la tropa,
que ya las armas apresta.
Y cuando en el humo envuelto
el príncipe cae en tierra,
todos lloran por la víctima,
todos al traidor execran,
todos en el rostro sienten
el calor de la vergüenza,
que es desdicha para un pueblo
que su honra sin mancha aprecia
que haya habido entre los suyos
quien le imprima tal afrenta (1).

(1) Las primeras noticias acerca de la traicion del coronel Lopez, inspiraron esta composicion. Posteriormente, el coronel Lopez ha intentado sincerarse. Para el autor de este libro, sería una gran satisfaccion que no hubiese habido tal traicion.

XXXI.

La señá Juana.

Con su pañuelo de espuma
lleno de flores y pájaros,
con su mantilla de tira,
con su vestido de ramos,
con su peineta de concha,
con su zapatito bajo,
con sus pendientes de piedras
para deslumbrar al barrio,
con su collar de corales
y su abanico en la mano,
envuelto en el pañuelito,
porque no quiere mancharlo,
y tiene la *penitencia*
de que le sudan las manos,
moviendo á compás el cuerpo

con aquel aire de taco,
viene por la calle arriba
la gota gorda sudando,
la famosa *seña* Juana,
tan conocida en el Rastro,
hija del señor Canela,
cortador acreditado,
que en la calle de la Ruda
tiene abierto su despacho,
donde todas las mañanas,
con la cuchilla en la mano,
se le ve cortar la carne
y el hueso á los parroquianos....
sobrina del tio Romo
que de su padre es hermano,
y harto siente que lo sea
y que no haya reventado,
porque ha salido el tal Romo
un holgazan y un borracho,
que en vez de ser matarife,
que lo seria hace años,
si como su hermano, hubiera
sido mozo aprovechado,
y en el Matadero hoy dia
tendria, pongo por caso,
sus dos pesetas diarias
con honor y bien mirado,
y no que por su flojera,
por no darse malos ratos,

á esquilador se ha metido,
y apénas tiene trabajo,
porque esquila á trasquilones
y le conocen los machos,
y cada coz que le sueltan
le hace bailar el *pelado*;
y así está con tantas coces
manco, tuerto, cojo y chato,
y mujer de Pepe Lila,
que es un tratante en caballos,
y fué picador de toros
en Madrid, y muy nombrado,
pero salió un vicho un dia
que le dió al hombre algun asco,
y la gente del tendido
empezó á llamarle *blanco*,
tumbon, cobardon, gallina,
ladron, animal y bárbaro,
que ejemplo de su cultura
da así el pueblo soberano;
y al oir tales piropos,
el hombre se quemó, es claro,
y soltó un voto redondo,
dió un espolazo al caballo,
salió al medio de la plaza
echándoselas de guapo,
y acometiéndole el toro,
cayó un tremendo porrazo,
y el toro le buscó el bulto,

le enristró por el sobaco,
y le arrastró por la arena
y le arrojó por lo alto,
y si no le dejó muerto
fué un verdadero milagro;
pero así logró del público
los lisonjeros aplausos,
y para picar más toros
quedó ya inutilizado.
Como todos la conocen,
que es nacida en aquel barrio,
la saludan cuando pasa,
y al par que admiran su garbo,
y dejándole la acera,
como que son bien criados,
pregúntanse:—¿A dónde irá
doña Juana tan *trempano*?
¿Irá á la misa de tropa,
ó á comer bellota al Pardo,
ó á la boda de la Rita
con el hijo del Mellado....
ó á sacar de pila al hijo
de la mujer del Gazapo,
ó á ver á su tio el Romo
que está en el *hespital* malo,
ó irá á ver á algun *menistro*,
ó á cambiar dinero al Banco?.
Muchas que están á las puertas
á los chicos *espulgando*,

viéndola pasar tan séria
y que no les hace caso,
gritan á tiempo que largan
un pescozon al muchacho:
«¿Dónde va usté, señá Juana?...
Y sin detener el paso
ni volver atrás el rostro
dice con mucho descaro:
«*Voy onde me da la gana;*»
pero añade por lo bajo:
«Lo que es hoy como le coja,
le voy á armar un escándalo.»

II.

La calle de Cabestreros
es calle que tiene fama,
que allí tienen su vivienda
mozos y mozas de chapa;
ellos muy largos de manos,
y ellas de lengua muy largas,
y allí sin alguna riña
no hay un dia en la semana,
y ellas se arrancan los moños,
y se azotan y se arañan,
y ellos con los *alfileres*
que ocultan bajo la faja,
se dan dos ó tres razones,
iguales á puñaladas....

y el hospital y la cárcel
conocen como su casa.
En esta calle famosa
se detiene doña Juana,
en la puerta de una tienda
que está de verde pintada,
con una muestra que dice:
Zerveca. Bino de Harganda,
y entrando hasta el mostrador,
con firme y segura planta,
exclama: —¡Acá estamos todos! —
y la vieja que despacha,
que se halla en aquel momento
muy gravemente ocupada
en morder una peseta
que le parece que es falsa,
la cabeza levantando,
dice: —*¡Pos si es* doña Juana!
asiéntese usté, señora.
¿A dónde va usté tan maja?..
—A verla á V., *doña* Petra,
y á decirle dos palabras.
—*Pos* pase V. al *estrao*,
si es que es cosa reservada...
—Nó, señora, en todas partes
me presento con mi cara,
y testigos ni *testigas*
á mí no me importan nada,
¿está usted?... y cuando tengo

un sentir, en confianza
se lo digo á la *presona*
que me ha faltado ó me falta,
y si ella se da á partido,
mejor... pero por la mala
á mí no me asusta nadie,
porque como no soy manca,
aunque me esté mal decirlo,
sé yo cruzarle la cara
á *cualesquiera endividua*,
y me quedo desahogada;
y si quiere mas que avise...
¿No es así como se habla?...
—Sí, señora, V. me gusta
por lo valiente y lo franca...
Conque desembuche V.,
boquita de almendra amarga.
—Es tocante á mi *marío*...
y á su hija de V....
—¡Caramba!
—No se espante V., señora ..
Yo con él estoy casada,
es mi *marío*.... seis meses
sin entrar estuvo en casa,
y al fin entró el gran *endino*,
más valiera que no entrara....
y en San Millan nos casamos,
á las seis de la mañana
pa que usté se entere...

—Usted
será la más enterada.
—Soy su mujer de *rial* órden
y como la iglesia manda,
y si es que ya no le gusto,
que se cuelgue de una escarpia;
pero yo tengo derecho
á que me baile á mí el agua;
pero él no tiene vergüenza,
y en viendo un palo con faldas,
ya le tiene V. *perdío*
sin saber lo que le pasa;
y como encuentra en el mundo
mujeres de poca lacha,
vamos al decir, lo mismo
que quien dice *verbo y gracia*.
—Si lo dice V. por mí....
—V. ya á nadie le engaña.
—Pudiera ser.
—Nó, señora. ..
—¡Tóma! ¿quién sabe?...
—¡Las ganas!
Por su hija de V. lo digo.
—¡Doña Juana, está V. mala!
que mi chica no se peina
para querer á ese mándria....
—Pues ella con eso, va
dándose mucha importancia,
y me lo han dicho la coja

y el marido de la sastra,
y la otra noche los vieron
tomar agua de cebada.
—¡Cebada!... Vamos, señora,
No sabe V. con quién trata.
Si fuera vino, no digo,
y eso lo tienen en casa.
Aquí tiene usté á su esposo,
dígaselo usté en su cara...
—¡No lo dije! Di, *arrastrao*...
—(¡Mi parienta aquí!... ¡Malhaya!)
—Voy á decir á la chica
que baje... ¡Manuela!... ¡baja!..
Y estando aquí todos juntos
aquí las cosas se aclaran.
—¡Yo tengo prisa!
—¡Gran pillo!
no te marchas, no te marchas.
Todo aquí va á descubrirse,
y verás la que se arma.
—¡Baja, Manuela!
—¡Ya voy!
—Se estará poniendo guapa,
que hay quien enseñar no puede
sin composturas la cara.

III.

Pronto baja la muchacha,
que es toda una buena moza,

y miéntras su madre pone
á un parroquiano dos copas,
saluda á la *señá* Juana,
que contesta desdeñosa;
—«Tenga V. muy buenos dias....
¿Se levanta V. ahora?....
—¿Y á qué viene la pregunta,
seña Juana?...
—¡Tóma! ¡tóma!
saber no ocupa lugar....
Como está V. ojerosa,
y tiene *enredao* el pelo,
y los ojos se le entornan....
—Pues mire V., me levanto
siempre cuando me acomoda,
¡pues! porque hasta la presente
nadie manda en mi *presona*.
Yo no tengo obligaciones
como V.
—Y á mucha honra;
y si no hubiera en el mundo
tanta *comprometeora*,
una casada estaria
como si fuera en la gloria,
y tendria á su marido
lo mismo que en la parroquia
cuando le echaron el yugo,
á su lado, hecho una momia...
Pero despues pronto sacan

tos los piés de las alforjas,
porque encuentran quien los mire,
y los atienda, y los oiga...
—¿Y á mí que me viene V.
á contar con esa historia?
—Nada, dice aquí el marido
con grave aspecto y voz bronca,
como aquel que está bebiendo
aguardiente á todas horas,
que mi mujer está mala,
y se le mete una cosa
en la cabeza, y la tiene,
por lo dura y lo redonda,
como una bola del puente
que nombramos de Segovia,
y no hay más....
—Vamos, en plata,
que está la niña celosa.
—Justo, y piensa que tú y este....
—¿De veras?... ¡Vaya una broma!...
Usté habrá almorzado fuerte,
doña Juana ó doña ñoña...,
—Pues dí, grandísimo pillo,
¿no has *convidao* á la señora?...
—¡Yo!... Que te salga un divieso
en el cielo de la boca
si he pagado yo á esta jóven
ni el valor de media copa.
—Eso es verdad, señor Lila,

que V., todo lo que toma
lo deja á deber en casa.
—A mí no se me abochorna,
señá Petra, y ya ¡V. sabe
que siempre tengo una onza,
para en cualquier compromiso
quedar como corresponda,
pero no he de ir á cambiarla
pa pagar dos ó tres copas.
—¡Qué! ¿Tambien eres tramposo?...
Pues me has salido una joya....
Pero en fin, y *úrtimamente*,
soy tu mujer en *presona*,
y si quieres beber vino,
que *no es nenguna deshonra* (1),
á tu mujer se lo dices,
y tu mujer te lo compra,
que yo siempre tengo un duro
pa lo que pida tu boca;
pero á esta taberna, tú
no me has de volver....
—Señora,
aquí no nos le comemos,
que es una casa de forma,
y el que entra está muy *honrao*.

---

(1) Esto se lo he oido á muchas mujeres de maridos borrachos, y sin embargo, ¡qué bien harian las mujeres en apartar á sus maridos de ese vicio!

—Es que á mí no me acomoda,
¿lo entiende usté?... y mi *marío*
hace lo que se me antoja,
ó se lo digo á mi padre,
y veremos si le corta
esa cara de borrego....
—¿Tú padre á mí?.... Tú estas loca.
—No me toques á mi padre,
que te digo que la logras....
—Escúche usté, doña Juana,
lo que es á mí, no me importa
que V. haga á su marido
que se cuelgue de una soga....
pero lo que es yo con él
no he gastado nunca bromas,
y aunque él quisiera, conmigo
le digo que se *enquivoca*;
si le han *dido* á V. con chismes,
diga V. á esa *presona*
que Manuela Palomino
tiene novios por arrobas,
todos solteros y libres
para que entre ellos escoja;
y que ántes que hacerle cara,
al que es ya marido de otra,
descalcita de pié y pierna
pediria una limosna....
—Manuela, no te rebajes,
la razon es tuya toda.

—Seña Petra, V. me falta.
—Seña Juana, V. me estorba....
Llévese usté á su *marío*,
cuidado no se le cojan,
que ya se junta la gente
y esta es una casa de honra.
—Como aquí vuelva á encontrarle,
¡flojita va á ser la bronca!
—Echa ya *palantre*, Juana,
que te he de dar una soba.
—¿A mí tú?... Sí, ya lo huelo.
—¡Anda allá, alborotadora!...

—

Y echan á andar los esposos
con mucha gente curiosa,
á la que la *señá Juana*
increpa llena de cólera,
y cuando á su casa llegan,
entre risueña y llorosa,
hace Juana á su marido
tres ó cuatro carantoñas,
y le dice que la pegue,
que lo merece, que es tonta,
pero que le quiere tanto,
que está rabiando celosa,
y que pasa unas fatigas
muy grandes quedando sola
cuando él sale por las noches
embozado en la pañosa....

y él, que no es ninguna fiera
ni tiene el alma de roca,
se ablanda, y acaba todo
yendo á comer á la fonda,
es decir, al merendero
de la señora Ramona,
que para componer callos
tiene manos primorosas,
y guisa unos caracoles
con un aquel y una *moda*,
que el que no los ha comido
no sabe qué es comer gloria.

———

XXXII.

La navaja y la taberna.

En la calle de Velarde,
barrio de las Maravillas,
barrio que en el dos de Mayo
gloria logró merecida,
que allí se batió la gente
con notable bizarría,
y allí murieron los héroes
que Madrid jamás olvida,
Daoiz y Velarde ilustres,
dando á su verdugo envidia,
vive un pobre carpintero,
un buen padre de familia,
que ha dado oficio á tres hijos
y ha dotado á cuatro hijas,
y ha sido siempre el buen hombre

un pasmo de economía,
y solo así se comprende,
que teniendo á sus costillas
siete niños y una esposa,
y una suegra, y una tia,
sus obligaciones todas
haya podido cumplirlas,
y ahorrar algunos cuartitos,
y adquirir una casita,
donde vive descansado
y se da muy buena vida,
y favorece á los pobres,
que le respetan y estiman,
porque para todos tiene
en su alma caritativa
un consuelo y un consejo
que su probidad le dicta,
y un socorro que, prestado
con amor, á nadie humilla.
La casualidad llevóme
á su casa el otro dia,
y del viejo venerable
oí esta historia sencilla,
que se la estaba contando
al hijo de una vecina,
un pillo de siete suelas
y mozo de mucha chispa,
como que está de chispero
en una fragua contigua:

«La navaja y la taberna
son en esta córte y villa
la perdicion de los hombres,
la ruina de las familias....
Yo tambien jóven he sido,
y nada bueno á fé mia,
y llevaba mi navaja
en la chaqueta escondida....
siguiendo el ejemplo de otros
á los que acaso creia
mas valientes y mas hombres,
solo por eso.... ¡Mentira!
Arma es propia de cobardes
esa vil arma homicida,
y no tiene el alma buena
quien llevarla necesita...
Allá en los tiempos serenos
de mi juventud florida,
pasaba yo en la taberna
muchas horas cada dia.
¡Cuánto malo allí se aprende!
¡cuántos vicios que aniquilan
la salud, la inteligencia!
¡cuántas ideas indignas!
¡cuántas blasfemias atroces!
¡cuántas pasiones inícuas!...
Se casó un amigo mio
con una chica, ¡qué chica!
bella, honrada, laboriosa,

una mujer que tenía
las mejores cualidades
para hacer la eterna dicha
de un esposo, y para ser
buena madre de familia.
Era en el barrio estimado
el mozo, y lo merecia,
por su honradez y su ingenio,
que en su oficio de tallista
á todos nos asombraba
con los primores que hacia;
y le hicieron mil regalos
los vecinos, las vecinas,
el maestro, la maestra,
y la gente mas lucida
y mas rumbosa y nombrada
del barrio de Maravillas.
Solo yo, que en aquel tiempo
rara vez al rey veia
en la moneda, me hallaba
en la situacion tristísima
de no poder regalarle
ni una caja de cerillas,
es un decir, porque entonces
creo que no las habia.
Regalarle alguna cosa,
aun cuando fuese muy ínfima,
era caso de conciencia
para mí.... ¡qué tontería!

éste loco empeño mio,
esta vanidad ridícula
perdió á mi amigo, y á mi
nadie podrá en esta vida
consolarme del recuerdo
de aquella torpeza mia.
Le regalé la navaja,
que era, eso sí, muy bonita,
con sus cachas primorosas,
y su hoja brillante y fina,
y su muelle y su leyenda,
que me parece decia:
«Si esta víbora te muerde,
no hay remedio en la botica.»
horrible baladronada
y nécia amenaza impía.
Fué la boda una gran fiesta.
hubo merienda magnífica,
los novios estaban locos
de placer y de alegría,
hubo brindis hasta en verso
algo largos de medida;
pero, en fin, *cayendo en copla*,
¿quién repara en una sílaba?
y cuando entrada la noche
la boda á casa volvia,
antojósele al padrino,
que era un *mosquito* de fibra,
mas aficionado al mosto

que aquel que plantó las viñas,
que en un establecimiento
de licores y bebidas,
una taberna de lujo,
diésemos la despedida
á los novios, con dos cañas
cada cual de manzanilla....
Total: que un desconocido
que en la taberna bebia,
dijo no sé qué á la novia,
que de rubor encendida
se quejó al novio, quien dijo
al otro lo que debia,
y hubo dimes y diretes,
y amenazas é invectivas,
y aquello de: —*Usté es muy blanco;*
y *V. es un gran gallina;*
y *esta es toda una señora;*
y *diga V., ¿tiene usía?...*
y *salga V. á la calle;*
y *le rompo V. la crisma;*
y en fin, que mi pobre amigo,
ciego ya y ardiendo en ira,
dejó allí al hombre imprudente,
de un navajazo, sin vida...
La boda trocóse en duelo,
intervino la justicia,
mi pobre amigo á presidio
fué para siempre á Melilla.

y la esposa sin esposo
perdió el juicio el mismo dia,
y al mes murió en una casa
de dementes recogida.
Hijo mio, nunca compres
navaja, nunca en tus dias
entres en una taberna,
que en esas casas malditas
se aprenden todos los vicios
que al hombre pierden y humillan.
La navaja y la taberna
á todo lo malo obligan,
y hacen de un hombre que es bueno
un miserable homicida.»

—

Así dijo el viejo, y yo
copio esta historia sencilla
en este pobre romance,
que pienso que es accion digna
dar al pueblo un buen consejo,
que no falta quien lo estima
y con este ejemplo, acaso
pueda haber quien se corrija.

XXXIII.

El quinto.

I.

Con la cara compungida
y el corazon oprimido,
y temblándole las piernas
y tiritando de frio,
y creyendo que ya el mundo
encima se le ha caido,
con su equipaje completo
en un pañuelo hecho un lio,
con tres ó cuatro pesetas
guardadas en el bolsillo,
con un pedazo de un peine,
con otro de un espejito,
y con un alfiletero

y una madejita de hilo,
y un guardapelo de estaño,
que en prueba de su cariño
le dió la novia que deja
de lágrimas hecha un rio,
y con una atenta carta
que le dió un cabo cumplido,
recomendándole á un cabo
que fué en tiempos muy su amigo,
y que está en el regimento
donde va á servir el chico,
con mas miedo que vergüenza,
en el cuartel entra el quinto.
Rien los soldados viejos
al verle tan encogido,
y recuerdan aquel dia
en que les pasó lo mismo....
No se atreve á alzar los ojos,
y más parece un doctrino
que un soldado que algun dia
hará de valor prodigios....
ni sabe lo que le pasa,
ni si tiene ojos y oidos,
que ni oye, ni ve, ni entiende
en aquel instante crítico.
Acércasele un sargento,
y se le figura obispo;
suena la trompeta, y piensa
que es la trompeta del juicio;

le corta el barbero el pelo,
y echa á llorar como un niño;
ve al tambor mayor de gala,
y piensa que es un ministro;
ve entrar cuatro ó seis soldados
que vienen de hacer servicio,
y se figura que vienen
á pegarle cuatro tiros;
piensa que está en otro mundo,
y miedoso, y afligido,
donde le ponen se queda
lo mismo que un marmolillo,
y para que vaya al rancho
que le llamen es preciso;
y si mete la cuchara,
no es porque tenga apetito,
sino porque no se crea
que la quiere echar de fino.
Por fin, despues de dos dias,
más animado y tranquilo,
á un soldado se dirige
y le dice muy sumiso:
—Diga usté, aunque V. perdone,
¿conoce usté al cabo Pinto?
—Aquel es, contesta el otro
señalando á un individuo
que está con la cantinera
hablando muy derretido.
Llégase al cabo y le dice:

—Señor cabo.
—Oye tú, chico,
responde el valiente cabo,
que es un andaluz muy pillo,
reenganchado por dos veces
porque le gusta el servicio:
á mi no me llames cabo,
porque te rompo el bautismo:
se me llama *mi primero*,
que es mi nombre y *apeyío*.
Y ahora, dí qué te se ofrece
con brevedad y sentido....
—Traigo *pá* usía una carta.
—Oye, yo no soy *usío*.
Se me llama *mi primero*,
dos veces ya te lo he dicho.
Pues, mi primero, esta carta
me dió para V. mi primo,
el que fué cabo cartero
y que hace un mes ha cumplido,
y ha *dido* al pueblo á cumplir
con la sobrina del Chivo.
—¡Ah! ¡Lucas! ¡valiente tuno!
¡Y se casa aquel *perdío*!...
Siempre dije yo que haria
al cabo algun *esatino* ...
Pues anda, que aquí ha dejado
en cada calle su lío,
que tenia un gancho para

las criadas de servicio...
y así el maldito comia
lo *mesmo* que un señorito,
porque todas lo mejor
le guardaban del principio;
y si algun lunes bajábamos
á dar un paseo al rio,
todas se despepitaban
por lavar la ropa al niño,
y fumaba de lo puro
y bebia de lo fino,
y no estaba nunca el hombre
sin dinero en el bolsillo....
Conque á ver qué dice Lucas....
»Aquí *arjunto* te remito
»al *daor*, que es Juan Gonzalez,
»hijo de mi tio Lino,
»el mayor hombre de bien
»que ogaño se *haya* en presidio,
»por una *calunia farsa*
»que le *alevantó* un amigo.
»Pues el *daor*, mejorando
»lo presente, es un borrico,
»y pasa á Madrid á asuntos
»propios, en clase de quinto,
»y si va á tu regimiento
»como se lo tengo dicho
»que pida, te entregará
»esta carta que te escribo,

«para que tenga á su vera
»como un padre el *probesiyo*;
»no le dejes pasar una,
»trátale con mucho mimo,
»y si te *farta*, le largas
»un palo ó dos como á un hijo.
»Sabrás cómo me he casado
»y ya estoy *arrepentío*;
»da expresiones a la Blasa,
»la de los ojos *torsíos*,
»y á Rosa, la castañera
»de la taberna del Mirlo,
»que son de las que me acuerdo,
»porque de las otras, chico,
»como ya no puedo verlas,
»no me acuerdo si te he visto.
»No puedo *serte* más largo,
»mi mujer me pone hocico,
»porque dice que tú y yo
»juntos la habremos corrido,
»porque ya sabe que *semos*
»los de tropa muy *endinos*.
»Con esto no canso más;
»manda á tu amigo *afetísmo*,
»que te besa los piés.—Lúcas
»Gonzalez y Cerrojillo.»

II.

Despues de leer la carta
escupe el cabo primero,
saca papel y tabaco
y hace un cigarro tremendo,
y con aire de importancia
y con tono muy severo,
habla de este modo al quinto,
que le escucha con respeto:
—Pues como digo, ya sabes....
—Sí, señor.
—Mucho me alegro
de que te *haigan destinao*
á mi propio regimiento,
que aunque me esté mal decirlo,
lo que es tocante á este cuerpo,
es un cuerpo que *tós* dicen
que es lo mejor del ejército....
—Tú serás muy bruto, es claro,
—Sí, señor....
—Sí, no hay remedio;
hasta que es *sordado* un hombre
no puede tener talento.
Pues tú no tengas *cuidiao*,
que aquí te *espavilaremos*,
y estando á mi cargo, pronto
serás hombre de provecho.

Para ser un buen *sordado*
con arreglo á reglamento,
no hay mas que ser obediente,
sobre todo, á tu primero,
aprenderse la *estrucion*
de *corrío*, y no ser puerco....
Cinco cuartos cada dia
tiene un *sordado* de sueldo,
y si es hombre de *conduta*,
cuando *arremata* su empeño
se encuentra que va á su casa
destruido y con dinero.
Respitive á las mujeres,
está un hombre muy *empuesto*.
porque ellas por los *sordaos*....
yo no sé lo que tenemos,
que se mueren por nosotros;
y el que tiene mucho genio
y á *toas* les hace cara,
y en *guipando* un cuerpo bueno
se *errite* como manteca....
farta á su deber, y *aluego*
hay que castigarle, y toma
ojeriza á su primero,
y se ve en mil compromisos;
y si hay paisanos por medio,
que ellas los han *despreciao*
en cuanto al *sordado* vieron,
sin querer, el mejor dia

arma una *bronca* con ellos,
y está un *sordado perdío*
en ménos que canta un ciego.
que se le forma sumaria,
y si hay quien le pruebe el hecho,
va á Ceuta ó Melilla el *probe*,
y allí se muere de viejo....
Si quieres *hablar* con una,
has de escogerla con tiento,
una que sea criada
de una casa de respeto;
niñera, nó, que al *sordado*
le hacen perder mucho tiempo
las niñeras, que en la calle
siempre están con los muñecos
en brazos.... una que tenga
buena *sordada*, que al ménos
te pague un vaso de horchata
ó te compre dos buñuelos,
y que te lave la ropa
y que te haga *argun orsequio*....
Conque ya estás enterado:
tú tenme á mí por maestro,
y serás un *militar*
valiente, de pelo en pecho,
sumiso á tus superiores
y querido del Gobierno.
—Si, señor. Pero los quintos,
¿pueden escribir al pueblo?

—¿No han de poder? Con un *chavo*
de papel blanco y un *seyo*....
—¿Aunque no entiendan de letra?
—Hombre, tú eres un camueso.
¿Cómo quieres escribir
estorbándote lo negro?
—¿No dice usted que un soldado
tiene en seguida talento?
—Anda, *aspérame* en la cuadra,
que yo te escribiré luego
pa tu casa cuatro letras,
pa que sepan que estás bueno.
Y hé aquí la carta del quinto
que escribió el cabo primero:
«Querida madre y hermanos
y de mi *mallor apresio*:
sabrán *ustés* que he venido
con *salú*, y que sigo bueno....
y que estoy *encorporao*
dende hoy a mi regimiento,
que es el de los *buenos mosos*
elejíos al *efieto*.
Como unos reyes estamos
mantenidos con *ezmero*,
tenemos á *puntapieses*
las chuletas por el suelo;
no nos falta ningun dia
nuestro haber en buen dinero,
sin *ná* de papel *monea*

del que no pasa en el pueblo....
Mañana me dan *vestío*,
que será nuevo y completo,
que un sastre de mucha fama
lo está á toda prisa haciendo.
El capitan que me toca
es un hombre de provecho,
y el coronel me parece
que es tambien un buen sugeto;
pero el que mas me ha gustado
de todos, es mi primero,
que es muy *simplático* jóven,
hombre de mucho respeto,
muy fino, muy *destruido*,
y además muy *cabayero*.
El me trata como un padre,
y me va á poner derecho,
que dice que soy muy bruto
pa servir en el *ejélsito*.
El me ha dicho que un *sordado*
si es *aplicao* y dispuesto,
asciende á cabo en seguida,
y *dende* cabo á sargento,
que sube despues á *arférez*,
y con suerte, en poco tiempo
es teniente *graduao*,
luego teniente en *efeto*,
despues capitan, y *asina*,
cuando va á cumplir su empeño,

ya es capitan general,
y con su faja y *to cuento*.
Y esto todo me lo dice
porque lo sabe de cierto,
como que está en el servicio
veinticuatro años lo menos;
y si ya no es general,
no es porque le falten *mélitos*,
sino porque al fin y al cabo
tiene ley al regimiento.
Mañana, como no llueva,
la *estrucion* empezaremos,
que en el manejo del *alma*
tenemos que estar muy diestros,
por si vamos contra el moro
no dejarle sano un hueso.
Y por fin y *úrtimamente*,
lo que es yo, estoy muy contento,
que el hombre para ser hombre,
sordado ha de ser primero,
y el hombre que no es *sordado*
nunca sabe lo que es bueno,
y ser paisano es lo mismo
que no ser *ná*, por ejemplo.
Otra vez seré mas largo,
que hoy ya no tengo mas tiempo,
que tengo que *dir* con otros
por patatas allá léjos.
Que *haiga* salud, y á mi padre

que siga en presidio bueno:
manden *ustés* lo que gusten
con *arjunto* algun dinero,
que tengo algunas urgencias
y no quiero quedar feo,
y además está en el órden
orsequiar á *mi primero.*
Expresiones á las mozas,
que de ellas mucho me acuerdo,
y *ustés* reciban *arjunto*
mi corazon aquí *drento.*
Por no saber firmar, hago
la cruz, porque así es lo *mesmo.*»

—

Con esta carta del quinto
que se recibió en el pueblo,
quedaron en su familia
todos ya tan satisfechos,
pidiendo á Dios que el muchacho
pudiera volver lo menos
de general, de teniente,
ó aunque fuera de sargento.

XXXIV.

Las madres.

Con Juan se casó Dolores,
muchacha coqueta y frágil,
que ha tenido en pocos años
los novios á centenares....
El amor que le tenia
no era á la verdad muy grande,
pero tenia, eso sí,
mucha gana de casarse.....
y lo mismo hubiera dado
su mano al morazo Tarfe ...
En dos años, el marido
ha sido marido y mártir:
ha sufrido sofiones
de su mujer, y desaires,
y caprichos extremados,

y extremadas veleidades....
y en fin, ha sido don Juan
el mas pobre de los Juanes;
pero hace ya siete meses
que su mujer es un ángel,
que le trata con cariño,
que con él se muestra amable,
que pasa en casa las horas
que antes pasaba en la calle,
que no se muestra coqueta,
que no tiene envidia á nadie,
que no está jamás ociosa,
que ha tomado horror al baile,
que borda, y si es necesario,
guisa, limpia, lava y barre....
y su marido, que estaba
lleno de penas y afanes,
hoy se considera el mas
dichoso de los mortales....
¿Cuál será, lector, la causa
de mudanza tan notable?...
¡Cuál ha de ser!... Que Dolores
siente ya que va á ser madre.

—

¡Qué gastar la hermosa Clara!
¡Qué mandar hacerse trajes!...
En viendo una moda nueva,
costase lo que costase,
á llamar á la modista,

á ir á la calle del Cármen
á gastarse una fortuna
en adornos y *agremanes*....
¡qué mudarse de vestidos!
uno el lunes, dos el martes,
otro el jueves, que reciben
los marqueses del Empaque,
otro para el Real el viernes,
y el sábado nuevo traje
para ir á casa de un conde
á tomar un chocolate,
á bailar unos lanceros,
oir leer un romance,
y cantar una romanza
del modo mas deplorable....
y además otros vestidos
para otras solemnidades,
como por ejemplo, grados
de amigos y tertuliantes,
bodas, bautizos, y duelos,
y revistas militares,
exposiciones, toretes
y fuegos artificiales....
Y el marido hecho un veneno,
dándose á todos los diantres.
hipotecando las fincas,
pagando muy mal y tarde,
entrampado hasta los ojos,
y temiendo el fiero instante

de dar el trueno mas gordo
que han oido las edades...
Pero ya Clara no gasta
á no ser lo indispensable,
y va á vender los vestidos
y las joyas que mas valen,
y para sí ya no compra
las mejores novedades...
y lo que compra le cuesta
un precio insignificante...
como pongo por ejemplo,
mantillas, gorras, pañales,
bombasí, batista, fajas
y otras prendas importantes,
que forman traje completo,
y no lo hace ningun sastre,
y constituyen del hombre
en el mundo el primer traje...
La que antes gastaba tanto,
hoy economías hace,
y para nada se cuida
del mundo y sus vanidades...
como que siente en su seno
que muy pronto va á ser madre.

—

Tuvo un genio del demonio
mi vecina Violante:
le pegaba á su marido
unas palizas notables,

no paraban en su casa
las criadas un instante,
que las trataba á cachetes
y me las mataba de hambre;
reñia con el portero
porque cerraba muy tarde,
y si cerraba temprano,
porque ella estaba en la calle,
estaba siempre indispuesta
con todas las vecindades,
porque era una embusterona,
y armaba unos lios grandes,
llevando y trayendo chismes,
y contando en todas partes
que la vecina del bajo
era mujer de un cesante,
y llevaba unos vestidos
de dos y tres mil reales;
que la viuda del tercero
salia muy elegante,
y siempre le estaba echando
á la Reina memoriales;
que la modista del cuarto
no faltaba á Capellanes,
solo con el fin mezquino
de que allí la convidasen
á café y media tostada,
y que volvia del baile
toda borracha perdida

entre dos municipales;
que el vecino del segundo,
que era todo un personaje,
habia tenido un puesto
en la plazuela del Cármen,
y que la del principal,
marquesa del Triquitraque,
no pagaba á los lacayos,
ni á la modista ni á nadie;
en fin, que se despachaba
á su gusto Violante,
y de su lengua, no habia
quien pudiera libertarse...
Pero hace ya algunos meses,
que con prudencia admirable,
ni habla mal de los vecinos,
ni sale á ninguna parte,
ni le pega á su marido,
ni hace ningun disparate.
Y cuantos la conocieron
tan brava y arisca antes,
preguntan:—Pero ¿quién pudo
hacer milagro tan grande?...
Y el marido muy ufano,
con placentero semblante,
contesta:—Si no es milagro,
es que mi mujer ya es madre.

—

Con un hombre de negocios
que muy bonitos los hace,
se ha casado una muchacha,
que es bonita como un ángel....
El ya es un hombre maduro,
gordo, sério, tieso y grave;
ella alegre, vivaracha
y jóven impresionable,
que por el dinero pícaro
casó con el negociante,
por tener palco de abono,
y caballos alazanes,
y victoria, y carretela,
y en el verano ir á Baden,
y en invierno dar conciertos
á las notabilidades
de la nobleza, y la banca,
y las letras, y las artes...
y de la politiquilla,
para que nada le falte.
Siempre el marido ocupado
en cien mil negocios graves,
no es posible que á su esposa
á visitas acompañe;
y no come nunca en casa,
y se recoge muy tarde,
y la esposa, no hay remedio,
solita va á todas partes,
ó con sus amigas íntimas,

sus enemigas mortales,
y una muy lucida escolta
de almibarados galanes,
que por lo bella la adulan
por el gusto de sus trajes,
por su gracia, y su talento,
y su elegancia en el baile,
por el gusto con que canta,
y es un gusto detestable,
y las mismas que la adulan
y la llevan y la traen,
y los mismos que le dicen
tantas estúpidas frases,
y tanta lisonja necia,
que la están llenando de aire
la cabeza, suelen de ella
hablar mal en todas partes,
y ya es bastante con esto
para que las gentes hablen,
y víctima al cabo sea
de la calumnia cobarde....
Un año mas, y es posible
que en la calle la señalen
como á tantas, que del vicio
en el hondo abismo caen,
que eso y mas los maldicientes
con sus torpes lenguas hacen;
pero Dios sabe que es buena,
y de la calumnia infame

libra á la esposa inocente,
que ya procura alejarse
de las gentes que la acechan
y desean el instante
de hacer de ella para siempre
una desdichada mártir
de la envidia, y la malicia,
y las falsas amistades....
y ya no sale de casa
si con su esposo no sale,
y al esposo descuidado
le hace cuidadoso, amable,
y en fin, el milagro logra
de que la calumnia calle....
Es que ha sentido en su seno
que un sér inocente nace,
y no quiere ya en el mundo
ser otra cosa que madre.

—

La mujer necia y coqueta,
la caprichosa y mudable,
la soberbia, la ambiciosa,
la vana, la dominante,
y la que en brazos del vicio
vive vida miserable,
todas, todas las mujeres
cuando llegan á ser madres,
quieren parecer perfectas
á los ojos de los ángeles

que les da piadoso el cielo....
y ya todos sus afanes
son merecer el dulcísimo
y santo nombre de madre.
Si hay alguna que insensible
á ese placer inefable,
no comprende sus deberes,
que nadie madre la llame,
que ni aun las fieras con ella
pueden jamás igualarse....
que ella es mas fiera que todas,
y es un veneno su sangre,
y Dios santo, que perdona
á todos los criminales,
no puede perdonar nunca
á las que son malas madres.

*
* *

Y aquí, lectores, acaba
este libro de romances.
Su mérito será escaso,
la intencion es buena y grande.

FIN.

INDICE.

	TITULOS.	Págs.
I.	Amor al prójimo..	1
II.	El viejo verde.	11
III.	San Isidro..	21
IV.	La envidia..	33
V.	El torero.	39
VI.	La usura.	55
VII.	El lujo.	61
VIII.	Jarana.	71
IX.	Viaje de placer..	77
X.	Madrid.—I. Por la mañana..	91
XI.	Madrid.—II. Por la tarde..	111
XII.	Madrid.—III. Por la noche.	117
XIII.	Guirigay.	135
XIV.	Caridad.	141
XV.	La procesion de las ánimas..	147
XVI.	La moda.	153
XVII.	La novia.	159
XVIII.	El cumplido.	167

	TITULOS.	Págs.
XIX.	La piedra.	175
XX.	La jamona..	181
XXI.	El padre sin trabajo.	187
XXII.	El país de las tinieblas, apólogo. .	191
XXIII.	El exclaustrado..	203
XXIV.	El retirado.	207
XXV.	Dolorcitas..	211
XXVI.	Doña Ramoncita.	215
XXVII.	El dos de Mayo.	219
XXVIII.	La fiesta del Centenar en Valencia.	227
XXIX.	El terror de Lavapiés..	247
XXX.	La gran infamia..	253
XXXI.	La señá Juana.	269
XXXII.	La navaja y la taberna.	285
XXXIII.	El quinto.	293
XXXIV.	Las madres.	307

NOTA.

Este libro tendrá algunas erratas; pero como el lector tiene mucha penetración, sería una falta de cortesía indicárselas y suponer que él no las ha de advertir. Así, pues, el lector corregirá las que encuentre.